

F. SANTIVAN

PALPITACIONES DE VIDA



IMPRENTA UNIVERSITARIA
1909

F. Santivan

Palpitaciones de Vida

(Cuentos i Novelas cortas)



SANTIAGO DE CHILE
IMP. UNIVERSITARIA.—Merced 814

1909

A Elena, la compañera única de mis horas de soledad, estas páginas abruptas i atormentadas.



PALPITACIONES DE VIDA



—¿Por qué tardará?

Pensaba maquinalmente. En el fondo, no estaba inquieto. Sabía que ella no faltaría a la cita. A lo mas un retraso de unos pocos minutos i luego aparecía, fresca, sonriente, adorable bajo su pequeño sombrero de paja clara.

—Sin duda que la hermana la ha detenido— pensó el jóven aun. I se sumió en ajenas i vagas cavilaciones.

Estaba recostado a la sombra de un arbusto i, para esperar con mayor holgura, ya que la tarde era calurosa, habia arrojado el cuello, la corbata i hasta el veston, sobre el césped. Un airecito fresco venido en lijeras bocanadas, inflaba con suavidad las blancas mangas de la camisa i le rozaba los brazos dulcemente. Se hallaba colocado a media falda del cerro San Cristóbal, i el sol quemante de

primavera junto con la agitacion de la caminata le hacian palpitar con violencia la sangre, tanto que se la podia oir correr bajo la piel en rondas lentas i cálidas.

Lo circundaba el olor a campo, la sensacion de agreste soledad. Crecia a sus piés, i en toda la ladera del cerro, una yerba fina i olorosa, verdeando hasta mui léjos, apénas interrumpida por las zanjas abiertas por los picapedreros i por los matorrales de quilo, hinojo o alguna que otra planta de las alturas. Estos agrestes retazos de naturaleza le recordaban la infancia i lo invadian de una ternura vaga, traducida en un violento deseo de abrazar la tierra, las champas de pasto o enviarle besos a cielo, a las nubes que cruzaban volando allá arriba blancas i diáfanas, impregnadas de sol.

Un pájaro picotea entre las ramas del arbusto que le da sombra... un pequeño lagarto asoma entre la yerba para deslizarse rápido hasta llegar al sol, i allí se queda inmóvil, palpitante, el vientre sobre la tierra i dando sumiso el dorso de oro i verde a los punzantes rayos del astro. La cancion larga i estremecida de las chicharras parece ritmar con la ondulante carrera del aire caldeado... De léjos viene la voz de los trabajadores, en las canteras, los gritos a los bueyes, los juramentos i las risas.

En la distancia, la cordillera de la costa, de líneas paralelas al horizonte, coronada por lijerísimo en-

caje de nieve, se ve azul i borrosa a esta hora, medio oculta por la niebla, niebla de sol, que parece brotar como resplandor del valle, como resplandor de la ciudad, estensa, plana, perdiéndose de vista en la lejanía con su hacinamiento de techos, de cúpulas, de altas torres variadas. Sólo el cerro Santa Lucía, gracioso de líneas, verde-oscuro, poblado de vegetacion, con sus eucaliptus de ensueño i sus pinos meditabundos, con sus fuentes i cascadas, i sus escondrijos húmedos, silenciosos, como si irvitara mudamente a los amantes, interrumpe la monotonía luminosa del panorama.

Llegaba de abajo un ruido complejo, confuso, sobre el que podian distinguirse algunas notas aisladas: el rastrear de un carruaje sobre el empedrado, el tamborileo de una campanilla de tranvía, el trompetear agudo i somnoliento de un vendedor ambulante de helados; aullidos de perros, cantar de gallos. Abajo, a los piés mismos del cerro se estiende la posesion de los dominicanos, con su convento rodeado de callados corredores i de antigua vegetacion, con sus viñas i plantaciones de limoneros, todo limpio, todo simétrico i lleno de uncion, de holgura, de paz.

Otras casas bordean el cerro; de una de ellas, surge de pronto un estrepitoso cacareo, atronador: ¡una gallina que anuncia su buena nueva!... Allá, en la ciudad, otras gallinas tambien cacarean...

Laxitud creciente se fué apodeando del cuerpo

del jóven i la imajinacion cobró vuelo. Pensó en ella, en la que esperaba. ¿Por qué tardaría en llegar?

Cerró los ojos. La imajinó llegando a él, hablando con su voz de reposo i dulzura. Era suya entera: todos sus movimientos, hasta los inesperados, los nuevos, los conocia, los tenia dentro de su sér. La imajinó luego saliendo de su casa, tranquila sonriente, segura de su inculpabilidad en estos prohibidos amores. ¡Qué gran mujer!... Despues la vió cruzando las calles llenas de ruidos, casta ella a todas las miradas, devolviendo su mirar puro a los curiosos transeuntes, sin un arrepentimiento, sin un asomo de culpa.

Hacia tiempo que la soñara, mucho ántes de conocerla a esta mujer humilde i extraordinaria, vulgar i orijinalísima entre todas las mujeres. Un vago deseo latia en su alma torturada de la vida interior. Se imajinaba una mujercita inocente, injenua, que lo amase con reposo, sin celos, sin falsas alarmas i que le ofreciese unos labios frescos, un alma ardiente i suave. I a cada paso creia encontrarla, oculta bajo el lijero mantito de cualquier transeunte de la calle, seguro de que no tardaria en llegar.

—Esta nó, no es ella. ¿Aquélla quizá?

En su mente delirante la esperada cobraba detalles precisos. Seria mas bien baja que alta, de carnes llenas, menuda de rostro, ovalado por el manto negro, ceñida i jentil, como una flor.

La poseeria sin resistencia, sin batallas. Llegaria

a su alma como conquistador, en silencio, con medias palabras, sin engaños i sin mentiras. Se querrian, pasarian luego a las encantadoras citas impregnadas de suave cordialidad.

¡Por fin! ¿Casualidades o maravillas de la suerte? Era suave, era injenua, era puro su mirar. ¡La halló por fin!

Una noche en que esperaba el tranvía despues de cumplir sus tareas de oficina, vió a una mujer, casi una niña, ataviada de negro, que lo miraba curiosamente, miéntras castigaba el suelo con lijeros golpecitos de impaciencia. Los transeuntes se entrecruzaban, apresurados, indistintos bajo la luz artificial de los focos; los muchachos gritaban los periódicos de la tarde, i parejas de enamorados, de jóvenes, de estudiantes, caminaban con premura febril. Suspiros de amor en las penumbras de los edificios; vida, ansia...

—¡I este carro que no llega!—pareció murmurar la desconocida, como si hablara consigo misma.

—¿Para dónde va usted?—preguntó él, galante.

—Recoleta—Cementerio.

—Tambien voi para allá... Iremos juntos.

Ella no respondió. No mostró esquivéz, ni deseo de mayor confianza. La confianza, la simpatía, parecia establecerse, sin embargo, como cosa natural e indiscutible. Llegó el carro. Subieron. Bajo la luz de las ampolletas buscaron el lugar mas penumbroso. Estaban solos: allí empezaron una char-

la íntima, de monosílabos, de silencios, de reticencias; una charla de antiguos conocidos, de personas que se saben del alma, como si se tratase tan sólo de poner en contacto de realidad vidas ya en contacto. Charla suave de espíritus. Ella era del Pedagógico, alumna de matemáticas, tercer año. Se recibía al finalizar este curso. ¡Muy dura la vida!... Una hermana le daba la subsistencia. ¡Cuánto había trabajado la pobre hermana para darla educación!... Desde el primer año hasta el último de humanidades, seis... i tres de matemáticas... nueve. I todo apénas con un pequeño negocio de cigarrería ¡una miseria!...

El asentía dulcemente, compadeciéndola:

—¡I tiene que hacer todos los días este viaje!

Ella rió.

—Cuatro veces. Dos en la mañana: ida i vuelta. Dos en la tarde. Casi una hora de camino, de extremo a extremo de la ciudad. Pero no se le hacía muy cuesta arriba, nó. Por las mañanas de sol lo hacia de a pié; era tan entretenido venirse mirando los escaparates de las tiendas, mirando trajes bonitos de otras mujeres, respirando esa atmósfera de abandono, de oculta angustia de tantos pechos oprimidos por inconfesadas pasiones. I despues, el tránsito por la alameda, una delicia! La superficie plana, estensa, perdiéndose de vista en la lejanía, las estatuas de los héroes, el perfume de los árboles, ahora que estaban tan lindos con el fin del

invierno, vísperas de primavera, echando nuevos brotes. Se iba lentamente, preparando la lección, mirando el libro, mirando el cielo, mirando los edificios, tan bellos, ocultando sus misterios de elegancias, apenas entrevistas alguna vez por algun balcon semi-abierto... En la noche, el camino era otra cosa, ella sola por las calles mal protegidas de su barrio, casi en los arrabales. Sentía miedo!

No era la joven comunicativa en extremo, pero aquello salía dulcemente espresado, salía porque sí, porque así debía de suceder.—¿I usted no estudia?

—Nó, no estudio... Desde hace tres años, desde que me casé... replicó él con reposo.

—Hubiera deseado concluir, sí, su carrera cortada por el matrimonio, ya que la vida se hacia tan estrecha para los que no tienen profesion, pero.....

Un pequeño silencio; una lijerísima mueca en los labios de ella, apenas apuntada, ya borrada por una sonrisa.

—¿Es joven su señora?

—Jóven, la edad suya, mas o ménos: 20 años. Me casé cuando ella cumplia los diez i siete. Yo tengo 24.

Ella no manifestó mayor decepcion. Por el contrario: tuvo interes en conocer su vida íntima. ¿Era feliz? ¿Se querian? ¿Habia tenido familia?— Sí, era feliz, se querian, pero no habia tenido familia...

I todas estas confidencias injenuas, todo este abandono, estas medias palabras dichas en un rincón del carro, bajo la luz que suavizaba sus facciones, dándoles vida de penumbra i ensueño, las cabezas juntas, parecian unirlos, estrecharlos mas. Un extraño los habria tomado por hermanos, o quizas, por marido i mujer.

Cruzaron de este modo el centro, el corazon de la ciudad: la calle del Estado, la Plaza de Armas. Volvian los paseantes de la retreta. Mujeres elegantes, vaporosas; grupos de jovencitas parleras, acompañadas por jóvenes estudiantes del Código, los serios del dia; ruidos de sedas, nieblas de encaje; risas, pasion... ¡Ansia!... Los vieron pasar, vagamente esbozadas sus siluetas, procesion interminable a lo largo de las aceras, los miraron curiosos desde la ventanilla del tranvía, sin envidia, felices de esta quietud que los iba envolviendo con inmensa malla traidora, mas unidos al sentirse extranjeros a aquellas jentes que apenas los percibian en su loca turbulencia de placeres i vanidades. Bruscamente penetraron a calles mas oscuras, mas solas. Prosiguieron la charla. Al llegar al rio admiraron juntos los juegos de luces en la oscuridad, luces lejanísimas, luces próximas, luces movibles, luces quietas incrustadas en la tiniebla.

—¿Qué lindo, nó?

—¡Lindo, lindo!

Se hubieran estrechado la mano en suave presion

de confraternidad. Una alegría indefinible les hacia estallar las palabras, atropellarse, mirarse a los ojos, consultándose sobre conocimientos comunes, amigos de ámbos, personas que se quieren, aficiones acordes.

—¿Conoció usted al doctor Williams, en el Pedagógico?

—Lo conocí. ¡Qué bueno!

—¡Cierto! ¿I el señor Momsen?

—Tambien.

Felicidad. Abandono. El tranvía corre. Ella se pone en pié. «¡Qué corto el trayecto! ¡Por poco me paso!»...

Se bajaron. La acompañó él unas cuantas cuerdas, solitarias i oscuras. Callaban las bocas. Las almas... ¡almas locas!... Al despedirse, de buena gana se hubieran besado. No lo hicieron; sólo un largo, demasiado largo enlace de manos, un adios i una intensa mirada de amigos (así lo dijeron los labios). ¿De amigos?... Nó, de hermanos del espíritu! de predestinados!... (así lo dijeron las almas)...

Despues de esta primera entrevista el conocimiento marchó rápido. Una semana de luchas internas, luchas de prejuicios i luego un estallar de besos, miéntras las flores estallaban en los campos, un estallar de suspiros, de languideces, de miradas vagas i palpitaciones de corazon. Dos flores tronchadas, mustias, bajo el sol ebullente, dos flores buscándose a tientas para unir los pétalos, en largo

beso de amor. ¡I es claro! Las flores, los besos i suspiros buscaron el campo para teatro de amor. ¡Huyeron al campo, huyeron, los locos!...

...I una clara mañana de primavera, miéntras el profesor de antiparras apuntaba una nota de ausencia para la alumna i el jefe de escritorio se impacientaba por el retraso del subordinado, el ancho sol, fulgurante de salud, daba la bienvenida de padre bueno a dos jóvenes que repechaban la cuesta del agreste San Cristóbal, cojidos de la mano, deteniéndose a cada veinte pasos para sonreirse i mirarse en los ojos, i para volver a emprender de nuevo la marcha, palpitantes, en busca de la soledad, de la paz de las alturas.

Al llegar al primer recodo de camino que subia serpenteando i que los defendia de las miradas importunas, se dieron un beso de ansia, a lábios apretados. Volvieron a caminar, sonriéndose, prometiéndose el uno al otro en entrega absoluta. Nada hablaron, como si quisieran llenar con silencio tantas cosas confusas, inesplicables, de la vida. Al llegar a la cumbre se unieron en un abrazo intenso, ardoroso; se bebieron se confundieron...

¡I a partir de ese dia el amor se hizo sereno, amplio, puro, jeneroso. ¡Oh, felices dias! ¡Cómo pasaron!...

* * *

Amenguaba el calor. Descendía el sol sobre las montañas de la costa. Ráfagas suaves le acaricia

ban el rostro al jóven como si pretendiese cambiar unas ideas en su cerebro por otras, trayéndole palabras sueltas quizas de donde, palabras que se le antojaban musicales; palabras ya escuchadas, ya dichas; palabras de ella, palabras de él. Otros recuerdos posteriores, otras charlas del pasado, que aun parecian vibrar en la atmósfera, limpiamente:

—¿Me quieres?

—¡Bah!

—¡Pareces triste!

—¡Tonto! ¿I por qué?

El amor que palpita i crece entre vacias charlas, adorable en su sinrazon, diciendo mas cosas quizas que las que se quisieran decir, i que los labios se niegan rebeldes a condensar, inespertos o malignos... Gustaban de esta charla sencilla, formada del relato de insignificancias, pero sobre las que parecia flotar un fuerte lazo de pasion, uniéndolos, apretándolos cada vez mas.

Sin embargo, mas de una vez la voz se hacia grave i serena en la boca de él, miéntras jugaba con los dedos de ella, delicados i ájiles.

—Pasaba muchos dias triste, Maria... ántes que yo te conociera...—le dijo cierta vez.—Me sentia incómodo en el mundo: me parecia estrecho. Revolvíame por cualquier bagatela; estaba irritable, nervioso. Mi vida parecia desorientada: pensamientos vagos, tristezas sin motivo, i un galopar constante de locuras por mi imaginacion... Era algo como si

ahí cerca, a la vuelta del camino, te hubiera ya divisado i que una mano misteriosa me retuviera, ocultándome de tu vista.

No tardaron en sucederse entre ellos silencios i distracciones difíciles de explicar.

—Maria... ¿En qué piensas? ¿Hai algo que yo no conozca? ¿Tienes algo que reprocharme?

—¿Reprocharte? ¿A tí?

—Sí... Te soñaba grande, pero tu has sobrepasado mis sueños!... ¿No sufres? Nada te falta?

—Nada me falta. Dices que me quieres, i estoi contenta. Tu no mientes ¿verdad?... Solo que de vez en cuando siento tristeza por algo indefinido... tristeza quizas por la vida, por las rarezas de la vida.

—¡Alégrate!

Nunca hablaron de sacrificios, ni de maldad, ni de culpa. Un silencio vasto velaba sobre todo ese mundo de vallas que los hubiera podido separar de un modo violento. Se querian ¡i nada mas!... Pero la tristeza aumentaba, a pesar de ellos, i los vagos fantasmas comenzaban a cobrar formas precisas. Cierta dia la jóven preguntó, tímida i dulcemente:

—¿Como está ella, Daniel?

Aludia a la esposa. Daniel titubeó; jamas habia renegado de su amor por la amorosa dueña de su hogar, la veladora de sus sueños tranquilos, la probable madre de sus hijos, i esta vez replicó tambien con acento seguro, escrutando ávidamente el rostro de la jóven.

—No está mui bien, Maria... Ella me observa i ahoga su pena en suspiros. Se hace cada dia mas tierna, mas esquisita de sensibilidad, i cada dia siento que la quiero mas ¡es tan buena!...

—¡Daniell!...

—¿Te molesta que te hable así?

—Nó, ni lo pienses. Yo tambien la quiero como a hermana. I, créeme, me gusta que seas sincero. Del mismo modo que la defiendes a ella, me defenderias a mí ¿verdad?

—Sí, Maria, sí.

Enternecida ella, exclamaba con acento en que le enviaba el alma:

—Eres tan bueno. Yo tambien te soñaba así...

Un dia él dijo despues de lijera vacilacion.

—¿Me comprendes bien? ¿comprendes que pueda querer a las dos a un tiempo?

—Sí, lo comprendo.

El jóven suspiró profundamente, i murmuró:

--En eso ella te es inferior.

—¿En qué?

--Si yo le contara mi amor por tí, como a tí te cuento mi amor por ella, ella no lo resistiria. Podria callar i perdonarme, pero...

—¡Daniell!...

—Estoi seguro: ¡Ella moriria!

Silencio. Tristeza de oracion, de caída de tarde. Un sollozo.

— ¡Perdóname, Daniel, perdóname!...

—No tenemos nada de qué culparnos. Nosotros no hemos arreglado la vida. La vida marcha... Ni tampoco hemos tenido valor, ni deseos, ni tiempo de oponernos a ella, a sus mandatos de imperio. Me habria parecido un crimen frustrar nuestro cariño por futilidades del razonamiento. ¡Matar el perfume que nos llega de las flores, cerrar los oídos a las músicas del viento, matar los ojos para la contemplacion de los colores en la naturaleza, todo ello seria, eso sí, un crimen!

—Un crimen—apoyó la enamorada.

—Mi deseo hubiera sido otro... Lástima que el proponerlo siquiera pareciera un absurdo. Escucha tú, ella, sois mis amores, mi existencia entera... Tampoco es ello todo verdad; tú, ella, i otras, otras muchas mas... conocidas, del pasado, desconocidas, del porvenir. ¡No te asustes! Todos mis amores: esa es la vida, por lo ménos, mi vida. Tú, ella, mi madre, mis hermanos, mis amigos: ¡todos!

—Daniel ¡mi Daniel!...

—Tuyo, Maria, i no miento. Soi todo tuyo, i no miento. Soi todo de ella, i no mentiré. Es el amor humano, grande, vasto, infinito, compuesto el todo de partes imprecisadas. Un amor no excluye a otro amor. Todos caben dentro del infinito, del todo, de lo perfecto. Un amor despierta las ternuras, otro hace vibrar las grandezas, otro las delicadezas. Si pudiéramos conocer a todos los despertadores de nuestra alma, a todos nuestros predestinados, se

ríamos como dioses, creceríamos hasta la divinidad.

l continuaba la charla, dulce, intensa. Luego un silencio. La ciudad a los piés: i ante la vista horizontes vastos, cielo azul, montañas i grandezas.

Ella habla, tierna:

—¿En qué piensas?

El responde:

—Sueños, locuras... Yo desearia llevarte allá donde ella, allá abajo ¿ves?, ves aquella casita con un árbol grande en el patio. ¿Ves aquel puntito blanco que se ajita junto a la pared? ¡Quizas sea ella! Está triste Sin embargo nada sabe... Pues bien, iria donde ella, te llevaria de la mano, i le diria: toma, hela aquí, a tu hermana, ¡ámala!

—¡Oh, Daniel!... ¡Pudiera ser verdad!...

—Imposible.

—¡Probémoslo!

El viento de la inmensidad, de las locuras, sopla sobre sus frentes.

¡Oh, qué hermosa está ella así! El abate los brazos i suspira:

—¡La mataria! Allá abajo todo es distinto. Las calles estrechas... hai polvo, hai lodo, no hai aire...

—¡Verdad!...

.....
El joven se puso en pié violentamente. «¡He, el pasado!». Sacudió la cabeza con violencia como para lanzar fuera todos los pensamientos acariciantes. «El presente, el problema de hoi, el goce de

hoi, la tortura de hoi: he ahí la vida»... Allí estaba para resolver el problema. «¿Pero por qué tardaría ella?» El lagarto habia tornado a su cueva, las chicharras habian apagado su cancion, la sombra del árbol comenzaba a hacerse helada. ¡Dos horas, tres horas!... Una hora mas i la noche llegaría. Junto con la fuga del sol se disipaba su confianza. Sintió un golpe de angustia: tardaba demasiado.

Por fin, en el camino distante, en el pié del cerro, apareció una silueta pequeñita de mujer. ¿Ella? Si, se lo decía el corazón. Una laxitud angustiosa comenzó a invadirle el cuerpo. Estendió los brazos hacia ella en movimiento maquinal como si temiera que su ensueño loco se esfumara como sombra. Los pasos se acercaban detras del recodo i esta vez casi no quiso volver el rostro para recibir de lleno la impresion de ella entera. Finjió estar distraido. Pero no tardó en volver la cabeza. Ella se acercaba sonriéndole, como de costumbre, mas a él se le antojó que una sombra oscurecía los ángulos de su boca. ¡Las primeras sombras del crepúsculo quizá!

—¿Has esperado mucho?

—¡Toda la tarde!... ¿Qué ha pasado?

La hizo lugar junto a él, en el cespéd. Ella se sentó.

—¡Espera un poco, vengo rendida! Creí que no te vería mas.

—Acércate aquí, a mi lado.

—Déjame respirar. Quiero hablarte con despacio.

Se desceñía el mantito ligero, transparente, i estendía los piés, luciendo las botinas a traves de los encajes de la enagua, en abandono dulce i confiado, mientras aspiraba el aire con ansia.

—Malas noticias.

—¿Qué pasa?

—Mi hermana nos ha sorprendido. Lo sabe todo.

El arrugó el ceño.

—¿I qué?

—No te enojés. Por eso no te he de querer ménos.

Rodeó el cuello del amante con sus brazos i le cubrió la boca con sus labios tibios, suaves. Junto a él, inclinada sobre su pecho el rostro, casi tocándole las mejillas, prosiguió temblando en cada inflexion de voz.

—Hemos tenido una escena. Me ha dicho que o salía de casa, o me resignaba a abandonarte.

El alejó el rostro con un movimiento duro.

—I tú ¿qué has respondido?

—¿Yo?... ¡Nada!

—¿Cómo, nada?

—He llorado, he llorado i he venido a ti. He querido verte, que tu decidas. Haré lo que tu mandes.

El rostro de él se ablandó Guardó silencio, reflexivo.

El cielo se iba tiñendo de rojo, de rojo sangriento. La ciudad parecía evaporarse, diáfana, lijera, bañada en niebla i en vaguedades. A lo léjos, mas allá de la ciudad, los campos se hacían delicadísimos, i los montes cada vez mas oscuros, recortábanse fuertemente contra el cielo encendido.

—Tambien tengo malas noticias que darte, María. He hablado a Dora, mi mujer.

—¿Le has contado todo?

—¡Todo, como a un confesor!...

Ella inclinó la cabeza, no atreviéndose a preguntar mas. En el cielo, de pronto, las nubes se apagaron. El sol se ocultaba. Regresaban del trabajo las cuadrillas de canteros hablando fuerte. Reían. Sus voces eran roncadas i cónicas.

Silencio, largo silencio. Ambos tenían la mirada fija allá abajo, en la ciudad inmensa. Permanecieron largo rato así, sin hablar. El valle se teñía de sombras. Las montañas eran negras, recortadas bruscamente contra el cielo lívido. De pronto una luz apareció allá abajo, delante, pequeñísima, indecisa. Un vaho oscuro parecía levantarse de la ciudad. Nuevas luces, mas distintas, lucientes, grandes; nuevas sombras. Ruidos aislados venidos del cerro mismo: una carcajada, una voz de mando, i el eco que se pierde restallando en la distancia.

Las bocas, mudas; las almas hablando, hablando, jimiendo ¡pobres almas!

—¿Ella sufre, Daniel?

—Sí, sufre... Si esto sigue así, no sé en que irá a parar...

Pausa larga; angustiosa, i con no se qué de dulce a la vez. Las tinieblas, subian; las luces aumentaban, se multiplicaban, frias, vívidas. Ruido confuso de ciudad, hervidero sordo i distante. La tiniebla parecía ir cobrando vida, ajitando en su seno monstruos, misterios i dolores; era un solo gran monstruo negro de centenares de ojos lucientes e inmóviles.

El se puso en pié, solemne.

—Vamos, María.

La voz dulce de ella, obedeciendo:

—Vamos.

Subieron algunos pasos por el camino i se detuvieron a mirar hacia abajo. Se abrazaron en silencio, con relijiosidad. Se besaron en un largo beso doloroso, definitivo, de adios... Habían comprendido sin hablar el pensamiento de ambos i el sacrificio se consumó en la sombra. Emprendieron en seguida el descenso.

¡Largo descenso! Sumidos en la tiniebla, comprimiendo los sollozos, separados, recojidos en si mismos. ¡Otras veces que bajaron corriendo, lanzando locuras i gritos al viento!

Antes de llegar a la planicie él se detuvo, la cojió una mano i la besó con respeto, como si se tratara de una cosa que ya no le pertenecía. Que

brando la voz para no romper en sollozos no pudo ménos que decir algo, algo que la consolara i que lo consolara a él mismo.

—¡No llores, amor—le dijo con ternura—¡no llores! ¡quizás sea para mejor!... ¡Será para mejor!... Un dulce sueño vivido por nosotros dos, un sueño mas intenso que la vida misma, mas grande i mas hermoso! ¡Será para mejor!... ¡Cortémosle en vida ahora que todavía es niño i es tan puro, tan sin mancha de alma! .

Mañana, quizás, sería ménos grande, i al separarnos lo recordaríamos ménos grande!... ¡No llores, amor, no llores!...

Ella no le oía. Entónces él quitó las manos del lloroso rostro i la besó, la beso repetidas veces, en la boca, en los ojos...

I continuaron el descenso, continuaron, pero aun antes de llegar, Daniel no pudo ménos que detenerse para amenazar con el puño a esa mancha negra que se extendía a sus piés, a la ciudad inmensa cuajada de luces inmóviles, i que se los tragaba, se los tragaba para siempre, como una ancha boca monstruosa, como una ancha boca de tumba!





EL VENGADOR

Cinco años justos despues del suicidio de don Eduardo, en uno de los pueblos de la frontera, nos reuníamos los habituales parroquianos del baccarat en la misma sala en que el malogrado caballero perdió el último resto de su fortuna. Fué allí tambien donde jermirió el fantasma de su muerte.

Aun no empezaba el juego. Fumábamos sentados en derredor de las mesas, charlando bajo las verdosas luces de las lámparas, sin prestarle grande atencion a nuestras palabras.

No cabia duda que alguna idea comun preocupaba nuestros espíritus; mejor, un sentimiento indefinible, traducido apénas en un vago malestar. Sin embargo, no cruzó por mi mente el menor recuerdo del amigo suicida.

Hubo momentos, sí, en que todos nos quedamos en silencio, con la vista en el suelo, como si persi-

guiéramos una fujitiva vision. Sólo restaban entonces el murmullo que producian con sus voces apagadas i sus largas exclamaciones unos tres o cuatro forasteros que se habian retirado en un ángulo a distraer el tiempo jugando al dominó. Alguien restregaba las fichas en la mesa.

—Con esta empató—decia una voz, distintamente.

—¡Ah!

—¡Oh!—parecian responder otras voces.

Un portazo resonó en el exterior. Alguien discutia en los pasillos del hotel. Un lento golpeteo comenzó a rozar la techumbre: principiaba la lluvia.

—Buen aguacero—dijo alguien, en nuestro grupo.

—Tendremos danza para algunos dias—respondió otro lanzando un grueso suspiro.

Un jóven pequeño i regordete se puso en pié con un movimiento rápido i se dió una palmada en la frente.

—¿Qué hai? —preguntaron varios al mismo tiempo.

—Nada—dijo el jóven. Que he olvidado en casa mi capote de goma.

—Pues... ¡mandarlo buscar con un mozo!...—aconsejó alguien.

—Nó, dijo el jóven, dando algunos pasos con nerviosidad—voi yo mismo en su busca.

Cojió su sombrero de la percha i se dirijió con lijeros pasos hácia la puerta.

—No tardes—le advirtió un amigo—ya sabes

que hoi tendremos al arjentino, i hai que atacarlo fuerte.

—¡No faltaba mas!—dijo el jóven con vehemencia.

Salió. Se oyeron sus pasos cómo se alejaban por la galería. La lluvia caia ya con fuerza sobre el tejado produciendo un ruido sordo.

—¡El as!—gritaba uno de los jugadores.

—¡Ahó! ¡ahó! ¡ahoo!

—Van cinco!—gritaba el primero con voz estridente.

Aun no se habian encendido todas las lámparas. Sobre la mesa central, alrededor de la que estábamos agrupados la mayor parte, dos grandes pantallas verdes dejaban caer dos haces de luz. El resto de la habitacion, sobre todo el cielo raso, quedaba en penumbras. Nuestros cuerpos dividíanse en dos zonas, una luminosa i otra indistinta, diluyendo esta última su materia en la sombra, haciéndose mas espiritual, de mas intensa espresion. Los ojos brillaban como fugaces llamaradas, encendiéndose, apagándose simultáneamente. Nos observábamos unos a otros. Pero nadie parecia dispuesto a expresar el pensamiento comun que nos oprimia.

—¿Hoi llegó el arjentino?— preguntó alguien con voz grave i pausada.

—Ayer, respondió un hombre corpulento, de negra barba partida en dos lóbulos en la parte inferior del rostro. Su acento tenia marcada acentuacion española. Agregó jovialmente:

—Vendrá a despanzurrarnos, como de costumbre.

Un hombrecito delgado, de rostro enjuto, perfectamente rapado, a escepcion de un escaso bigote que caía con cuidada mesura, se puso en pié como impulsado por un resorte i avanzó uno o dos pasos cortos. Al verlo fruncir los ojos i estender la mano hácia sus amigos nadie hubiera podido dudar que iba a decir algo estremadamente fino, interesante i culto.

—No lo crean Uds.—dijo. La fortuna es veleidosa, caballeros, i alguna vez tendrá que estar con nosotros. Por lo demas, tengo el presentimiento de que hoi venceremos al arjentino, en caso de que este... (hubo una pulcra reticencia)... en caso de que no juegue con malas artes.

Hizo una pequeña inclinacion con el busto i se afirmó de espaldas en la mesa, al parecer mui satisfecho de sus anteriores palabras. Los ojos del español de la barba morena brillaron con intensidad.

—¡Esta no ha sido mui veleidosa, la fortuna, nó!... cuatro viajes ha hecho el maldito tio i en ninguno ha dejado de limpiarnos el bolsillo. Desde que vino la primera vez hace... ¿se acuerda Ud.?...

Se volvió interrogando a un paisano suyo que estaba sentado a horcajadas en una silla.

—Hace seis años—respondió éste con pausa, despues de chupar largamente su habano.

—¡Cinco!—correjí con presteza. Coincide su primer viaje con la muerte de nuestro amigo don Eduardo. Hace cinco años justos.

No pensé que mis palabras pudieran producir semejante efecto. Todos callaron i abatieron el rostro. No pude ménos que estremecerme: hubiera jurado haber visto pasar fujitivamente por delante de nosotros la sombra del suicida.

La lluvia arreció en ese mismo momento. La pequeña ventana que daba al patio se abrió i volvió a cerrar con fuerza.

—Ahó, ahoo—repetia el murmullo de los jugadores de dominó.

Poco despues sentimos ruidos de pasos i voces broncas que se acercaban. Se abrió la puerta. Hubo una exclamacion jeneral. Era el arjentino que llegaba con dos mas de nuestros amigos. Saludó cordialmente, i miéntras se quitaba una larga manta de castilla que casi lo cubria hasta los piés, nos habló con su voz gruesa, dominante, un poco cantada:

—Están Uds. mui fúnebres, ché... ¿qué les pasa?... ¡Cuenten, pues!

Nos habíamos puesto en pié i poco despues nos sentamos alrededor de la mesa, en silencio. Se diria que nos aprestábamos a un duelo a muerte. El arjentino tomó su asiento en la cabecera i abrió uno de los naipes nuevos que se guardaban en gran cantidad en los cajones de la mesa.

Ya íbamos a empezar cuando se abrió de nuevo la puerta... Algunos tornaron nerviosamente la cabeza.

Era el jovencito del capóte de goma quien regresaba.

—¿Saben?—dijo avanzando hácia nosotros con espresion misteriosa.—¿Saben?

Nos volvimos hácia él.

—¡Empecemos! dijo el arjentino con impaciencia.

Pero nadie hizo caso de su tono imperioso. Presentíamos una noticia emocionante.

—¡He tenido un encuentro!—pricipió el jóven despues de mirar hácia todos lados con recelo.—¿A que no adivinan con quién?

Interrogamos con la mirada.

—...¡Con don Eduardo!...—concluyó por fin, resollando con fuerza.

Habia dejado caer estas palabras con lentitud, metiendo las manos en el bolsillo delantero del pantalon i abriendo estremadamente los ojos. Varias exclamaciones de duda se levantaron en torno de la mesa.

—¡Eh!

—¡Bah!

—¡Baah!

Se deseó creer en un bromazo.

—Con don Eduardo o con su sombra—corrijó el jóven un poco amostazado.—Pero de todos modos, pronto saldremos de dudas, me ha dicho que le reserváramos un puesto. Preguntó primero si jugaba hoí el arjentino...

Titubeó de nuevo i se corrigió:

—El señor Morales...

—No puede ser, jóven—saltó el caballero pequeño

de elegantes maneras, levantándose de su asiento. —Repito que eso no puede ser... debe haber recibido Ud. una mistificación. Nuestra cordura i experiencia nos autorizan para dudar de sus palabras, jóven. Don Eduardo murió hace cinco años.

—No somos chiquillos—afirmó jovialmente el español de negra barba.—Nuestro paisano estará ya comido i requetecomido por los gusanos ¡ya lo creo!

Nadie pareció... deseos de celebrarlo. Solo el arjentino habia dejado las cartas al oír pronunciar su nombre; conservaba su espresion irónica.

—Empecemos no mas, ché—dijo.

—Créanme, señores... Yo no pretendo engañar a nadie—insistió el jóven.—Se interpuso entre la puerta del hotel i yo me dijo: Dígales a Morales i sus compañeros que tenemos cuenta pendiente i que la saldaremos. Era su misma voz, señores, su mismo modo de hablar un poco nervioso, fatigado en el fondo, su mismo modo de inclinarse hácia las personas.

—Pero ¿no le vió Ud. el rostro?

—No pude verlo, porque se envolvía en una larga capa española, i estaba embozado hasta los ojos, con el ancho sombrero de fieltro echado hácia adelante...

—Permítanme, señores...—dijo el caballero de los elegantes modales, avanzando i haciendo un jesto de complicidad a los jugadores.—Dígame,

jóven...lo encontró Ud., a la vuelta o a la ida de su casa?

—A la vuelta.

—¿Podría Ud. decirme en qué parte mas o menos?

—Yo volvía de mi casa, a trancos largos para no retrasarme en la partida, cuando veo que me sale al paso, en la oscura acera, un bulto negro. ¡Algún transeunte!—pensé, i le cedí el camino. Pero la sombra se detuvo i me tocó el brazo.—¿Va Ud. para el hotel?—me dijo.—Sí, para el hotel voi—¿Para la sala verde?—volvió a preguntar.—No respondí; comenzaba a sentirme estrañado de semejante interrogatorio.—No me mire Ud. con esa desconfianza—me dijo el desconocido—soi Eduardo San Juan...—¡Imposible!—repliqué, apartándome de un salto.—Es la verdad, ese es mi nombre...—¿Hoi llegó el arjentino?—volvió a preguntar. Le repliqué que sí con un movimiento.—No lo interrumpo por mas tiempo, entónces—me dijo, i agregó lo que ya les he repetido:—Dígales a Morales i a sus compañeros que dentro de una hora estaré con ellos. Que se me reserve mi puesto...—I eso es todo.

Guardamos silencio. El mismo arjentino pareció un poco inquieto. Su rostro bronceado se contrajo con una mueca de disgusto.

—¿Dentro de una hora?—preguntó con calma aparente.

—Sí—respondió el joven.

—¿Ha dicho «mi puesto»?—volvió a preguntar.

—Sí. Dijo: que se me reserve mi puesto.

—Bueno... Entónces no cabe duda... es él en persona—concluyó el arjentino con acento burlon.

—Hagamos lo que Juan Tenorio, ché... Reservémosle su lugar.

—Permítanme, caballeros—dijo aún el vejete de las maneras finas—¡Es imposible!...La ciencia i la esperiencia....

—Ya está, pues, ché, ¡comencemos!—volvió a repetir el arjentino con imperio.

Poco despues empezamos a jugar. Pero a pesar de los esfuerzos de los jugadores no pudo establecerse, esa aparente cordialidad que reina en los garitos privados. Todos estábamos inquietos, atentos mas al ruido venido del exterior que a las mismas cartas.

Al cabo de algun momento el caballero de los buenos modales volvió a insistir.

—¿Dígame, joven...era su misma voz?...¿No habia ninguna diferencia entre el desgraciado amigo muerto i su fantasma?

—Era su misma voz, si, de eso estoy seguro; aunque no podria asegurar que...

—Hable Ud.

—Me pareció notar un poco de diferencia en su estatura. Este don Eduardo parecia mas alto i mas delgado que el otro.

El caballero sonrió con satisfacción.

—¿Ven ustedes?... Ya se comienza a ver claro.

I volviéndose a los jugadores preguntó:

—¿Ninguno sabe si don Eduardo tenía algun hijo?

Una luz alumbró mi espíritu. Me pareció oportuno inteceder.

—Fuera de lo que todos conocemos, no...—dije
—Esos son demasiado pequeños. Pero se yo de uno que tenía, el mayor, ausente del hogar desde pequeño, i que debía estar probablemente en las minas del Norte o en Bolivia.

—¡Ah!!!

Hubo un respiro de satisfacción. Los jugadores volvieron a su cartas.

—¡Claro!— dijo el español de barba nazarena.
—El fantasma aparecido al amigo Segovia no es otro que el hijo del difunto i que por ser el mayor es seguro que lleva el mismo nombre del padre.
¡Valiente fantasma!

Pero a pesar de todo, los rostros permanecieron serios, preocupados.

Los jugadores de dominó se levantaban discutiendo i poco despues se oia el ruido de sus voces alejándose por el corredor, hasta perderse.

Se jugaba *poca*, en silencio, apénas usando de las palabras necesarias.

—¿Real?

—¡Sencilla!

—¡Paso!

Sobre las latas del techo i sobre los vidrios de la ventana repiqueteaba la lluvia con mayor fuerza. Alrededor de la mesa central estaban sentados escasamente quince jugadores. El argentino a la cabecera, tallaba diestramente. Frente a él, un asiento vacío. Las mesillas del baccarat, alrededor de la sala, permanecían así mismo vacías i en penumbras. Alguien consultó el reloj. De vez en cuando alguno volvía recelosamente la cabeza hácia la puerta i hácia los ángulos de la sala. Las manos sobre el tapete verde temblaban lijaramente al cojer las cartas. ¡Cosa estraña! Yo también sentía un vago malestar. ¿Miedo? ¡Pero a qué!...Era evidente que todos esperábamos un acontecimiento estraordinario. Nada nos hubiera estrañado haber visto abrirse las paredes de la sala para dar paso a la figura macilenta, ensangrentada, del suicida. Instintivamente, miétras jugaba, principié a recordar.

...Primero lo imaginé tal como lo viera en los últimos días: errabundo, con la mirada distraída, tímido, azorado. Pedia préstamos mezquinos a sus camaradas; cinco, diez monedas, para ir las a tirar sobre el tapete con una obsesión de desesperado. ¡Lo que debió sufrir aquel hombre! ¡Quizás esperaba resarcirse milagrosamente de sus continuas pérdidas; de la pérdida de la fortuna suya, primero, el pan de sus hijos; de la de su mujer, enseguida; i luego, para remate, la de los dineros que un

amigo le confiase. ¿Cómo pudo aquel hombre pundonoroso i leal llegar hasta ese extremo? ¡Peor que un mendigo! Lo ví tender la mano a uno de sus compatriotas: ¡cinco pesos!...Tuve vergüenza al escuchar la descarnada negativa. Vergüenza por él, por su vergüenza, vergüenza por el otro, el avaro, el sin corazon...¡Era un moribudo el que mendigaba!

Recordé el último dia; dia bochornoso. El pobre hombre habia hecho salir precipitadamente a la familia del pueblo, con cualquier pretesto. Habia realizado los muebles de su casa; lo habia vendido todo. Sin duda era el último recurso. Aquella noche al colocar sus últimos dineros al tapete no se le conocia la emocion sino por una densa palidez. Poco despues jugaba como distraido; con la mirada vaga, puesta quizás en qué lívidas rejiones de este u otro mundo. Solo cuando sus últimos centavos pasaron a poder de su enemigo, pareció experimentar una relativa zozobra. Miró por un instante con ávida mirada el monton de fichas que tenia su camarada del frente, precisamente el argentino, i que representaban todas sus ilusiones, su honor como hombre de negocios, su bienestar como padre de familia, el bienestar de su corazon, i por un instante temí que se arrojara sobre el afortunado e implacable despojador de sus esperanzas últimas. ¡Instante supremo i dolorosamente cruel! ...No se movió, sin embargo, i apénas pudimos

escuchar un balbuceo en sus labios, un grito comprimido, débil, como la súplica de un niño. ¿Qué decía? ¡Suplicaba el infeliz un crédito sobre su palabra! ¡Una hora mas de agonía merced a la generosidad de su contendor! Entónces oimos la réplica dura, mordaz, cortante como una cuchillada.

—No presto dinero a quien no tiene ya palabra.

Salió un gemido de su pecho i lo vimos deslizarse enseguida al exterior semejando mas bien a una sombra que un hombre vivo, insignificante, aplastado bajo el peso de su vergüenza.

Una hora despues se le encontraba tendido en un lecho del hotel (¡ya no tenia casa!) en medio de un charco de sangre, un charco tan grande, tan grande, que ni dos grandes sábanas bastaron enseguida para enjugarlo. ¡Unico sangriento legado de una vida de desgracia!

Despues: la consternacion de los compañeros de juego que veian en este episodio un anuncio del cielo para el mui probable fin que pudieran tener sus vidas; la capilla ardiente, el derroche de coronas, una pequeña fortuna en flores de trapo, porcelana o laton pintado, para cubrir los restos de aquel ser que ya nada les pedia, ni aun las miserables monedas que ántes, cuando las pidió, se las negaron. Un cuarto tapizado hasta el techo de coronas entre las que se leian—aisladas flores cándidas—dedicatorias como esta: «Tilita, a su querido papá»... Ah!, la pobre inocente! No sabia nada de

la miseria humana que le arrebatava a su «querido papacito» cuando aun ella permanecia libre del envenenado contacto. No sabia que muchos de los que allí la rodeaban con la compasion en el rostro, serian mas tarde capaces de perderla, dejarla morir de hambre i volverle luego la espalda cuchicheando hipócritamente: «Ah, la maldita, la impura!».

En medio de las flores i de los velones encendidos estaba el túmulo con el magnífico ataúd que les costeaba la caridad humana; a traves del límpido cristal de la testera podia verse el rostro del fenecido. Lívido el rostro, i noble. Severa su hermosura. Una leve manchita roja, circular, recordaba tan solo el trágico fin de su vida. De una vida señalada por la mano negra, desde lo alto. Vida inquieta, fatal, laboriosa i vacua. En sus labios ligeramente plegados, creyérase haber visto vagar una tenue sonrisa de amargura o una interrogacion irónica. ¿Por qué, para qué, su vida? ¡Aquella vida que nació i vivió como aislada, insegura de si, susceptible, vacilante, errabunda? ¡Pobre don Eduardo!

Despues, el acompañamiento mortuorio, hasta el cementerio. El cielo oscuro, amenazante, las calles cubiertas de lodo, i luego, la coincidencia estraña de la tempestad que se descarga furiosamente sinizquierda en el instante mismo en que la comitiva emprendia la marcha. En el pueblo no habian ca-

rruajes. Saltando charcas, defendiéndose con el paraguas de la lluvia i el viento, solo algunos pocos llegaron al cementerio. En silencio, apresuradamente, como en derrota, llevaron el ataúd hasta la boca negra de la sepultura: de piedra, húmeda, llorosa de goteras. Allí quedó el ataúd, de cualquier modo, sin discursos, sin responsos. I por fin, como última burla del cielo, cesó la lluvia instantáneamente, se abrió el cielo i un radioso arco iris se estendió sobre el espacio coma una delicada sonrisa de ironia para aquellos que todavia se encontraban bajo el temor de los elementos.

En los primeros dias siguientes a la muerte, los jugadores se retrajeron de sus nocturnas reuniones, en honor del muerto, pero a medida que el fantasma se disipaba con el tiempo, poco a poco fueron retornando a los antiguos hábitos. I ahí estaban despues de cinco años justos, los mismos, el muerto sustituido por alguno nuevo, salido de las filas de los hijos de los jugadores.

Los mismos. El enjuto caballere de finos modales, ex-gobernador del pueblo; el alto de grandes bigotes i voz recia de sarjento, gobernador actual; el juez, el secretario del juzgado; perseguidores de crímenes que cometieran sus enemigos o los menesterosos—los pocos quizas que cometen crímenes disculpables,—pero ciegos ante sus propios vicios i sus propios crímenes. Allí estaba el garito destrozador de hogares, destrozador de vidas, por-

tador de fiebres e inquietudes. I allí estaba tambien el extranjero invencible, el orgulloso tallador argentino, con su voz bronca i canturreada, con inflexiones traidoras que quizas por qué hacia recordar el onduloso rastrear de las serpientes; con su rostro moreno, curtido por el aire de las pampas i cruzado por honda cicatriz. ¡Una cuchillada sobre el tapete, quizas! El mismo argentino que dijera en la noche memorable, con su voz dura, cortante i cruel:

—¡No presto mi dinero a quien no tiene ya palabra!

Los mismos. Todos congregados allí, despues de un lustro, bajo la claridad verdosa de las lámparas, quizas bajo el imperio de misteriosa mano. La misma noche de tormenta: la lluvia cayendo sobre el zinc del techo i en los cristales de las ventanas, i el mismo monótono ruido de las fichas al correr entre las manos, i las mismas fúnebres voces:

—¡Juego!

—¡Paso!

—¡Chipe por diez!

Solo uno faltaba; el muerto. I ahí estaba el asiento desocupado, esperando al sucesor, al misterioso hijo venido de tierras lejanas a reemplazar al padre.

Se oyeron pasos por el corredor. La lluvia redobló su fuerza en los cristales. Las miradas se posaron ansiosamente sobre la puerta. Algunas manos aumentaron su temblor. La puerta se abrió por fin i las luces vacilaron en contacto con el viento este-

rior. Un juramento soez cortó la espectacion jeneral: era el arjentino, que se habia puesto bruscamente en pié. Ruido de sillas; agitacion.

Algunas voces aterradas:

—¡Él!...

De pié en el dintel de la puerta, sumido casi en las sombras que llenaban el corredor habia un hombre,

—Veo que no se me esperaba, señores...—dijo al cabo de un momento con voz lenta, el forastero.

—Soy Eduardo San Juan, hijo de uno del mismo nombre que murió aquí hace cinco años. Pienso arriesgar lealmente mi fortuna en una revancha póstuma... no se me crea, pues, un salteador de caminos.

Se quitó rápidamente la capa, la colgó en un clavo de la percha i avanzó jentilmente hácia el grupo de jugadores...

.....
¿Qué pasó en aquella noche despues de su llegada?... Todo se me aparece como un sueño de pesadilla, fantástico, sobrenatural. Era la voz del difunto, el semblante del difunto, sólo un poco mas delgado i jóven i ménos noble. El mismo modo de cojer las cartas... ¡Oh!

Un grupo de hombres temblorosos, agrupados al rededor de la mesa, como sujetos por una fuerza himnótica, con los ojos desencajados, oyendo la

voz fascinante de aquel desenterrado que hablaba sonriendo, sonriendo diabólicamente.

—«¿Recuerdan a mi padre, señores?... ¡quizas mejor que yo mismo! Tuvo mala suerte... ¡Era un hombre bueno, señores!»

Un grupo de ojos en torno de aquellos ojos tranquilos, ojerosos, húmedos, que parecían lanzar fujitivos dardos envenenados entre sonrisas de irónica benevolencia, aquellos ojos que parecían ordenar al dinero como a esclavos, i el dinero obedecía, aquellos ojos tan parecidos a los del muerto (quizas un poco mas hundidos) que hacían la ilusión momentánea de los mismos ojos del muerto, creciendo en la penumbra verde, encojiéndose, acechando, fulminando, descomponiéndose para volver a aparecer, malignos, irónicos, sonriendo, sonriendo diabólicamente:

—«¡Sí, señores! Yo estaba pequeñito entónces. ¡Creía odiar a mi padre!... He salido a correr el mundo ¡i he corrido el mundo!»

La boca sonreía, los ojos sonreían i las manos recojian el dinero disperso hácia el monton suyo que iba creciendo. Las manos tan sólo lijeramente temblorosas removían el naípe ájilmente; manos grandes, fatigadas, de largos dedos, semejantes a las del muerto, quizas un poco mas jóvenes, quizas un poco mas cansadas. En la penumbra verdosa, cuando los ojos se fijaban en ellas, hacíanse la ilusión de que eran las mismas, las mismas manos del

muerto que se ajitaban febriles para palpar el tape-te, el naipe; i que se alargaban, se alargaban hasta tocar el rostro, las manos de los circunstantes, hasta oprimirles el pecho, removerles el corazon, i huir luego, ájiles, perversas, arrastrando el dinero de los pequeños montones hácia el gran monton suyo, i como si sonrieran, como si sonrieran diabólicamente.

«¡Cuántas cosas he visto! He visto madres explotando a sus hijos, hijos explotando a sus madres!... ¡Hermanos a los hermanos! El mundo se halla dividido en dos bandos: uno que engulle i otro que sirve de festin... ¡¡ai! de los que forman el segundo!... La vida es un juego de azar!»

I el grupo de jugadores se hacia mas estrecho, mas febril, mas sonambulesco. Los mas débiles, estrujados como limones i arrojados como cáscaras miserables, rodeaban ahora a los ménos infortunados. El hijo—sombra del suicida se agrandaba, se hacia omnipotente, se reia de la suerte, blasfemaba. La poca se cambió en baccarat.

—¡Carril!

—¡Vá!

—¡Juego!

—¡Vá!

El viento hacia reclinar los maderos de las ventanas i vacilar las lámparas que parecian estenuadas en la cálida i pesada atmósfera. Los rostros de los jugadores aparecian mas lívidos aun en medio

de las luces verdosas que arrojaban las pantallas.

—«A mi padre le cayó en suerte un mal punto ¡pobre padre! En vez de engullir fué engullido! ¡Desde que comprendí esto, le he cobrado cariño!»

La voz se hacia siniestra, los ojos tenian rayos malignos i las manos arrastraban cada vez mas febrilmente el dinero. Ahora proferia locas carcajadas, hirientes, mordaces. La lluvia atronaba fieramente sobre el techo.

—¡2 000!

—¡Vá!

—¡Váaaa!

.....

Un hombre que se pone en pié en medio de los aterrados, los vencidos. Su estatura se ajiganta en nuestras pupilas sujestionadas. Sin duda es la sombra del suicida. Sus manos guardan el dinero.

Una lámpara parpadea locamente i se estingue. La lluvia ha cesado. Comienza a amanecer.

—«Desde entónces he soñado con la revancha ¡hela aquí! ¡No siempre se repite una misma historia en el mundo!»

¿Cómo salió? No podria decirlo.

Cuando pudimos reponernos de nuestro asombro ya el vengador no estaba entre nosotros. Las primeras luces del alba se arremolinaban en las ventanas. Una lámpara esparcia aun su luz agoni-

zante sobre un grupo de rostros cadavéricos. Sobre la mesa, en el tapete verde, algunos platillos vacíos; en el centro, estrujado, como vergonzoso de una derrota, el naipe de baccarat...

Yo tenía la garganta seca, deseos de beber. Afuera cantaban los gallos.





EL BESO

I

El enfermo cerró con lentitud los párpados i se entregó a una incoherente meditacion interior. Las imájenes ora cruzaban sin relieve por su cerebro, desganadas, ora se perseguian unas a otras a grandes aletazos, como sombras de una llama agonizante proyectadas sobre la pared.

Despues de un momento en que la conversacion de los visitantes continuó siempre en voz baja, sintió junto a sí rumor de faldas i un tenue perfume femenino que le acariciaba el rostro; luego oyó la voz velada, apénas perceptible, de su mujer que decia:

—¡Schiiit!... ¡se ha dormido!... ¡Pero qué pálido está!... Valdria mas que pasáramos a la otra pieza.

Cesó en torno todo ruido. Solo por la tos achacosa i discreta de su hermano que se alejaba i por

el ligero chirrido de la puerta cerrada con discrecion comprendió que estaba solo. ¡Mejor!

Tanto mejor no sentir la charla insustancial que tan poco se compadece de la enfermedad, esa charla que hace se sienta con rudeza en los momentos de affixion el egoismo del espíritu humano.

Pero cuando la soledad runruneante de su cuarto, envuelto en silencio de tumba, se apoderó de su cerebro, una idea le hizo correr un calofrio por el cuerpo:

—¡Si me muriese!... ¡Si la muerte llegara ahora mismo!...

Esta idea no era primera vez que lo asaltaba. Desde que cayera enfermo, habia procurado descubrir en el rostro de los que lo rodeaban la certidumbre de un peligro próximo, i sus observaciones i descubrimientos, le llenaban ahora la boca de un sabor amargo.

Si; mui claro le habian dicho las miradas angustiosas de su mujer, el leve encojimiento de hombros del médico cuando lo examinaba, la sonrisa irónica de un sirviente a quien reprendió cierta vez a causa de una torpeza, i mas que nada, *el tono desprovisto de toda envidia* de sus compañeros al dirigirle la palabra... Todo, todo le decia que...

—¡Nó, no puede ser! ¡Todavía nó!—se dijo angustiosamente.

¡I por qué no podia ser! ¿Acaso sabe algun hombre la hora en que debe abandonar la vida para

pasar a la otra existencia ignorada i temida? ¡Allí, acurrucada en un ángulo, detras del viejo sillón de brazos, quizas estaba oculta la sombra familiar de la muerte con su larga guadaña i su eterna risa enigmática!

—¡Todavía nó!—suplicó de nuevo el hombre con angustia creciente.

Un sudor frio le cubrió toda la frente. Procuró erguirse, llamar, pedir socorro; pero sus miembros no obedecieron el mandato de su cerebro ni su voz pudo traspasar la garganta. Solo entónces notó que tampoco podia abrir los ojos, que los párpados se le resistian con imperio.

—Debo de estar mui débil—pensó—¿o es que comienza a dominarme el sueño?

Sin embargo, percibia con claridad a su alrededor la vida bullendo sordamente, el murmullo apagado de la conversacion en la pieza vecina, resonar de cascos de caballos de coche en el pavimento de la calle próxima, una voz en el interior de la casa que preguntaba algo i otra que respondia; i aquí, en la pieza misma, sentia el silencio de la soledad. No era posible que estuviese dormido; en el sueño no se perciben todos los detalles, apénas si se recibe el ambiente, la impresion total, un sentimiento vago de la vida.

De nuevo hizo un esfuerzo violento para gritar, para levantarse: ni un sólo músculo lo acompañó.

Entónces creyó volverse loco. Su espíritu se re-

beló dentro del cuerpo, revolcándose con furor reconcentrado, dando tumbos desesperados. Todo en vano: pesaba sobre cada uno de sus músculos como una montaña inamovible, cruel, implacable.

¿Cuánto tiempo duró este combate titánico? El no hubiera podido precisarlo. Cuando volvió a tener conciencia de sí mismo su espíritu se encontraba asesando, aniquilado, sin ánimos ya para proseguir una lucha imposible contra aquella fuerza de inercia tan poderosa como el universo, tan formidable como la mano de Dios.

¿Podía ser una pesadilla? No era posible. Estaba seguro de no estar dormido.

Entónces, un desfallecimiento enorme, un desmayo del espíritu lo hizo quedar suspenso como de un hilo delicadísimo... ¡La muerte! ¡Lo irreparable!... *¡He aquí lo desconocido!*

Junto con la certidumbre de la muerte una angustia infinita lo fué invadiendo, i su cerebro, desde ese instante claro i ámplio como la cúpula celeste, se proyectó sobre la vida entera con majestad soberbia.

¡La muerte! ¡Hé aquí lo que los hombres miran con tanto horror! ¿Era nada mas que eso? Un sueño nada mas, la quietud del cuerpo miserable junto con una clarovidencia superior del espíritu que, ahora sí, podía elevarse sin trabas sobre la miseria humana.

La vida, el mundo, apareció por un momento a

sus ojos serenados por la muerte, como un correr de aguas cristalinas, inofensivas, que pasaban a su lado murmurando, irguiéndose en ligeras burbujas bullidoras. ¡Nada mas! Las aguas chocaban unas a otras, haciendo pinitos, estrechándose, correteándose, riendo, rujiendo, buscando todas a un tiempo el beso de la luz i el sol, la vision de la naturaleza, aquietadora incomparable de las pobres aguas turbulentas. Por un momento él fué gota de agua, tambien estuvo sumido en aquella corriente perturbadora, tambien luchó por derribar moléculas hermanas.

I habia bastado simplemente que se detuviese un momento prendida al acaso en una champa de verdura para comprender cuán vana fué su carrera!

A grandes ojeadas abarcó la vida entera desde su nacimiento hasta el presente.

Rafael Gomero Velasco. Su nombre le trajo a la mente, quizas porqué, el cercano momento en que sus amigos recordasen con largos discursos su vida pasada. ¡Cómo podria sonreir él desde el fondo de su ataud de todos los elojios pomposos que se le prodigarán; él, que ya no creia en la magnitud de sus actos desde que los podia observar con la mirada de luz de ultratumba.

Rafael Gomero Velasco. Nacido en Quillota en el año 1859. Hizo estudios brillantes en la Escuela Naval. Mui jóven aun tomó parte en la guerra del 79. Alcanzó al grado de teniente-coronel. Tuvo

actuacion importante en la enseñanza militar. Comisionado para la compra de armamentos en el extranjero. Caudillo de la revolucion del 91. Ministro de la Guerra en 1899. Retirado del servicio con grado de jeneral...

I su vida privada:

Casó en 1884 con Margarita Mariño i Segura. Esposo modelo. Padre de dos hermosos jóvenes: Lucía i Andres Gomero Mariño.

Hé ahí, compendiada, toda su vida, toda una vida de esfuerzos i empuje, pobre molécula cristalina en lucha por surjir a la superficie dorada.

¡Cuán poca cosa se le aparecia todo en comparacion con otra clase de vida que pasó desapercibida a su lado, silenciosa, i que él no supo apreciar para situarla en el lugar que le correspondia, ofuscado por el sonido i el relampagueo vibrante de la vida exterior i vacía!

Entónces, con vigor, como una lijera nube blanca que surjiera de la tierra i que fuera creciendo, creciendo, hasta llenarlo todo, con la amenaza de hacer estallar el firmamento, se levantaron ante él hechos lejanos del pasado, pequeños hechos que tenia olvidados allá en la caja del recuerdo como cosas añejas o importunas que hubieran podido estrechar el horizonte de su tranquilidad: ¡Sensibilidades, romanticismo!

Un delicado perfil de mujer que se inclinaba pensativo sobre su cuerpo de niño, envolviendo su sue-

ño con ensueños i amor, incubando en su almita a fuerza de besos, todo un porvenir de nobleza i grandes pasiones... ¡madre amorosa i adorada!

Luego, avanzando los años, otro rostro de mujer, dulce, con frescura de primavera i suave perfume de flor que despierta de su letargo de capullo. Primer amor, pura vision de unos ojos de niño. ¿Dónde has ido a ocultar tu pena por el desvío del que no te supo retener en su corazon?

Con fuerza saltaron a la mente los recuerdos de la juventud; hasta hubiera creido sentir el ambiente de aquella época cuando corria de la mano de su prima Leonor por las praderas de la heredad paterna, el alma inocente, el cerebro henchido de ideales cándidos. Creyó percibir por un momento el olor de la yerba buena al borde de los canales, el balar de los carneros, el mujido nostálgico de los bueyes al ser conducidos al pastoreo, toda aquella vida sencilla i sana, sin mas ambiciones que vivir, gozar de la atmósfera cargada de aromas i murmullos misteriosos de la campiña, acompañado del alma bella de su prima Leonor.

Ambos bebieron en los mismos manantiales escondidos en la penumbra fresca del bosque de la vida, tuvieron las mismas ilusiones, las mismas esperanzas i todo, montes, praderas, hombres, parecian conjurados para que se unieran en una sola alma, majestuosa i serena.

Por desgracia no ocurrió así. Despues de los pri

meros balbuceos del amor, despues de los primeros estremecimientos del placer florecidos en los lábios en forma de besos profundos, el adolescente es enviado a la ciudad para comenzar sus estudios, i al volver de nuevo, el espíritu de su prima siente que ya su tierno amado no es el mismo. Quizas los libros, el contacto con sus compañeros le han puesto en la frente inmaculada, lijeras arrugas de preocupacion, i en sus ojos, un fulgor estraño como si recibiera en las pupilas reflejos de oro i pedrerías.

I cuando habla, tiene espresiones mui graves para nombrar el porvenir, de la carrera i de los deberes patrióticos. Siente el alma de la jóven que su compañero se desvía haciendo surgir ante ellos una angustia, una angustia como un fantasma que les apretara la garganta para ahogar los sollozos.

Muerto aquel idilio, su vida cobra el curso de la ambicion, de la lucha tumultuosa de molécula que anhela surgir a la superficie dorada. Se convierte en hombre público, en busca de honores i riquezas; se une en matrimonio a una mujer que le ofrece dote i posicion social, i la suave silueta de la amada primera, se borra lentamente bajo una pira de oro, condecoraciones i cintas, palabras huecas i discursos vacíos; ideales de oropel...

Despues de la muerte de sus padres, Leonor, la huérfana desdeñada, por estraña aberracion de la suerte, no tuvo otro amparo material a quien recurrir que el de su antiguo compañero de juegos, i

pasa entónces a ocupar un humilde puesto de parienta pobre, en aquella casa en que debió brillar como soberana absoluta. La amada del corazon no es mas para él desde entónces que la «tia Leonor», el ser sumiso, silencioso, que nada pide, que nada espera, i que quizás recuerda con nostalgia aquellos tiempos en que niños él i ella, pensaron en el porvenir cojidos de la mano, pisando las florecillas de los campos.

Desde el dia en que se aparta de su verdadero camino, sus sensaciones se apagan, su vida concluye, sí, concluye; ahora en el lecho mortuorio lo siente con fuerza avasalladora. Su vida concluyó desde que principió a mentir, a matar sus verdaderos impulsos por otros que el mundo le inculcó en la sangre como enfermedad venenosa.

El hombre ambicioso siente en su lecho un hielo sutil que lo estruja como para esprimirle toda la sangre, i luego siente un vacío enorme, un deseo ardiente de amor, de mucho amor, para llenar hasta los bordes todo lo que restó en su vida sin vivir.

Procuró gritar, volver a la vida, llamar a su mujer, a sus hijos, los queridos pedazos de su corazon, para recibir de ellos abrazos i caricias que lo consolaran en su soledad suprema.

Era tarde; su hora habia pasado; se encontraba en los lindes de la vida. Sus miembros no obedecian a su voluntad i nadie acudia en su auxilio. Estaba muerto.

¿Muerto?... Nó, qué locura. Nó, no podia ser. Sentia que su vida aun no estaba terminada, que era necesario *comenzar ahora a vivir*, a preocuparse del único objeto de la vida, del alma, de eso impalpable que no moria con la muerte, de lo que hai en la vida de verdaderamente grande, misterioso i sobrenatural.

¿Habia pensado siquiera una sola vez en el objeto del hombre en su curso por la existencia?

La idea de que pronto las personas mas cercanas a su corazon lo borrarían poco a poco de la memoria, de que la vida triunfante a su alrededor ahogaría su existencia mísera así como las malezas de un jardin descuidado cubren i sofocan las flores que en él crecen, lo llevó al colmo de su desesperacion.

Sintió que, una vez sólo en su tumba, nadie lo recordaría con amor ni admiracion; fué uno de tantos que pasó i murió bien muerto con la muerte.

Nó, no era posible que *ya hubiera dejado de existir*.

Deseó con ansias que su familia lo rodease, que lo retuviese, i hasta deseó verlos sufrir por su muerte.

Aguzó el oido. La vida continuaba en torno. Aun conversaban en la pieza vecina. La voz de su hermano Miguel, ampulosa i autoritaria, llegaba distintamente hasta su oido; pero no alcanzaba a percibir el significado de las palabras. Quizas discutia sobre política o sobre la cuestion económica,

su tema favorito, con su amigo el doctor Fabian Aldana.

Comenzó a sentirse un rumor sordo, confuso, dominador; era sin duda que regresaban del Parque los carruajes, en marejada impetuosa, por la calle Ejército. La hora del crepúsculo, entónces, la hora en que comenzaban a encenderse los faroles con su luz triste, la hora en que el sol ponía su último beso en la cumbre de las cordilleras nevadas.

De improvise le bañó el alma una impresion de intenso goce.

Se dijo:

—Percibo con fuerza las insignificancias del exterior, luego no debo de estar muerto. Un ataque de catalepsia, talvez.

I poco a poco una suave modorra comenzó a invadirlo; el ruido de los coches le servia como de música aletargadora.

Pasó un tiempo corto en esta forma, sin pensar en nada, hasta que sintió pasos en la estancia, apagados por la alfombra, i la voz de su mujer que decia:

—¡Ui! qué oscuro está... Rafael ¿estas despierto?

El quiso contestar:

—«Sí, hija, estoi despierto i te esperaba»... pero la voz no salió de su garganta ni sus labios siquiera se movieron, duros, ríjidos, rebeldes.

Oyó entónces el roce del boton eléctrico de la lamparilla de cabecera i luego un grito estridente,

angustioso, que repercutió en su pecho como una puñalada violenta.

Los labios de su mujer le besaron en seguida en la frente, en sus ojos cerrados, mientras sus manos levantaban su cabeza remeciéndola con fuerza.

—¡Rafael, Rafael!... ¡Contesta!... ¡no, no quiero, no quiero!... ¡Rafael, Rafael!... ¡Ha muerto, Dios mio!

¡Muerto! Don Rafael Gomero Velasco, según juicio de los hombres, había dejado de existir!

II

Es una habitación pequeña. Cuelgan del techo pesados tapices negros con florones de plata. En el centro, sobre un túmulo cubierto por un paño oscuro, también guarnecido de flecos, cruces, canillas i calaveras plateadas, está el ataúd abierto que contiene el cuerpo rígido del que acaba de morir.

Cuatro grandes candelabros labrados, en cada ángulo del túmulo, sostienen gruesas velas de cera que parpadean languidamente en el silencio de la pieza mortuoria.

Una vieja, trajeada de negro, de rodillas en un rincón, musita oraciones con voz monótona, mientras repasa entre sus dedos flacos las cuentas de un rosario. De tarde en tarde se levanta, coje unas tijeras, despavila cuidadosamente los velones, echa una rápida ojeada sobre el muerto i vuelve de nuevo a su puesto de oración.

Han vestido el cuerpo con un traje de levita. Sobre la pechera blanca de la camisa estiende sus brazos un pequeño crucifijo de bronce antiguo; mas arriba resalta la faz del muerto, con ese color amarillento de los cadáveres, los ojos hundidos, los labios plegados con enerjia i las barbas de un amarillo sucio erizándose bruscamente sobre la piel cerosa.

A pesar de su aspecto, no ha perdido el conocimiento. Su espíritu vela aun con mayor intensidad.

Desde que su mujer diera el grito de alarma ha debido escuchar el llanto desesperado de sus hijos, despues las exclamaciones de consuelo de los amigos que procuraban llevar hácia otra parte a la familia. En seguida, carreras, confusion, órdenes, idas, venidas; manos toscas que lo levantan i lo desnudan, lo visten de nuevo i lo colocan por fin en la estrecha cárcel de un ataúd.

Sólo tiene un deseo desde que ha comenzado este martirio; terminar, terminar cuanto ántes.

Cuando el médico le hizo el último exámen para certificar la defuncion hubiera deseado gritarle que tuviera cuidado, que ¡bien no podia ser la muerte, que la vida de un hombre es cosa que debe tomarse en serio, que podria tratarse de una catalepsia; pero ¡cómo decirlo, cómo manifestar siquiera el mas lijero síntoma de vida! apenas una mirada del médico i luego el dictámen breve i seco: pulmonía complicada al corazon.

Sólo despues de un largo martirio concluyeron por dejarlo sólo en la capilla improvisada en el costurero de las señoras, al cuidado de una vieja sirvienta...

Un descanso mui grande sintió cuando el reposo fué apoderándose de la casa en torno suyo. Sí, que lo dejaran tranquilo, que respetaran su muerte, aparente o verdadera i que se fueran todos mui léjos donde no les pudiera escuchar sus voces de falsa angustia que tan mal sabian ocultar el egoismo feroz de la vida que vibra en torno de la muerte.

Muchas cosas amargas habian escuchado sus oidos indefensos i habian impreso en su espíritu con caractéres de fuego escenas que en vano procuraba olvidar.

Una de las escenas fué la siguiente:

Despues de la confusion de los primeros momentos, cuando todos, hasta los mismos sirvientes daban órdenes en la casa, su hermano Miguel habia procurado registrar una pequeña gaveta en que acostumbraba guardar sus papeles íntimos.

Su hijo Andres, que en ese momento lloraba a grandes sollozos, lo detuvo con tono seco:

—¿Qué hace usted, tio?

La voz finjidamente despreocupada de Miguel respondió:

—Nada, hombre, nada. Veia solamente si Rafael habia dejado testamento.

Andres respondió:

—En eso nada tiene usted que ver...

En la habitacion se hizo un silencio embarazoso. En ese momento irrumpió el timbre metálico i desprovisto de lágrimas de su mujer:

—¿Cree usted salir mejorado?... Se equivoca de medio a medio porque no existe testamento.

Hubo un silencio en que se hubiera creído percibir el crujido de dientes de hienas que se aprestasen para disputar el cadáver de la víctima.

Por fortuna penetró en la estancia una nueva persona i se volvieron a escuchar en torno los sollozos desesperados de su mujer i el llanto contenido de su hijo que murmuraba de cuando en cuando:

—¡Papá, mi querido papá!

Mas tarde los empleados de la casa funeraria se encargaron de trasladarlo a la capilla ardiente. En cierto momento en que quedaron solos, uno de ellos le preguntó a su compañero, prosiguiendo sin duda una conversacion empezada en la calle:

—¡I te fué bien con ella, he!...

—Ya lo creo ¡cómo le iba a ir a este peine!

Lo pusieron bruscamente en el ataúd tomándolo de los piés i de los hombros. Uno de ellos exclamó:

—¡Pesa el viejo!

El otro le puso una mano en el vientre, i dijo:

—Ya lo creo ¡cómo que estaba bien cebado!...

Este si que ha sabido gozar.

—Bah... de harto le sirve ahora.

I cargaron con el ataúd.

Cuando estuvo ya en la capilla ardiente, dos de sus amigos se acercaron.

—¡Pobre Rafael!—dijo uno de ellos examinándolo.

—¡Buen compañero!—respondió el otro.

—Sí; pero un poco testarudo. Cuando fué Ministro no supo hacer muchas cosas buenas.

—Bah!... como todos.

—A propósito de ministros ¿es verdad que tenemos pronto crisis?... Te confieso que no me gustaría demasiado... Juan Valverde me ha prometido enviar a mi sobrino a un consulado de Ecuador...

I se alejaron de allí, engolfados en una conversacion sobre política, entregados de nuevo a la vida que campeaba en el mundo, a pesar de la muerte i de su séquito de horrores.

Penetraron despues a la estancia algunas amigas de su hija que se persignaron rápidamente, i que cuando salian no pudieron contener una exclamacion de sincera piedad para la jóven doliente.

—¡Pobre Lucía!... ¿Sabes? Se ha quedado con su traje de baile preparado para la fiesta de las Chevesicks...

¡I cuántos detalles mas que se fueron amontonando sobre su corazon como paletadas de cieno pestilente!

I por triunfar en esta vida, entre esas jentes que lo recibieron con la sonrisa de la simpatía i que hoi se encojian de hombros ante su cadáver, habia lu-

chado tanto tiempo i habia sacrificado tantas otras cosas mas humildes pero quizas mas duraderas!

En su familia, en sus amigos, en todos, uno a uno, habia podido descubrir fácilmente que aquel dolor que los dominaba era sólo momentáneo, i que pasados unos pocos, dias la vida se encargaria de sofocar hasta el recuerdo bajo sus múltiples vanidades.

Por fin lo dejaban sólo. Nadie mas que la vieja sirvienta habia quedado para vijilar su cuerpo. Por la puerta i la ventana abiertas hácia el patio, penetraba el silencio solemne de la noche. Los jemitos de su esposa habian cesado hacia rato i quizas se encontraria ahora reparando las fuerzas en el sueño. Nadie, nadie en el mundo pensaba en el pobre abandonado entre las cuatro paredes de su ataud.

Un leve ronquido se dejó oír en la estancia. Era la ^{resaca} ~~v~~ _{ca} que se quedaba dormida.

Entónces se apoderó de su espíritu una angustia inmensa, que de no estar contenida por la inmovilidad del cuerpo habria estallado en jemitos desolados. Sin saber cómo, se le vino a la mente un verso que habia escuchado muchas veces con desprecio, como todo lo que él solia llamar «musiquillas de los poetas», pero que ahora sentia con enorme intensidad, llenándole el alma de amargura:

—¡Qué tristes, qué sólo se quedan los muertos!

Hubiera deseado repetir la estrofa completa, pero no la recordaba, porque nunca habia puesto mucha atencion en ella, i se conformó con pronunciar una

i varias veces el único verso que no le era rebelde:

—Dios mio ¡qué tristes, qué sólo se quedan los muertos!... Dios mio ¡qué tristes, qué sólo!...

Las velas chisporroteaban, la vieja roncaba ligeramente. Un leve ahullido le hizo reconocer fácilmente a su perro «Black» que debía de estar echado a los pies del túmulo, acompañando a su amo, con mayor angustia talvez que todas las personas que le eran mas íntimas.

De fuera, quizás a través de una noche estrellada, llegaban lejanos sonidos de campana que daban una hora. Deberia ser mui tarde.

Pasó un largo espacio de tiempo.

Un suave jemir de puerta vino de fuera i luego unos pasos que se acercaban con tiento a través del mosaico del patio. Pasos de mujer, de mujer tímida i dolorida. Vacilaban, se detenian i volvian a proseguir. La mujer debía de detenerse para ahogar los sollozos, porque llegaban hasta la estancia sonidos vagos como suspiros, acariciadores e intensos.

Era su mujer, quizás, o su hija, su querida Lucía, que deseaba ver una vez mas a su padre ántes que se lo llevaran para siempre.

Los pasos penetraron por fin a la estancia i un nuevo sollozo, hondo, penetrante, vibró mui cerca de sí, al mismo tiempo que un suave perfume femenino le acariciaba el rostro.

¿En dónde habia conocido perfume semejante?

No lo recordaba, pero sin embargo, una dulce felicidad le embargaba el espíritu evocándole por extraña asociacion de ideas, paisajes luminosos, cielos claros i pensamientos de pureza immaculada.

Sintió que dos manos cariñosas se posaban en su pecho i en su cabeza, que luego unos lábios suaves lo rozaban en la frente con un beso virjinal, casto i profundo.

Entónces su alma se postró para esclamar con ternura infinita, sobrecojido de un goce sobrehumano:

—¡Leonor!... Mi Leonor!

Pero ya los pasos se alejaban, i se alejaban tambien los sollozos ahogados i el perfume sutil que evocaba idilios campestres de hacia treinta años pasados!

Era tia Leonor, la insignificante i olvidada «tia Leonor» que habia venido a decirle adios hasta la otra vida a su primero i único amor, a su único ensueño en esta tierra.



Al dia siguiente en la mañana se efectuaron los funerales del jeneral don Rafael Gomero Velasco con la pompa que le concede la ordenanza militar.

Algunos meses despues, al trasladar de nicho el cadáver se pudo ver que el cristal que mostraba la cabeza del muerto estaba roto i que asomaba por la

ventanilla la cabeza monstruosa, como si hubiera deseado escaparse de su estrecha cárcel.

Abierto el ataúd, se encontraron los dedos mutilados por los supremos esfuerzos que hizo por romper la pared, una vez terminado el extraño sopor que lo hizo pasar por muerto.

La vida, que él rechazó una vez a los veinte años, lo rechazaba a su turno... implacablemente!...





ERA TAN LINDO!...

—I su niño ¿va mejor?

Una de las mujeres se detuvo en la acera, junto a la puerta. No conocía a la que así con tanto interés la interrogaba, pero no pudo menos que decir algo, responder con alguna simple palabra de agradecimiento a ésta que con suave sonrisa le tocaba la mas sensible cuerda de su corazón. Era una desconocida. Talvez la habria visto al pasar tantas veces en sus trajines por la calle, talvez le habria sido agradable su fisonomía i deseaba trabar una nueva amistad. Parpadeó un momento antes de replicar, i luego, con voz insegura i baja como un soplo, respondió simplemente.

—¡Murió hace dos dias!

Ambas mujeres quedaron silenciosas, con el alma suspensa en la pequeña distancia que las separaba desde la acera al umbral de la puerta. Una suave intimidad pareció enseñorearse entre las dos desconocidas. La transeunte sofocó un sollozo.

—Hace apenas dos días—volvió a repetir después de un momento.—¡Qué golpe, señora, qué golpe!...¡Si parece un sueño! Aun me parece que siento el llanto del pobrecito cuando se quejaba en sus últimos momentos...

Secó una lágrima i en seguida empezó a hablar precipitadamente, a contarle todo, dejando escapar sus palabras como calor de horno encerrado al que se le abriera una salida, en una ansia de desahogar el pecho, de compartir su desgracia con alguien, todo ese pequeño mundo de miserias que se va acumulando en el alma i que la estrecha i la estrecha hasta que parece hacerla estallar.

Para saberlo todo había que retroceder sin duda unos tres años atrás, desde sus deseos de tener un hijo, quizás mucho antes, al empezar sus primeros días de matrimonio.

—Para una mujer ansiosa de amor, un hijo es la vida, señora...Para el hombre, quizás nó. El puede salir, distraerse. ¡Tantas cosas! Para la mujer es el «llénalo todo» en la soledad. ¡Lo deseé tanto, tanto!...

La del umbral escuchaba moviendo la cabeza, con las manos cruzadas sobre el delantal. Cerraba la noche. En el fondo de la callejuela comenzaban a encender los faroles que parecían en la oscuridad como ojos soñolientos i curiosos.

—¡Cuánta alegría al sentir los primeros síntomas!—proseguía la doliente.

¡Sí, cuántos sueños difusos entrevistos sobre un porvenir no lejano en que una gentil cabecita la arrullaria con sus gorjeos, con sus gritos, con sus primeras locuras de niño, i mas tarde, corriendo los años, la varonil cabeza con sus arrogancias de jóven, con sus impetuosidades de hombre, i sus ternuras de hijo amante.

—Nó, no se imagine señora que yo sufría con lo que llaman el dolor de las madres antes de que él naciera. Los primeros golpecitos que anunciaban una nueva existencia me hicieron desvanecer de alegría, i cuando comenzaron a crecer, a hacerse mas fornidos i bruscos, yo le decia en voz mui baja, para que él solo la oyera: «Muévete, golpea, golpea sin piedad, hijo mio. Así sabrá tu madre que estás vivo»... ¡I bien vivo estaba!... Cierta vez hasta sentí las punzadas de sus uñas que me herian como alfileres en las entrañas. Yo sonreía, suspensa, helada de emocion.

—Miraba a los otros niños, dichosa, escudriñándole sus cintajos, su pequeño calzado, sus peinados, haciendo provision de ideas para vestir mas tarde al mio i pensaba, al ver que eran hermosos: «¡Mejor será él!»...

Nació. ¿Los dolores de la madre? Permítame que me ria de ellos. Vistos desde aquí me parecen una ilusion, como todo lo que pasa. Es un largo, un angustioso martirio de felicidad tras del cual aparece un lindo cuerpecito blando i tibio que se ajita

palpitando, viviendo, lanzando al aire pequeños gritos de imperio sobre la vida, como dando a entender que existe uno mas para bracear i luchar en el mundo.

El mio... ¡Si lo hubiera visto! ¡Qué lindo era! Si, era lindo, no me cabe duda. Tenia los ojos grandes i azules, la frente ancha i combada i una cabeza tan enorme, tan intelijente, que no me cabia duda que iba a ser un talento. Cuando lo llevé donde el médico en su última enfermedad i le examinó el cráneo no pudo ménos que esclamar: ¡Qué cabeza tan rara!—Si, le repliqué, cabeza de jenio. El sonrió... quizás dudaba... pero yo nó, yo no lo dudaré jamas. ¡I viera usted qué vigor!... ¡Ah! era un niño mui lindo el que se me fué...

Guardó un silencio que parecia sollozo. La mujer del umbral la miraba compasiva: suspiró. Estaba colocada en el quicio como resguardando la puerta. En el interior de su cuarto de mujer pobre se veian los muebles dispuestos en órden, límpios, iluminados por la suave luz de la lámpara. Se respiraba quietud i misterio. Por la calle algunos transeuntes cruzaban como sombras que se iluminaban al pasar bajo un farol i que iban a perderse en la oscuridad un poco mas léjos. Los muchachos de las casas vecinas jugaban i reian, mientras algunas comadres charlaban delante de las puertas.

De pronto, desde una casa próxima partió un lloro de niño, desesperado, impaciente. La dolorida madre puso atencion.

—¡Así lloraba él!—esclamó.—¡Pobre mio! Las horas del dia i de la noche se me hacian pocas para cuidarlo, para arrullarlo. Yo lo hacia todo. Yo lo mudaba, yo lavaba sus pañales, yo le daba que comer. ¡Qué feliz i qué liviana me sentia trajinando en medio de una fiebre de quehaceres!...

La mujer del umbral suspiró compasiva i miró las sombras que se revolvian en torno de las casas, aprisionándolas... La luz de los faroles parecia avanzar, escuchar, compadecer.

La narradora sonrió dolorosamente i se retrajo en sí misma.

—¿Por qué le cuento todo esto? ¿Qué le puede interesar a usted? Pero usted me perdonará... ¡He sufrido tanto! I tengo deseos de hablar de él a todo el mundo... me parece que así lo hago vivir aun un poco mas... ¡Si usted lo hubiera visto, señora, lo habria querido tambien! ¡Era tan lindo!... Hubiera sido tan intelijente... En los últimos dias se me deshacia el alma al escucharlo quejarse como un grande con una tristeza tan honda, tal si comprendiera que se iba a morir i que nos abandonaba antes de conocernos...

Un sollozo. Pausa. En un momento en que la calle entera enmudece, la oyente interroga con acento en que se trasluce el cansancio:

—¿I de qué murió?...

La madre se estrujaba los ojos con el pañuelo. Bruscamente irguió la cabeza.

—¿De qué?...¡De miseria!

Brilláronle los ojos con súbito resplandor mientras una lágrima titilaba aun entre las pestañas. La mujer del umbral retrocedió instintivamente i echó una mirada rápida por su cuarto en que la luz de la lámpara iluminaba quietamente los muebles.

—¡De miseria!—prosiguió con voz ronca.—Falta de alimento, trabajo exesivo...angustia por el pan de cada momento...Perdí la leche.. ¿Cómo tomar un ama?...el biberon...enfermedad del estómago...

Hablaba sofocándose, sin ritmo, con voz áspera i sibilante. La mujer del umbral procuraba como deshacerse de esta mujer que no era la misma de hacia poco, volver, cerrar la puerta, mientras la madre proseguia su incoherente historia mezcla de alaridos, sollozos, angustia i cólera,...Apénas se le entendian algunas palabras: «médicos»...«ladrones»...«¿meninjitis?» «Lo pagarán todo en la otra vida!...»

Sin embargo, poco a poco, los borbotones fueron haciéndose mas lentos, las palabras ménos duras, hasta que volvian de nuevo a su curso natural, hasta hacerse serenas, luego dulces, embelesadas. Entónces se pudo distinguir que hablaba del hijo.

—Se quedó como un pajarito...de repente. Lo tenia en mis brazos...me incliné para besarlo i solo entónces ví que no respiraba...Puse mis labios en sus labiecitos i sentí un hielo...un hielo, mas hielo

que la nieve...un hielo que enfria hasta los huesos i que persiste en la sangre por largo tiempo»...

—...Me parecia que besándolo, estrujándolo entre mis brazos lo iba a hacer vivir; i mientras mas lo miraba, ménos me parecia que estaba muerto, pareciéndome por momentos que sonreia, que iba a gritar, a ser el de antes...

Calló. La mujer del umbral deseó consolarla.

—Por qué se aflije usted—la dijo—es usted joven...puede venir otro...

La madre se irguió con sonrisa torturada.

—¿Otro?...¿Para qué?...¡Para que se muera!... ¡Nunca! ¿I cree usted que seria como el primero?... No, señora... No podria quererlo, sentiria rabia de que viniera, de que ocupara el lugar que ocupó el otro, el mio, el único...¡Nó, nunca!

Recojió su manto nerviosamente i hablando aun, se despidió. La mujer del umbral se encojió de hombros i la vió alejarse por la acera, vestida toda de negro, apegada a la muralla, entre vacilante i enérgica...Aun la vió pasar debajo de un farol, bajo el que mariposeaban los pilluelos en sus juegos infantiles. Luego la oscuridad la envolvió por estero. La mujer del umbral cerró su puerta i entró, arrebuándose en su chal, como si le hubiera producido frio el aire de la calle i el relato de la desconocida...





MALA SOMBA

—¡Ahí viene!

—Es verdad, parece ser ella.

—Sin embargo creo que Aurelia es mas alta.

—Pero ese es su modo de andar—esclamó la anciana con voz en que temblaba la esperanza, mientras hundia con ansiedad la vista en la semi-oscuridad de la calle.

Mui léjos se divisaban siluetas oscuras de jentes que avanzaban o se alejaban por la acera, difusamente diseñadas en la claridad indecisa que espancian las lámparas del alumbrado. En realidad una mujer avanzaba por la acera con paso ligero, como aquel de personas que van retrasadas i desean llegar pronto al objeto de su destino. La anciana i el niño estuvieron pendientes por un instante en la que así calladamente avanzaba hasta que el pequeño esclamá con desaliento:

—No es, mamá, no es tampoco;...la he visto al cruzar uno de los focos i me pareció conocer a una señora que vive cerca de casa...

—Pero ya es hora de que llegara!

—Talvez haya salido del trabajo mas tarde que de costumbre — arguyó el niño en defensa de su hermana, a quien amaba entrañablemente.—La he oido decir que los dias Sábados cierran la tienda un poco mas tarde...

—Si, pero ayer no era Sábado, ni anteayer, ni los demas dias. Deberia concluir su trabajo a las siete, i ya sabes, hai veces que a las nueve aun no llega...

Detuvo la anciana sus reflexiones en voz alta como si temiese a su propia voz i guardó silencio, plegada la pensativa frente, procurando quizás inquirir allá en las misteriosas rejiones de su presentimiento el por qué de la tardanza de su Aurelia, su querido pedazo de alma, aquella pobre niña que el destino le arrancaba prematuramente para ir a ganarse la vida como una de tantas humildes empleadas que pueblan los grandes almacenes.

Confusamente le decia su corazon que algun peligro amenazaba a la jóven. Porque su Aurelia antes no era así, habia que confesarlo; sus trajines a traves de la vasta ciudad, su estadia en aquellos almacenes vastos en que relucian los cristales de las vitrinas ocultando elegancias venidas de otros mundos, su trato con aquellas damas compradoras

de perfiles aristocráticos que hundían sus manos pálidas en nubes de seda i encajes con familiaridad desdeñosa, todo aquel puñado de opulencias que emanaban perfumes sutiles, la habían ido transformando insensiblemente hasta convertirla en una mujercita gentil, pero que no era la misma, no, había que confesarlo, no era la misma!... Su corazón de madre prefería a la Aurelia de otros tiempos, menuda i silenciosa, casi insignificante, aquella que recorría la pequeña casa ordenándolo todo con seriedad de mujer mayor, poniendo este mueble en su sitio, aquel adorno en aquel otro, humilde i alegre al mismo tiempo i sin mas pretensiones que serle agradable a ella i a su pequeño hermano. ¡Ojalá aquellos tiempos se hubieran prolongado indefinidamente! Ella, Aurelia, llenaba su vida entera despues de la muerte del esposo, aquel militar gallardo i de recios bigotes cuyo retrato ocupaba la testera del pequeño cuarto, uno de los tantos héroes oscuros de la guerra del 79 i que murió sin dejar a sus hijos mas que el recuerdo de su valentía i el montepío que el gobierno se dignó conceder a la viuda de un sarjento de su glorioso ejército. Ella, Aurelia, con su dulce sonrisa, sus delicadas ternuras para con el pequeño hermano había sido siempre el consuelo, el alma de aquel desamparado nido de áves huérfanas que se agrupaban tímidamente procurando librarse tan sólo del ruido i la voráGINE de esa ciudad que no conocían

i que les producía un vago i estraño terror i una admiración injenua que las hacía abrir los ojos para esclamar «¡ah, la ciudad, ah!»...I un día se hizo necesario que Aurelia penetrase a aquella ciudad temida i maravillosa cuyo resplandor cegaba sus ojos acostumbrados solo al de una pobre lámpara que derramaba su luz sobre la humilde labor de agujas a que se entregaban con tesón para ganar unos cuantos centavos.

Partió Aurelia en busca de algún pequeño empleo que las librara del hambre, ¡cualquier cosa! era tan poco lo que consumían sus pobres cuerpos empequeñecidos por las privaciones, que lo que para otros pudiera ser una miseria para ellos era la fortuna. A pesar de todo, se hizo necesario corretear de casa en casa, de almacén en almacén, siguiendo las demandas que por los periódicos hacían los necesitados de jóvenes que contribuyeran a su comercio, i en todas partes se le respondía con malos modos «que nó,»...«que estaban llenas las vacantes,» «que esperara algunos meses i que entónces, talvez»...Promesas vagas, repulsas, humillaciones, tal si se tratara de mendigos a quienes fuera necesario detener de un asalto a sus riquezas acumuladas a fuerza de largos años de paciencia. Por fin una casa comercial del centro admitió a la pequeña Aurelia entre sus empleados i comenzó su peregrinaje a través de ese monstruo desconocido que las dos mujeres habían mirado

hasta allí sólo de léjos, como cosa inaccesible, lejana, llena de encantos i peligros. Por las tardes la esperaban con ansia su madre i su hermano en el umbral de la vetusta habitacion i ella llegaba con la imaginacion sobrecitada por las luces de los escaparates, los atavios de las damas, el fulgor misterioso de las sedas i las pedrerías que vió pasar desde su humilde puesto de dependiente tímida i novicia.....

Al rededor de la pequeña lámpara se agrupaba la familia para escuchar el relato maravillado de Aurelia que contaba sus primeros pasos por aquel mundo desconocido; sus primeras ventas, las murmuraciones de las demas empleadas, el atavio suntuoso de las compradoras i su magnificencia para pagar todo lo que se les exijia moviendo apénas la punta de los labios con un jesto desdeñoso; «está bien, envíelo Ud. a casa»...El niño escuchaba a la hermana con los ojos agrandados, presa de contagiosa fiebre de lo lejano, soñando quizas con llegar algun dia tambien a ser dependiente, uno de tantos que ganan su vida, i luchan i se yerguen al fin hasta la superficie dorada por el sol. La madre no perdía su calma, aprobando con su sonrisa velada i complaciente de mujer que conoce los peligros que se ocultan tras de todos los brillos, acariciando con sus dulces ojos de bondad el rostro querido de la pequeña trabajadora.

¡Con qué orgullo llegó Aurelia el dia en que

recibió el primer dinero ganado con un mes de trabajo! Sus pasos eran mas apresurados que de costumbre i ántes de llegar al umbral no pudo reprimir su impulso de estender los brazos hácia la madre i el hermano i gritarles que allí traia el primer sueldo, el primer dinero que haria concluir la estrecha miseria del hogar. Traia tambien algunos pequeños regalos para la madre i el hermano: dulces, un trompo, una caja con madejas de lana para tejidos... i tambien, se habia permitido comprar un pequeño regalito para ella. Lo desenvolvió con tino, como cosa maravillosa que deberia asombrar a su concurrencia. Era un pequeño espejo de mano, ordinario, con bordes de laton dorado i un ramo de flores pintadas en un ángulo de la superficie brillante.

—Peñón, mamá...¡Ella habia visto tantas veces en una vitrina i habia deseado tanto comprarlo!

La anciana se limitó a besar la cabeza de la niña i a acariciarla con ternura, pero quizas por qué su corazon en lo profundo silencio de su pecho envejecido, se estremeció lijeramente e hizo que una oleada de tristeza pasara por su rostro bondadoso i marchito.

— Si, hija mia...está bien...Justo es que te des algun pequeño regocijo.

Pero desde aquel dia comenzó a notar en su Aurelia cierta vaga inquietud que la hizo reflexionar con tristeza. La niña, ántes tan humilde i falta

de pretenciones, comenzaba a tener largas conferencias con su espejo i a evolucionar lentamente en materia de peinados, lijeros adornos i cintajos, que la iban transformando desde su apariencia insignificante i dulce de mujer de su hogar, a una mas en armonía con el espíritu de la ciudad, mas coquetona i estirada.

Al finalizar uno de los meses, cuando recibió su sueldo, sorprendió a la madre pidiéndole que le comprase un sombrero «porque le daba vergüenza andar de manto como una cualquiera» i que de sus compañeras, ninguna, ni la mas pobre, lo usaba.

—En todo se fijan, mamá, i de todo sacan partido para murmurar...

La madre accedió despt^{te} de lijeras resistencias. ¿Que no pensaba su *Aurelia* que todo el sueldo se iria en la compra del *inútil* adorno de un *sombrero*?

—Sí, es mui caro eso, mamá, pero es necesario.

Al mes siguiente exigió la compra de un nuevo corsé, que reemplazara este otro de forma antigua, «mas bien para niñas de poca edad que no para una jóven de diecisiete años»... I luego exigió calzado, i un trajecito mas decente; i otras mil bagatelas que costaban grandes sacrificios a la pobre jente, pero que eran indispensables para vivir en aquel ambiente de supra elegancia i de dilapidacion desordenada que vagaba por los escaparates de los grandes almacenes del alto comercio santiaguino.

¡Le cambiaban a su niña, a su querida Aurelia! Se la iba tragando lentamente ese mundo lejano i complicado en que la civilizacion campeaba sus luces engañosas i multicolores!

Comenzaba a retardar sus llegadas por la tarde i poco a poco iba perdiendo su antigua alegría, su afán de contar las esplendideces que habian desfilado ante sus ojos durante el dia. Llegaba en silencio i se tendia en el primer asiento, con el ademan cansado i la vista perdida en un mudo ensueño que ella cuidaba mucho de no revelar.

—¿Qué tienes, Lita?— decíale su hermano o la madre.—¿Has tenido mucho trabajo? ¿Tienes pena?

I Aurelia sacudia la cabeza negativamente i procuraba sonreír, pero su sonrisa resultaba dura, con no sé qué de amargo en los pliegues de la boca, bajo sus labios quedaba vagando algo vago, como un ansia sofocada que le quemara el jesto i que hacia pensar en ocultas esperanzas no satisfechas.

—No, mamá, es que... ¡Si vieras! Hoi no hemos parado desde que llegamos, a causa de los nuevos envíos de Europa. Si vieras, mamá...

I pasaba entónces de su mutismo a una charla febril, sin dejar tiempo a las preguntas, dando detalles minuciosos sobre todas las cosas i rozando todos los temas para dejarlos luego envueltos en reticencias i vaguedades... Contaba futilidades i se detenía en ellas con calor extraño.

—Que la Leonor, su compañera de seccion, le

dijo que se echaba colorete en el rostro, i que aquel color rosado de sus mejillas no podia ser natural. ¡Yo pintarme, mamá! ¿I para qué? ¡Seré acaso como ellas, preocupadas de agradar a todo el que...

—Seria alguna broma de tu amiga...—disculpaba la señora Rosario, que nunca tomaba las cosas por el peor de los aspectos.

—No puede ser... lo dijo en serio—insistia Aurelia con inusitada vehemencia.—¡I yo no puedo soportar que una cualquiera...

Estas palabras caian cortantes i heladas en la atmósfera del pobre hogar i jeneralmente las seguian silencios i suspiros sofocados de la madre, quien ya comenzaba a comprender que su niña no era la misma, que se la habian cambiado, i que algo de trájico i mui doloroso se iba incubando en aquella cabecita, espuesta tan prematuramente a los aires desconocidos i quizá dañosos de la gran metrópoli.

I por las tardes solian prolongarse indefinidamente las esperas en el umbral del vetusto portalon de cochera de casa rica, entreteniendo apénas la impaciencia con el trajinar escaso de esta calle solitaria, aristocrática, poblada de mansiones mudas i solemnes i por la que no pasaban sino escasos transeuntes i coches misteriosos, blandos i callados, soportando sobre sus cojines los aburridos cuerpos de jentes opulentas.

I de tanto esperar i de tanto engañar la impa-

ciencia han llegado la anciana i el niño hasta a interesarse por la vida que silenciosamente se desliza en torno de ellos, oculta por los graves paredones de los edificios. Les preocupan singularmente los rostros vivos de algunas jóvenes señoritas que asoman en la casa del frente detras de los grandes i limpios cristales del balcon para echar una mirada distraida por la calle, preocupadas talvez sólo de sus impresiones i charlas de hogar. Saben que la mayor de las tres está de novia con el hijo de un senador, un joven hinchado i reluciente, que llega siempre en americano i que al bajarse da un fuerte golpe con la portezuela, subiendo luego la escalinata de mármol con la cabeza erguida i el rostro impenetrable. La segunda no tiene novio, es mui seriecita i la mas grata a la señora Rosario por el modo afable con que la saluda de vez en cuando al pasar, con una sonrisa dulce que parece que le dijese «no te conozco, pero te saludo, porque participas de la vida i quizás de iguales tristezas i sobresaltos que los míos...» En cambio, la última de las hermanas, es viva, inquieta i de maneras orgullosas. Esa, la pícara, no tiene novio oficial, pero no le faltan galanes, jovencitos estudiantes, hijos de familias amigas que pasan muchas veces por debajo de sus ventanas en espera de una graciosa sonrisa de la rubia gentil, sonrisa mentirosa e igual para todos. «Ah, esa niña, pensaba la señora Rosario, dará mucho que hacer, mucho!...»

La anciana se estremece en la sombra que proyectan los pesados paredones de las cocheras i observa con mirada inquieta las tinieblas de la calle, disipadas a lampos por los focos de luz. Un poco mas allá, un coupé espera a la puerta de una rica mansion de cúpulas de pizarra; el cochero suele bajarse del alto pescante i pasea su librea oscura de grandes botones de cobre por la acera silenciosa.

Solian pasar algunas sirvientes viejas de las casas vecinas que entablaban conversacion con doña Rosario; tanto la veian en la puerta de su casa en espera de su hija que concluian por familiarizarse con su perfil agudo, con sus facciones de carnes blanduchas que caian hácia tierra como abatidas por una pesantez de bondad, i la dirijian la palabra como a conocida antigua.

—¿Espera a su niña, eh?

—Sí, hoi debe de haber tenido mucho trabajo en la tienda—se apresuraba a replicar.

—Hem, sí... mucho trabajo, en todas partes se trabaja mucho. Los tiempos cada vez se hacen mas estrechos... ántes se vivia mejor, con mayor tranquilidad. Ahora se va mui de prisa...

Siempre recordaban los tiempos pasados con nostalgia i los comparaban con los presentes, tan malos, tan llenos de malicia ¡si supiera la señora Rosario qué cosas pasaban!

I contaban entónces con grandes misterios i no

poca maldad horrosas historias tejidas en la sombra de los grandes palacios, historias que la señora Rosario escuchaba con los ojos muy abiertos i suspirando llena de temor ante esta vida moderna que lo venia avasallando todo, envuelta en blondas i encajes, en pomadas i postizos, en engaños i horros de la vida familiar, esta vida inquieta i complicada... ¡I Aurelia estaba allí, allí bajo la mala sombra de la superficialidad i el engaño!

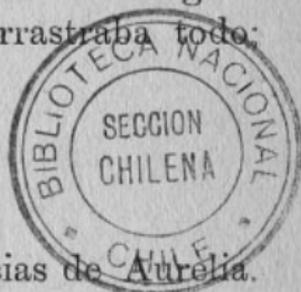
Una noche Aurelia tardó mas en llegar que de costumbre; dieron las ocho, las nueve, las diez... ¿Habrian contado mal las horas? ¿La fatiga de las grandes esperas la habria hecho turbar la cuenta? Pero nó, eran las diez, i el tiempo pasaba, las diez i media, las once!... ¡Dios justo! ¡Dios bondadoso! ¿Podrias permitir que a la pequeña Aurelia le hubiera ocurrido alguna desgracia?

La anciana se inquietó; llorosa i acongojada se cubrió el rostro con un manto i partió llena de desolacion en busca de la jóven. Pero todo el comercio habia cerrado ya sus puertas i la mujer estuvo largo rato paseando por delante del almacén en que trabajaba su hija, interrogando en las mudas paredes que parecian mofarse de ella por sus mil letreros anunciadores de la moda... «Novedades parisienses!...» «nuevos corsees para embellecer el talle...»

La anciana apoyó la cabeza en las frias murallas i ahogó un sollozo, un sollozo hondo, desgarrador,

en que lloraba toda su desdicha... la pérdida de su Aurelia, de su pobre niña que seguía la corriente tumultuosa de esa vida que manaba de la gran ciudad, de esa corriente que lo arrastraba todo; honra, vida, felicidad!

II



Pasó un mes i no se tuvo noticias de Aurelia. Mes de angustias, de sobresaltos i desesperanzas. La anciana recorrió las comisarías, habló con los dueños de la tienda, con algunos poderosos que protejieron a su marido. Todo fué inútil. En un principio las personas la escuchaban con interes i prometían ayudarla. Luego le hacían preguntas en que iba envuelta cierta ironía insultante:

—¿Era bonita la jóven?

—Sí..., talvez... ella lo creía así, al ménos...

—¡Ah!

Un señor gordo se atrevió a consolarla en términos cínicos. «Déjela...—le dijo—si ha caído en buenas manos i ella tiene bonitos ojos hará carrera. ¿I qué mas quiere una muchacha pobre? I si nó... ya volverá, no se apure Ud., ya volverá...»

Desde aquel momento la anciana renunció a continuar adelante en sus pesquisas, dispuesta a no seguir recibiendo en pleno rostro los insultos i la indiferencia de las jentes, de esas jentes que nada les importa la desgracia ajena porque ellos no son

desgraciados, i se encerró en su pobre cuarto a llorar a solas su desgracia.

¡Amargos momentos! Tristes reflexiones hechas en el silencio del frio cuarto del cual habia huido quizas para siempre la alegría i la felicidad que les prestaba el tibio cuerpo de la hija ingrata! ¿A dónde habria volado la pobre ave atolondrada?

Ella sabia, ella sabia: recordaba ahora el amor creciente de la niña por el pequeño espejo de marco dorado de laton i toscas flores pintadas, recordaba las tardanzas, sus tristezas i silencios indefinidos, sus bruscos cambios i su charlar de fiebre, su turbacion al llegar en las noches del almacen, i tambien recordaba el desórden del cabello en una noche en que la tardanza fué mas grande que de costumbre!...

La vida de la anciana i del niño trascurrió sin sol, entre suspiros i lágrimas furtivas.

Ya mui pocas veces salian al portalon por las noches, con la lijera esperanza de ver venir entre las semi-tinieblas de la solitaria calle aristócrata la querida silueta tan deseada.

La vida de la calle siempre continuaba igual. Los mismos transeuntes, los mismos carruajes elegantes, el mismo misterio de las mansiones señoriales, sólo que en la casa del frente tambien habian ocurrido desgracias: el jóven novio de la mayor de las hermanas, aquel hijo de senador reluciente, que golpeaba con fuerza la portezuela del coche

antes de subir la escalinata de mármol, habia dejado de venir, se retractaba de su palabra de matrimonio, i la jóven desdeñada ocultaba sus congojas i su vergüenza tras un manto de risas, risas tristes que sonaban como alaridos de fiera vengativa.

I la menor, la coquetuela, habia empalidecido rápidamente, habia enfermado, i los médicos le aconsejaron que fuera a tierras lejanas, a una playa ignorada, al campo curador de anemias i neurastenias.

¡Todos sufren, todos! ¡Ricos i pobres! Sólo que los primeros deben ocultar sus padecimientos como si fuera lepra contagiosa, entre cojines, miéntras que los últimos no saben otra cosa que mostrar sus heridas a pleno sol i desahogar sus penas en lágrimas i gritos.

Una tarde en que la anciana i el niño estaban en el portalon en espera de una quimérica esperanza, el niño exclamó de pronto:

—Mamá ¡ella viene!

La anciana miró con ansia a lo largo de la calle.

—¡Tú estás loco! ¡No puede ser... te equivocas, de seguro!

—Sí, mamá, es ella; es ella, pero mui distinta, vacila al andar i trae la cara pálida, mui triste.

Era ella; era Aurelia, pero bien lo habia dicho el niño ¡qué cambiada!... Venia flaca i vacilante como una espiga tierna que las bestias pisotearan marchitándola, venia pálida, ojerosa, el traje desgarrado i sucio.

Penetraron a la casa en silencio los tres, sin otra cosa que un beso en las mejillas, un beso frío de muertos desenterrados, i sólo cuando estuvieron sentados al rededor de la humilde lámpara del hogar, un sollozo desgarró la garganta de la desgraciada, que no pudo decir otra cosa que estas palabras mortíferas:

—Me pegó, mamá...—me echó luego a la calle, me arrastró por el cabello...

Ocultó el rostro entre las manos como para no ver la imájen horrorosa de la despedida i lloró por un momento, a gritos inarticulados i roncós. La anciana i el niño escuchaban con los ojos agrandados.

Poco a poco se extinguieron los sollozos i volvieron a quedar en silencio, sin poder echarse los unos en brazos de los otros porque un fantasma frío parecia haberse colocado entre ellos.

Sólo al cabo de un tiempo la anciana pudo decir, con abatimiento i dulzura:

—Todo pasará... todo volverá a ser como ántes; olvida como yo lo olvido...

Pero ante este perdon jeneroso, la jóven nada respondió. Abatió sólo el rostro seco de lágrimas i quedó con la vista clavada con obstinacion en el suelo.

Al vér aquel movimiento lento, doloroso i resignado, todo lleno del sufrir de la vida, comprendió súbitamente la anciana la amargura i el veneno que

traía el corazón destrozado de la hija; i al ver los ojos, con la mirada fija obstinadamente, i con dureza, en un punto indeterminado, comprendió que la vida entera de su Aurelia habia quedado prendida en las zarzas traidoras del pasado, i que en aquella pobre alma ya no habia mas inocencia, ni habria mas alegrías, ni esperanzas, ni ensueños!...

Entónces, por primera vez en su vida, la dulce cabeza de la anciana se tornó dura, e irguió el busto para lanzar palabras candentes de maldicion, con la vista en la sombra que parecia penetrar por las ventanas, desde las vecinas mansiones opulentas, desde la ciudad moderna, perturbadora i falaz:

—¡Maldita sea! ¡maldita sea!

Despues se echó a llorar... i lloró hasta el dia de su muerte!





UNA REBELION

Penetraron por la calle principal de la hacienda. Digo que *penetraron*, porque en realidad el peon Mateo Zambrano i su caballo Patizambo eran como dos camaradas. Mateo no podia pasar sin Patizambo, pues su calidad de mandadero de Las Casas lo obligaba a hacer largas escursiones, ya sea al pueblo, ya a los fundos vecinos a llevar los encargos de su patron. Lo cierto es que Mateo caminaba desde el alba hasta el anochecer i que sin el Patizambo, sabe Dios si sus robustas piernas le hubieran bastado. I Patizambo necesitaba de Mateo porque, en su calidad de esclavo, le era imposible comer i beber sin que alguien se preocupase de su suerte: por desgracia para él, las provisiones de pasto seco estaban mui bien guardadas en los graneros del amo, i no habia un solo potrero que no estuviese resguardado por una doble hilera de alambres i una alta muralla de álamos. Sin Ma-

teo le habria sido necesario vagar por los caminos, i en éstos ¡maldito el pasto que crece!

Por estas razones i otras muchas mas, Mateo i Patizambo se guardaban, aunque mui poco lo manifestasen, una profunda estimacion. Sólo cuando Mateo volvía de alguna de sus vueltas por el pueblo, i despues de haber probado el cálido vinito de su amigo el despachero, solía hacerse mas comunicativo con su camarada. Entónces le daba los mas tiernos nombres:—¡Zambito!—le decia acariciándole el cuello—chuzo de mi reina! ¡Patilindo!...

En estas ocasiones (mui raras, porque Mateo era mozo serio), le bajaban tambien unos irresistibles deseos de lucirse ante las jentes del pueblo. Soltaba las riendas, tendía el cuerpo i los brazos sobre el cuello de su caballo, clavábale espuelas en los ijares i se lanzaba en carreras locas, que terminaban en vueltas i revueltas, en medio de una nube de polvo.

Si despues de esto lograba escapar de las garras de la policía, regresaba a la hacienda caracoleando por los caminos, apostando carreras con el viento i riñendo con invisibles personajes. Sin duda alguna. en esos casos Mateo se sentía emperador i rei. En cuanto a Patizambo, que conocía mui bien las costumbres i gustos de su dueño, procuraba gallardear en lo posible: erguía la cabeza, abría los ojos inquietamente i hacia sus mas lindas cabriolas, atravesándose en el camino.

Algunas veces, despues de estos desmanes, Mateo sentíase invadido por una infinita ternura. Entónces bajábase del caballo, abrazaba el cuello de Patizambo i lo besaba en las mandíbulas i en los belfos.

—Si no fuera por tí, Zambito,—le decia—¿qué sería de mí?... Vos eres el único amigo que tengo, ¿entendís? El único amigo, Patizambo... créemelo... Si fuerais mujer, me casaria con vos... Diris que no es cierto, pero es la verdad... ¡lo juro por Diosito!...

Patizambo lo miraba con melancólico aburrimiento. Sabia que era necesario proveerse de mucha paciencia para soportar a su amo, cuando le daba por los discursos.

—Los hombres son peor que las mismísimas bestias... ¡la pura verdad!... ¿pa qué sirven los amigos?... Cuando andais con plata, toitos te buscan, Patizambo... Pero si andais pelao... ¡al diablo que se acercan!... ¡Too es por l'interes!... ¡La pura verdad!...

Patizambo guiñaba la cabeza i parecia decir: ¡la pura verdad, Mateo!

En la mayoría de los casos, Mateo rodaba bajo las patas de su caballo, i una vez en tierra, sentia unos invencibles deseos de dormir. Patizambo entónces se quedaba quieto i esperaba filosóficamente que su amo despertara.

Cuando llegaba a la hacienda, tarde de la noche,

si el patrón lo reprendía, Mateo se consolaba conversando con su caballo.

—No te icia, Patizambo... Ya vis..... Esto nos pasa por habernos curao, no mas...

Siempre quedaba convencido que habian sido dos los de la partida i que ámbos debian soportar por iguales partes las consecuencias.

Un dia que le propusieron a Mateo comprarle su caballo, no podia salir de su sorpresa.

—¿Vender a mi Patizambo? ¡Ni por todo el oro del mundo, compadre! ¿que no vé q'este pingo está como pegao a mi pellejo?

El otro se encojia de hombros:—Al fin i al cabo no era mas que un mal chuzo: viejo, huesudo i áspero. I ademas, tenia un modo de andar tan raro. Parecia caminar siempre sobre un camino de piedras sueltas, con las patas tiesas i como tropezando. De color negro, retinto, panzudo, cabezon i de cogote largo i flaco. Un huaso que se apreciase en lo que vale, no podia montar en dia de fiesta un chuzo semejante: a lo mas serviria para el servicio...

—Bueno, déjemelo no mas, compadre...—replícala Mateo.—Pero le aseguro que no encuentran otro mas sufrido p'al trabajo en diez leguas a la redonda!

Patizambo escuchaba a su amo i parecia agradecerle la defensa con sus grandes i humildes ojos húmedos.

II

Esa tarde en que los encontramos penetrando en el callejon central de la hacienda, venian mas fatigados que de costumbre. Habian dejado a la espalda las casas i se dirijian a los potreros interiores. Por entre el ramaje espeso de los álamos i por sobre la alta muralla de zarzamora atravesaban los últimos rayos del sol, en línea casi paralela a tierra.

Habia sido un dia de verano, refulgente i bochorroso. Mateo i Patizambo salieron con el alba para cumplir con algunos encargos del patron, i bien podia verse que la labor habia sido larga i fatigosa en las anchas líneas grises que dejara en los flancos el sudor, reseco con el aire de la tarde. Cerca de los ijares, en el bajo vientre, se veia un manchon sanguinolento: era la huella de las espuelas de Mateo.

Al penetrar en la alameda, Patizambo habia apresurado el paso. Mateo soltó las riendas sobre el cuello del caballo i adoptó una actitud de descanso. El guarapon, con las alas caídas en forma de paraguas, cubríale parte del rostro i le dejaba casi en sombras los ojos, la nariz i la boca.

Era un moceton moreno, de rostro siempre grasoso, pómulos salientes i fuertes mandíbulas. Las narices, anchas como las de un buei, se afirmaban

brutalmente sobre la cara achatada en su parte anterior. Un ligero bigote caíale sobre los labios i un comienzo de patilla empezaba a enmarañarse ya formándole una aureola negra a su carota de expresion bestial.

—De balde vais tan contento, le advirtió a Patizambo, que empezaba a apresurar aun mas el paso, sacudiendo alegremente el plumero de la cola.— Todavía tenemos que llevarle el pasto a las potrancas del patron...

Pero Patizambo pareció no comprender. El airecito fresco que corria por el callejon i el olor que llegaba de los potreros en suaves bocanadas parecia repiquetearle en el corazon, anunciándole el fin de la jornada.

Llegaron a la puerta de uno de los potreros. Por el boquete que dejaba la zarzamora, al otro lado de las trancas, se divisaba una estensa campiña verde, dulcemente acariciada por los rojizos rayos del sol poniente. Una cantidad de animales, mas felices que Patizambo, pacían por aquí i por allá. Patizambo se contentó con enviar una larga mirada de envidia hácia el interior, i sin darse cuenta, apresuró aun mas los pasos. Llegaron a otra puerta i luego a una tercera. Aquí Patizambo hizo alto: era el potrero en que de costumbre lo encerraban por las noches. Pero un brusco espuelazo lo hizo dar un brinco.

—¿No t'ei dicho que tenemos que llevarle l'alfal-

fa a las potrancas?... Patizambo tampoco pareció comprender esta vez, i volviendo el cuello, enderezó algunos pasos hácia el potrero. Entónces Mateo se encolerizó: le clavó espuelas i le dió un fuerte revencazo en las ancas.

Patizambo sabia bien que Mateo era mui bruto i que de nada servian sus rebeliones, así es que se decidió a proseguir, aunque de mui malas ganas.

Sin embargo, al llegar a una nueva puerta, hubo una nueva parada i nuevos zurriagazos.

—¡Arre... ¡Mañoso!...Hoi has andao de malas... pero yo t'ei de enseñar...

En el potrero siguiente se detuvieron. Mateo se bajó del caballo i abrió las trancas; pero en vez de quitarle la montura a Patizambo, como éste se lo esperaba, ató las riendas en las ramas inferiores de un árbol. El sol se habia ocultado casi del todo. El potrero, mui semejante a los otros, encajonado en espesa muralla de álamos, estaba cubierto de un pasto verde oscuro, tupido i alto. Junto a la puerta, en el interior, otros peones habian amontonado con anterioridad una gran cantidad de pasto, atado en gavillas, así es que Mateo no tuvo mas que cojerlas en grandes brazadas e irlas colocando sobre el cuello i sobre las ancas de Patizambo.

Este, cada vez mas descontento, estiraba el cuello hácia el pasto que tenia sobre sí i parecia reconvenir a su amigo porque no le permitia lograr siquiera un bocado de la racion de las potrancas. Estaba

inquieta. Se preguntaba por qué, despues de tan ruda jornada, no se le permitia probar el pasto fresco que iba cubriéndole poco a poco las ancas i el cuello. ¡I todavía era para aquellas señoritas que no tenian otro oficio que llevarse encerradas en la pesebrera!

Dos veces pretendió alcanzar una de las pequeñas ramas que, casi tocándole la boca, lo incitaban voluptuosamente; mas, habiendo sido sorprendido por Mateo, recibió fuertes golpes en la cabeza.

—¡So! ¡Sooc!... ¡Patizambo!...

Patizambo tuvo miedo i por el momento pareció serenarse. Pero una vez que Mateo le hubo colocado todo el pasto sobre el lomo i cuando él mismo subió sobre la silla, entre las dos montañas de verdura, Patizambo no pudo contenerse por mas tiempo: una chispa de indignacion brilló en sus pupilas. Mateo creyó conveniente calmar su ardor con un nuevo golpe en el testuz, i lo hizo con tal fuerza, que el pobre caballo estuvo como atontado por un instante. Pero una vez que se repuso, dió rienda suelta a su furor. Estiró el cuello, respiró intensamente, abriendo los belfos, resoplando con todas sus fuerzas, i por fin, afirmándose en las patas delanteras, lanzó varias coces al aire. En seguida, ántes que el peon pudiera cojer los estribos, comenzó a brincar con tal furia, que Mateo, i con él todo el pasto, cayeron pesadamente a sus piés. Por un momento el animal i el hombre quedaron mirán-

dose a los ojos. Mateo estaba ménos aturdido por la caída que por esta inesperada rebelion. ¡Cómo! ¿Era ese Patizambo?... ¡El humilde, el buen Patizambo!

—Vas a ver, profirió el peon, con voz ronca, amenazadora, procurando levantarse.

Pero ántes de que concluyera de mover un dedo, Patizambo volvió las ancas i le descargó las dos patas, en las mandíbulas primero, en seguida, con mayor furia, en el pecho i en el bajo vientre. Mateo cayó de bruces, cubierto de sangre. El caballo lo miró, resopló con ruido, i luego, al ver que su amo no se movia, se puso a comer mui tranquilamente el pasto de las potrancas, que yacía diseminado a lo largo del camino....





GOLONDRINAS

I

Después de pasar algunos días en el pueblo, la familia se trasladó a un fundo cercano que arrendaba el padre de Cristian. Iban, además, cuatro hermanas de su madrastra, dos de ellas jóvenes de 22 a 25 años i las otras, niñas todavía; todas muy simpáticas i alegres.

Cristian se sentía cohibido entre ellas; se preocupaban poco de su pequeña persona i esto lo molestaba al extremo de que llegó a tomarles verdadera antipatía.

Sin embargo, con el tiempo llegó a avenirse con una de las menores, Graciela, o Amada, como la llamaban en casa.

Era Graciela de la misma edad de Cristian, alta, de cuerpo esbelto i bien proporcionado, finas facciones pálidas i ojos animados i reidores.

Cristian creia haberla sorprendido en sus momentos de soledad con la vista perdida en el vacio, como si forjara ilusiones, deshojando rosas en su falda i entonando suavemente canciones delicadas.

Creyó advertir que entre Graciela i él existian grandes afinidades de carácter, i este fué el primer paso en el camino de las mútuas simpatias.

Tendido boca arriba en un divan del escritorio que habia improvisado en la gran casa de campo que habitaban, formaba fantasmagorias estrañas, mezcladas de cuerdas i poéticas reflexiones.

Ya se imajinaba que era el amado de Graciela, ya se veia rechazado por ella con mudo desprecio.

Cuando pensaba en Graciela sus ideas se dulcificaban. Un dia se enrojació de cólera porque creyó notar que la niña lo miraba con cierta compasion. No queria compasion. La compasion para los mendigos, él era fuerte i para los fuertes estaba hecha la conquista por el combate.

Hubiera deseado insultarla. Mas luego, imajinándose la escena en que la apostrofaria con las palabras mas duras, se representaba a la niña con su pálido rostro lleno de tristeza, mirándolo dulcemente.

- -¿Por qué me insultas?...¡eres injusto!...¡yo te quiero mucho, mucho!...

I los ojos claros lo acariciaban i vertian lágrimas de súplica.

Si en esos momentos la niña hubiera entrado al escritorio, habria podido escucharlo como murmuraba, sofocado, con la cabeza hundida en los cojines del sofá.

—Graciela... Amadita linda, no llore!...soi un tonto. ¡Perdóneme!...

Despues de estas escenas en que él solo era actor, si se encontraba con ella, huia i se ocultaba como un verdadero culpable.

III

En su escritorio, una pequeña pieza octogonal colocada a uno de los extremos del edificio, en forma de torreón, pasaba la mayor parte del dia. Habia colocado allí una mesa, dos sillas, i un divan viejo, forrado en la misma casa. Encima de la mesa diseminaba tinteros, libros, papeles, i para que semejara mejor un bufete de hombre de negocios habia clavado en las paredes cartas jeográficas de la República, modelos de máquinas, i algunos grabados de revista española.

Todas las mañanas hacia él mismo el aseo de la habitacion; la barria, sacudia los muebles i luego dejaba entrar el aire fresco por las dos ventanas que caian al parque.

Cuando estaba todo limpio, se ponía al trabajo.

Llamaba él *su trabajo* ciertos pueriles artículos para un periódico manuscrito que publicaba en compañía de Mariano, un niño de su edad que venia a verlo desde la ciudad próxima.

Pero cansábase pronto, i dejaba a un lado la pluma para entregarse a sus divagaciones.

Soñaba con ser un atleta, paladin galante que combatiera por las damas i el amor... Por ejemplo: si alguno pretendiera insultar a Graciela, él inmediatamente le pediria cuenta de su conducta, i en caso necesario, le haria morder el polvo...

Pensaba luego en el porvenir. Tenia catorce años, i cursaba cuarto. A los quince, en quinto,—se decia—a los dieciseis, en sexto i el título de bachiller. A los veintidos, ingeniero civil.

Restregábase las manos con satisfaccion, repitiendo:

—A los veintidos... ingeniero. In-je-nie-ro!...

Entónces podria frecuentar los salones i muchas hermosas niñas soñarían talvez con ser sus compañeras; pero él reservaria su corazon para una sola, para ella, su Graciela.

Una idea lo detenia:

—¿I si se ha casado para esa época? Seria preciso, pues, arrancarle un juramento de amor. ¡Un juramento!

Fruncia el ceño, i pensaba en el grave problema de la primera declaracion.

¿Cómo empezar?...

En caso de que la encontrara sola, le preguntaría con cariño:

—¿Por qué está Ud. tan triste?

Ella, ruborosa, debería responder:

—¿Yo, triste?... ¡no!... pensaba...

—¿En qué?

—¡Pst!... en tantas cosas!

—Es que yo desearia que pensara en mí, sólo en mí!—diria él con imperio, bruscamente.

—¡Bah! ¡qué tontería!... ¡No faltaba mas!...

—¡Es que yo deseo que piense en mí, i así tendrá que ser!

Estas últimas palabras las pronunciaria con impertinencia.

—Es preciso i se hará...

—¿Está loco?—responderia ella con ademan airado. Entónces él, dulcificando la voz, diríale precipitadamente, ántes de que tuviera tiempo de retirarse:

—Si, estoi medio loco. Graciela... Ud. me tiene así...la quiero, i pienso tanto...Pero siéntese, escuche...

Despues de soñar largo rato en voz alta i despierto, se sentia invadido por una dulce calma i de tal modo se habia acostumbrado a sus divagaciones que concluia por creerlas reales. Entónces, si encontraba a Graciela, la miraba como si en efecto hubiera mutuas promesas entre ellos.

De ese modo fué poco a poco dejándose llevar por la imaginacion hasta sentirse cojido enteramente por una pasion dulcísima.

Pensaba:

—Parece que la vida cambia. Ahora todo lo siento mas agradable. Las noches de soledad en el campo me dicen cosas nuevas i esquisitas. Parece que los árboles i los rayos de luna me hablaran; i hasta me imagino que los veo sonreirme como buenos amigos.

Notó que se hacia mejor, que amaba mas a sus hermanos, a su padre, a los criados. Perdonaba con facilidad todo lo que ántes le contrariaba i esto le traia un plácido bienestar.

Al pensar en ella, en la que inconscientemente le regalaba todos estos dones, sentia un agradecimiento infinito. De buenas ganas se hubiera arrojado ante Graciela para decirle cosas inefables, i suplicarle que no lo abandonara, que fuera siempre tal como era entónces. De ese modo haria de él un hombre bueno i feliz.

IV

Sólo que esos estados de ánimo no persistian mucho.

Una insignificancia cualquiera le hacia olvidar sus intenciones i lo obligaba a cometer los mismos actos triviales i bajos de costumbre.

Pero volvía con insistencia hácia la parte de cielo sereno que habia entrevisto una vez.

Escribía largas cartas para ella, llenas de since-

ridad, de la espontánea i sencilla ternura que guardaba su temperamento apasionado, comprimido desde tiempo atrás por la frialdad de una existencia solitaria, sin amigos, sin familia. Hermosas cartas que despuntaban como frescos retoños de árbol, que contemplaban la existencia por su lado mas bello, como si todo fuera fácil de realizar.

Se pasaba dias enteros formando planes para construir el hogar que soñaba, i al final siempre se veia al lado de Graciela, su esposa, rodeado de sus hijos, en una pequeña casa con muchas flores.

Nunca le entregó una sola de sus cartas, ni le dijo una palabra que le hiciera comprender que la amaba, pero iba notando que cada dia se creaba un nuevo lazo entre ambos, como si su alma se escapara del cuerpo para ir a mezclarse con la de ella i contarle lo que no se atrevian a confesar sus labios.

De ese modo, insensiblemente, llegaron a sostener largas conferencias con los ojos. Si alguien hubiera comprendido ese misterioso lenguaje de las almas que se acercan, quizas hubiera escuchado diálogos como éste:

Decian los ojos de él:—Te amo; eres la mas hermosa de las mujeres para mi...

Los ojos de ella, dulcemente:—Ya lo sé, pero no me mires así...los demas podrian enterarse...

El, frunciendo las cejas:—¿I qué nos importa? ¡qué se mofen!...pero, ¡oh tu, bella mia! mírame, i dime lo que me tienes que revelar!...

I se perdían en una mirada intensa, como si el uno bebiese al otro.

Desfalleciente, él continuaba:

—Desearía morir... así... mirándote, aspirando tu alma...

Todos los días al finalizar la comida, ya de noche, los ojos del joven le decían invariablemente:

—Ya es hora ¿vamos ya?

—¡Un momento!—suplicaba ella.

Poco después se levantaba uno de los dos en un instante en que nadie lo notaba, i el otro le seguía. Era uno de tantos convenios mudos que tienen su encanto precisamente en lo misterioso que hai en ellos.

Graciela llevaba al parque su guitarra, i Cristian se sentaba junto a ella, en uno de los bancos, entre la sombra de los arbustos; quedábanse muy quietos, temerosos de romper con la voz el impalpable deleite que cantaba en el fondo de sus corazones. Los silencios adquirían un valor particular, como si alguien conversara entónces, llenándolos con otras palabras, las verdaderas, de una dulzura embriagadora.

Además, en esas noches de verano el aire parecía estar saturado de caricias tibias que hacían languidecer el cuerpo en dulce abandono.

.....
En una noche clara
De majestuosa luna...
.....

Es Graciela que canta. Su voz suave corta el silencio de la noche como un cisne que penetrara en un lago sereno. Las yerbas i las flores parece como que se ajitan haciéndose unas a otras reverencias maliciosas, cuchicheando inocentes bromas. Los árboles se mezclan en la conversacion sonriendo con cierto misterio, bondadosamente. Las ranas, a lo léjos, forman con su atolondrado coro, como una sociedad aparte, como niños que se hubiesen retirado a protestar contra los compañeros que no los dejan participar en sus juegos.

.....
Se ve en el cementerio
El cipres descollar...



Cristian evoca el campo santo que debe de estar hácia el poniente, con sus tumbas blancas, sus sauces i cipreses plateados por la luna.

.....
La losa funeraria
Que el musgo ha cubierto
.....

La voz de Graciela solloza, i el pecho se estremece al suscitar las tumbas de donde arrancan los recuerdos queridos.

Aquellas notas agradablemente melancólicas se

alcanzan unas a otras i aparecen un momento para morir enseguida, miéntras la guitarra runrunea severa, siguiendo a la voz como el mudo pensamiento a las pasiones que se desbordan. La voz, estremecida, arrastrándose, ora desesperada i arrogante, ora dulcemente resignada, cuenta como un amante jóven se mata sobre la tumba de su amada.

El canto cesa; las últimas vibraciones se pierden a lo léjos, i se van a confundir con el ahullido lastimero de los perros i el canto lejano de los gallos; estas voces triunfan por fin i siguen reinando como un quejido de la tierra.

Las ranas continuan tambien sus ruidos sin pensamiento.

.....

Se quedaban con la vista fija en el espacio, el cuerpo sumido en una tranquila sobreexcitacion, i comprendiendo que en esos momentos se poseian el uno al otro enteramente, que sus corazones daban el mismo golpe al mismo tiempo, no sentian la necesidad de hablar.

Poco despues volvian a casa. Dábanse sonriendo las buenas noches.

—Buenas noches!...

— Hasta mañana!...

Ella entraba a su pieza, i Cristian a la suya. Como ocupaban dos dormitorios contiguos, el se tendia sobre el lecho, sin encender luz, sintiéndose intimamente acompañado en su soledad. Por la

ventana que daba al corredor, veía los postes que proyectaban sus sombras largas. De las habitaciones vecinas llegaba el ruido confuso de la familia que se entretenía de sobremesa.

Poniendo atención, adivinaba lo que Graciela hacía en la pieza vecina.

—Debe de estar cosiendo...debe de estar arreglando su costurero...

I al sentir el roce de las fojas de un libro:—debe de estar leyendo.

Poco después sentía como se acostaba, i se la imaginaba por fin bajo las ropas de su lecho blanco, sentada con las manos juntas i los ojos al cielo, rezando una oración llena de la fé i del candor de las almas jóvenes.

—Graciela—suplicaba mentalmente—ruega por mí, porque nunca nos separemos i porque seamos tan felices como ahora.

Luego se acostaba él también, i murmuraba una sincera súplica a Dios i a su madre, para que lo hicieran un niño amable i bueno.

Después venía a acompañarlo un rayo de luna hasta que se quedaba dormido pensando en Graciela, ¡en su padre i en el traje nuevo que iría a tener.

V

Es la época de las trillas. Por frente del estudio de Cristian pasan los grandes carretones, altos como torres, repletos de espigas.

De pié junto a la ventana, ve desfilar los boyeros con sus carretas, cantando o silbando.

Mira distraído. El sol acaricia con ternura la tierra. Un pájaro pasa, rozándola. Las moscas se entrecruzan, livianas i silenciosas, junto a unas champas de pasto cubiertas de rocío.

Cae una gotera. Cristian mira el hoyuelo que hace al tocar el suelo, i sonrie dulcemente. En ese momento piensa: ¡Qué agradable es la vida cuando se ama!

Se observa el rostro en los vidrios, i vuelve a sonreir ¿Cómo le pareceré yo? ¿le seré agradable?

En el fondo estaba convencido de que era amado pero hubiese deseado que se lo dijera, hastiado ya de su cariño platónico.

Se formó una resolucion: El Domingo se lo diré todo, durante el paseo, i la obligaré a que me de una respuesta.

Era dia Juéves. Los tres dias que faltaban los pasó inquieto.

Amaneció el Domingo un dia espléndido. Cristian se levantó mui alegre, casi al aclarar; lo despertaron los golpes sordos de los caballos que golpeaban el suelo duro con sus cascos ferrados. El mayordomo se ocupaba en tuzarlos miéntras los mozos les cortaban las uñas i los rasqueteaban.

Se sentia liviano de cuerpo i espíritu, i comunicaba su alegría a todos los que encontraba.

Quiso tuzar el mismo su caballo, pero como le

resultara mal, entregó las tijeras a uno de los sirvientes mofándose de su propia incapacidad. Después fué a golpear la pieza de las niñas.

Su hermana Maria i Graciela estaban en pié ya, i miéntras él gritaba:—«flojas, levántense, flojas!»—ellas salieron de la pieza contigua riendo barulleramente.

Lo convidaron a cojer flores, i los tres se fueron, alegres, por el callejon que bordeaban grandes rosales i algunas flores semi silvestres.

Cuando volvieron, el patio estaba lleno de movimiento. Toda la jente se hallaba en pié, i presta para partir.

Cristian se encolerizó con el mozo porque habia puesto un freno viejo al caballo de Graciela, i él mismo comenzó a cambiarlo por el suyo. Mas, luego se arrepintió de su viveza de jenio, i miéntras el muchacho, confundido, le ponía las espuelas, le dió un golpecito cariñoso en la cabeza, i le obsequió una moneda.

Algunos, impacientes, apuraban a los rezagados. Cristian ayudó a subir al caballo a Graciela, le arregló el ropon, i subió a su vez.

Poco despues partía la cabalgata.

El jóven iba adelante con las niñas menores para indicar el rumbo. Mucho ántes de llegar se divisó el humo de las fogatas entre los árboles. Los caballos se dejaron a la entrada del bosque, a la sombra de unas grandes pataguas, i fué preciso internarse a

pié por no haber camino fácil. Cuando llegaron, los sirvientes daban vuelta los asadores en el fuego, entre la espesura verde. Las mesas se habian colocado en una espaciosa ensenada, bajo los árboles que entretejian sus ramas formando una moviente techumbre.

La tarde se pasó alegremente.

Solo Cristian estaba molesto e inquieto. Veia con tristeza como se iba pasando el dia sin que llegara la ocasion tan deseada. Veia como los caballeros conversaban con las damas, apartados algunos del grupo jeneral. Hubiera él deseado hacer otro tanto con Graciela. Le hubiera agradado encontrarse a solas con la niña, al borde del arroyo, en el silencio del bosque. Allí podria ella sonrojarse libremente, estremecerse de amor, recibir en plena naturaleza el primer beso, tímido i tembloroso, en la frente.

I miéntras bostezaba escuchando a su amigo Mariano, seguia con avidez los menores movimientos de Graciela, sin ánimos para acercarse, postergando siempre su resolucion.

Al caer el dia, abandonaron el bosque para dar una vuelta por las viñas. Como estaban cerca, se hizo el tránsito a pié.

Era a fines de Febrero, i ya comenzaban a madurar los primeros racimos. El aire estaba fresco i aromático. La naturaleza parecia descansar del calor del dia, como un viajero que se da un baño des-

pues de larga caminata bajo el sol. La alegría atolondrada de los paseantes se transformó en una plácida tranquilidad ante el espectáculo sereno del cielo coloreado de un rosa pálido por los últimos rayos.

En la viña hubo una decepcion.

Solo uno que otro grano habia madurado. A pesar de todo, cada cual se lanzó en busca de los racimos maduros. Cristian recojió un gran puñado para ofrecérselo a Graciela. Al depositarlo en sus manos se miraron sonriendo:

—Lo comeremos juntos —le dijo ella.

Cristian, emocionado, se inclinó para cojer una uva i se perdió entre las cepas verdes sin responder nada, con el corazon palpitante.

Llegó la noche i muchos de los convidados se despidieron, i como hubiera necesidad de ceder un coche a las señoras, ocuparon los caballos de las menores para algunas personas venidas de la ciudad. La jente menuda hubo de acomodarse en las carretas. Fermin entregó su caballo a los mozos i se instaló tambien en el carreton, desde donde vió como partian los coches y las cabalgatas. Mui luego los grupos se perdieron en la oscuridad.

Ellos quedaron mui distanciados.

A poco andar salió la luna. Los chicos la saludaron con gritos de júbilo; alguno entonó una canción; otros reian continuando las bromas.

Graciela se estendió á lo largo a los pies de los

que iban sentados i quedó con la cabeza cerca de Cristian que estaba en el extremo del carretón; hasta él llegaba el suave perfume que despedía el cuerpo de la niña.

Ella miró larga i dulcemente. Sentía impulsos de tomar la cabecita entre sus manos i besarla en los cabellos. Pero no tuvo valor i se contentó con deslizar poco a poco las rodillas hasta colocarlas debajo de su cabeza. Entónces ella, comprendiéndolo, acomodóse delicadamente en su regazo como un niño que busca protección. Él, conmovido, le dió las gracias alisándole el cabello con suavidad, como á algo sagrado, miéntras se preguntaba:

—¿I mi declaracion?

En ese momento sintió una mano muy suave que se colocaba sobre la de él.

—¡Bah!—pensó—¿para qué?...

I una confianza absoluta de que era amado se apoderó de su alma.

.....
Pocos días después partía Cristian para el colejio. Cuando se despidió de la familia no pudo encontrar a Graciela.

Solo cuando volvió por última vez la cabeza, con los ojos arrasados en lágrimas, vió asomada por entre los laureles del jardín una cabecita loca i triste que le interrogaba mudamente con los ojos: «¿volverás?»

El niño partió en una carrera desenfrenada a lo largo del camino polvoriento.

.....I no volvió nunca.



RAFAGAS DE CAMPO

..... lora,
Llora, alla en la inmensidad
la casa en que el amo mora,
se alza, su provocadora
sombra, su crueldad.

PEZOA VÉLIZ

I

La mañana estaba fresca.

En la puerta del rancho la anciana hacia bailar la rueca i la hija remojaba la ropa junto a la acequia que pasaba por el centro del patio.

—Sí, madre, ya debían estar escarmentadas—
decía la jóven con su voz firme i armoniosa.

Hablaban del amo. Una campesina habia ido a pedirle una gracia: entrególe un pequeño regalo i presentó tímidamente su demanda. Era jóven, bien parecida, i lo consiguió todo. Pero Juana añadia con misterio.

—Yo misma que la ví a su vuelta: venia con la vista baja i las lágrimas le corrian, le corrian.

La viejecita inclinó la cabeza como avergonzada de lo que iba a decir, i murmuró débilmente:

—¿I qué?... ¿No da lo mismo?...

Guardaron silencio por un momento.

—Es una desgracia el ser pobres—dijo Juana.— Si yo fuera rica a nadie tendria que temerle. Mañana viene el amo i dice:—te necesito para que me entretengas... i allá va la pobre con sus miserias.

Al frente, bajo el cielo azul i movible, la colina esparcia destellos dorados. Semejaba un rio de oro que iba a perderse en la quebrada, oculta por un ténue velo violeta. Sobre la pendiente se divisaba un hacinamiento de maderos, revueltos como una cabellera hirsuta; eran los escombros de una cabaña que el dueño de la hacienda habia hecho demoler años atrás. Ordenó salir a los moradores por una desobediencia, i como demoraran mucho, hizo pegar fuego a la cabaña. El esqueleto estaba allí, con sus postes i vigas entrecruzadas, apuntando al cielo, como brazos que clamasen justicia.

Juana, que había quedado ensimismada, estrujó con rabia la ropa.

Por el patio bullia la vida bajo el sol; las gallinas escarbaban en el césped, los perros nuevos jugueteaban; los mas viejos, recostados, erguian la cabeza, serenos. Un poco mas léjos, en la ramada que servia de cocina, la leña verde ardia crepitando,

miéntras la marmita murmuraba como haciendo gárgaras, monótonamente.

La anciana inclinaba meditabunda la cabeza sobre su trabajo, i no decia nada. Solo de vez en cuando lanzaba una mirada furtiva sobre su hija o sobre los escombros de los rebeldes.

—Si el «rico» quisiera hacerme algo, yo no lo permitiria. Una no le pertenece a él, sino a Dios que la echa a la vida—murmuró la jóven con voz soñadora i suspirante.

Aporreó con fuerza la ropa, i continuaron en silencio, sumidas en su trabajo, carraspeando como para arrojar un nudo que viniera de abajo, del pecho, del fondo del alma.

—Este mundo es de sufrimientos...—rezonga la anciana—Dios lo quiere así... la vida pasa... despues se descansa... i tambien hai gloria para los pobres.

Juana no piensa lo mismo, pero calla. ¿Por qué esa lei tan injusta?... Ella tiene juventud i tambien desea estar alegre... vivir, reir... ¡vivir!

II

Volvian los peones.

Eran dos muchachos endebles, con la frente estrecha i los ojos hundidos, unos ojos que brillaban bajo las cejas como los destellos de una llama sofocada por el humo.

Se dirijen a la madre.

—Qué hai, vieja!... ¿Está la comida?

La viejecilla pestañea i sonrie.

El mayor de ellos deja caer las herramientas en un rincon, se seca el rostro sudoroso, i luego, mostrando a Juana la mano fajada en un pañuelo cubierto de sangre.

—A ver, muchacha, a buscar un trapo para vendarme—dijo con voz bronca.

Juana se alarmó ante la sangre.

—¿Qué te pasa?... ¿Te has caído?

Él, encolerizado, le remeda.

—Ta, ta... ¿Te has caído?

I despues, enrojeciéndose por grados:

--¿Soy una guagua?... Tú, que te estás aquí como una gallina!... pero nosotros somos... ¿entiendes?... nosotros...

Hubiera querido desahogar todo el veneno de su alma mísera, pero no encontró palabras i calló, con los labios temblorosos...

El otro se habia sentado junto a la vieja i liaba un cigarrillo, indiferente. La madre miró al herido furtivamente i continuó su tarea, moviendo febril sus dedos secos, con la vista baja, suspirando.

Despues de vendarle la mano, Juana colocó sobre una mesilla la fuente de comida. Los muchachos se sirvieron primero. La faena estaba léjos i solo daban el tiempo necesario para ir i volver. La jóven se sentaba cerca de ellos i desentumecía la

conversacion con su charla llena de frescura. Les decia en broma:

—A ustedes hai que apalearlos, si nó... ahí se quedan, como culebras heladas. Parece que pasaran la vida durmiendo.

I era verdad. No parecia sino que un soplo de sombra les hubiera pasado por todo su ser dejándoles petrificado el pensamiento.

Por fin habló el mayor, sin mirar a la cara. De su cólera le quedaba solo una amargura roedora dentro del pecho.

—Se trabaja como animales—dijo por fin—i apenas alcanza para comer... I toda la vida igual... El «rico»...

Aquí baja la voz i vacila.

—El «rico» trabaja, sí, tambien pasa molestias—explica como disculpándose—pero, en fin, tiene buen pago. Uno ¿a dónde va?... llega a viejo i ¡se acabó!

La jóven, sentada en un piso bajo, los mira un poco inquieta, sonriendo forzadamente, amarrando las rodillas con las manos i balanceándose de adelante hácia atrás, dulcemente.

El jóven prosiguió soplando en la cuchara, aunque la comida no estaba ya caliente.

—El mejor día lo pilla una fiebre i no le hacen mas caso... Cuando se enferma un buei le echan una botica... Muere el animal i el patron lo siente... muere el peon... ¿no hai otro por el mismo precio?

La anciana, desde su puesto, escuchaba con la vista baja, como rezando. El otro parecia no oír.

—Tambien hai alegrías...—interrumpió la hermana por decir algo.

El jóven hizo un jesto de enfado.

—Tú, tú... ¡claro!... como no te derrites al sol i no echas el pulmon trabajando... ¡claro!

Juana lo miró con pausa. En efecto, en sus mejillas chupadas por la fatiga, zurcadas ya por huellas profundas, en sus ojos sin vida, en sus hombros inclinados hácia tierra, se veia el peso formidable del trabajo. Sin saber por qué se turbó i trató de desviar la conversacion.

—Mirá!...¡qué tonta soi!.. se me olvidaba. Vino la Berenice i te dejó...¡adivina!

Lo miró maliciosamente. Se susurraba un noviazgo i sabia que eso lo pondria de buen humor. Pero él la interrumpió con una mueca amarga.

—Bah, bah,... bueno está uno para mujeres!... Casarse!...tener chiquillos!...bastante somos para tragar...i sufrir!

Poco despues los peones se marcharon. Juana los vió alejarse i las palabras del jóven hicieron en su corazon un vacio.

¡La vida! I aunque tuvieran ellos dinero ¿qué?...

Pero paseó la vista alrededor, contemplándolo todo con cariño.

—Al fin i al cabo estas cosas son agradables, hai sol...Pensar que todo lo ha ido formando uno... desde el rancho hasta la última flor.

Cuando llegaron allí, aquello era un peladero, i poco a poco fué creciendo, creciendo.

—Lo que apéna es que no sea de uno. El mejor día ¡afuera! i a comenzar de nuevo.

El sol habia pasado por el cenit i la tierra quemaba como una brasa. Al frente, la colina semejaba un ondulante rio vaporoso; acurrucadas a la sombra las aves parecian meditar.



Se levantó para llamar al padre que debia de estar en la huerta. Era paralítico. Todo su cuerpo se estremecía como una jelatina. Todo el día trajinaba por allí sin hacer nada bien i habia que cuidarlo como a un niño.

—Ya está el almuerzo—le gritó desde el cercano. Pero como se hiciera el sordo, volvió a gritarle desde mas cerca.

—¡Ya está!...deje eso para mas tarde... ¡tanta farsa...i para nada!

El viejo se volvió a medias, mirándola con sus ojuelos lacrimosos:

—¿Para nada?...¡a ver...¿qué se hará sin mí? a ver, dílo!...—insistió, sofocado por el asma.

—Si, taita; son bromas mias—le dijo ella, finjiéndose seria.

I como él prosiguiera arrancando yerbas con sus

dedos flacos, rezongando aun, la jóven tuvo un arranque de enternecimiento i lo abrazó.

—Tan porfiado— le dijo— juntando su fresco rostro con el del padre. I riendo con carcajadas argentinas, respirando toda ella un aliento de juventud i vigor, lo cojió por la cintura i corrió hácia la casa, casi arrastrándolo. Lo sentó frente a la mesita i le puso un paño en el pecho en forma de babero.

La viejecita se acercó tambien, débil i temblorosa como una hoja seca i se sentó al frente de su marido, siempre en su actitud humilde.

—A ver, mis niños... dijo Juana miéntas les servia. Solia llamarlos así: «mis niños»

La comida era un martirio para la jóven. Habia que dársela en la boca al viejo, pues la mano no le ayudaba, i esperaba con su cuerpo convulsionado, con la vista fija en un punto lejano, batiendo las manos como si llamase a alguien, quizas a la muerte. Todo su cuerpo no tenia reposo, semejaba una vieja maquinaria funcionando; las piernas, los brazos, la cabeza, hasta la mandíbula inferior, todo movíase incesantemente.

Estiraba el cuello para recibir el bocado con movimientos desesperados, haciendo inútiles esfuerzos para contener sus nervios. En esa actitud daba la impresion del reflejo del agua iluminada por el sol en una pared oscura. Debía de sufrir horrosamente.

Cuando Juana lo veía así, sentía una angustia infinita. Recordaba las murmuraciones supersticiosas de los campesinos, i se preguntaba qué crimen tan grande podría haber cometido aquel ser para que la cólera divina lo castigase de ese modo.

Trataba de interrogar sus facciones, sus ojos, pero éstos permanecían mudos. Las arrugas profundas del rostro eran otros tantos abismos insondables, i los ojos estaban apagados, duros i fríos, formando contraste con la eterna inquietud de sus miembros.

Se preguntaba la muchacha—¿qué objeto tendrán en el mundo seres como éste?

Todos lo despreciaban i lo miraban con repulsión. Entónces ella sentía que lo amaba mas i lo mimaba como a un hijo.

—¡Otro pedacito!...

I llevaba hasta sus labios con su mano morena, de ojuelos risueños, un pequeño trozo de carne, como para inyectarle un poco mas de vida.

Miéntas tanto la anciana comía silenciosamente. Rara vez hablaba, temerosa de molestar.

III

En la tarde Juana tenía la costumbre de sentarse a la sombra de una higuera que apoyaba su follaje espeso en la cabaña.

Desde allí dominaba todo el patio; mas allá, el horizonte se extendía hasta muy lejos, indeciso.

Cantaba la joven dulcemente, inclinada sobre su labor de costura, i daba curso a su fantasía.

El sueño de todas:

Un día de primavera llegaría un hombre hermoso i le diría:—Vengo a llevarte. construiremos un rancho a la orilla de un río profundo i manso como tus ojos, i la vida transcurrirá alegre...

Ella entregaría su mano i le ofrecería su boca fresca para que bebiere i allí, junto al manso río, nacerían los retoños, fornidos como los robles de la ribera.

Era la primera en reirse de sus divagaciones, pero...de este modo transcurría el tiempo i se hacía menos penosa la existencia.



Una vez sintió un galopar lejano, sobre el duro camino que pasaba cerca. Sin saber por qué le palpité con fuerza el corazón. Tenían las pisadas algo de insolente, de helado, que la llenó de inquietud.

¿Quién podría ser?

Escuchó. Era ya la oración. En el ramaje, sobre su cabeza, se sentía un golpeteo de hojas: los pajaritos comenzaban a recojerse, escuchábanse voces i cantos lejanos; el sol rozaba debilmente la tierra, comunicando a los objetos con sus largas sombras, un extraño misterio.

Los pasos se acercaban i los perros salieron al camino, ladrando furiosamente. Luego percibi6se una voz col6rica que gritaba:

—¿Que no hai nadie en esta casa?...

Era el patron que penetraba en el patio, escoltado por dos mozos.

Los perros le cerraban el paso, enseñándole los colmillos, blancos i afilados como puñales.

Juana dejó la costura i gritó:

—¡Ah, perros!

—¿Como le vá, señora? ¿I los muchachos no están?

Se dirijia a la madre, que marchaba a su encuentro, el cuerpo encorvado i tembloroso.

Juana, toda confusa, trató de escabullirse; pero él sali6 al paso i le habló, mirándola con sus ojos penetrantes.

—¡Que hai, niña!... ¡estas mui crecida i mui buena moza!

Era casi un viejo. Los cabellos a medio encanecer, la barba descuidada, la nariz aguileña. Bajo su sombrero ancho tenia todo el aspecto de un viejo lobo difrazado.

Luego, enseñando sus dientes ennegrecidos, le dijo, zalamero:

—¿I no te querrias ir conmigo?... Porque yo vengo a buscarte... Pasarás buena vida... Necesito una llavera i no encontraria otra mejor que tú.

Juana sintió que le corria un hielo por el cuerpo.

—Gracias, señor...

Trató él de acercarse i estiró el brazo para acariciarla; pero la muchacha, inconscientemente, lo contuvo con una mueca de asco. Lo notó él i, disgustado, concluyó secamente:

—Bueno, mañana te espero en las casas, i arreglaremos...

—Señor... balbuceó Juana.

Quiso decirle que aquello era imposible. ¿Quién haría la comida para su jente?...¿la madre?...¡ella, la pobre, que apenas podía andar! I al padre que había que cuidar como a un niño...

Pero el amo volvía ya la espalda i se preparaba para salir.

La madre escuchaba como atontada, moviendo los párpados con rapidez. Los dos sirvientes descansaban un poco aparte del grupo, fumando, con la pierna echada sobre el cuello de la cabalgadura. Se prepararon para seguir al amo, la miraron sonrientes, i le hicieron un guiño como diciéndole:

—No hai mas que resignarse...él manda.

I desaparecieron, dejando tras de sí una tromba de polvo...

IV

En la tarde Juana salió a encontrar a los hermanos al camino. Despues del primer momento de lágrimas, se serenó un poco i comenzó a concebir esperanzas.

—Los muchachos son buenos en el fondo, pensaba para alentarse, i no permitirán que deje desamparados a los pobres viejos. Además, no hai que hacerse ilusiones: obedecer seria hacerse desgraciada para toda la vida.

Se le ocurrían varios proyectos para el porvenir. Por ejemplo: podrían irse al pueblo. Allí conseguirían crédito para instalar un pequeño negocio; ella haría empanadas, vendería licor, podría hacerse lavandera...

Pensando estas cosas, se consolaba. Veía la perspectiva de una vida tranquila i risueña, tanto que cuando divisó a los hermanos, casi los acogió alegremente.

Ellos oyeron en silencio la noticia, i no dieron muestras de indignación. Sintióse descorazonada i apenas tuvo valor para balbucear, con voz estrangulada, algo de sus ilusiones...

Nicolas, el mayor, le interrumpió bruscamente:

—¡Qué!... ¿estás loca?... ¿salir de aquí?... ¿i las siembras?... ¡i tantas otras cosas!.



Después de comer los hermanos salieron hacia el bajo del arroyo, próximo al rancho.

La noche era clara. Brillaban las estrellas.

Los dos hombres, sentados en un tronco caído, junto al torrente, fumaban, silenciosos.

Por entre los árboles llegaba el murmullo del arroyo.

Nicolas tenia deseos de decir algo, pero no hallaba como espresarlo. Comprendia que estaba en su poder la suerte de su hermana, pero deseaba saber lo que pensaba su hermano menor.

Haciendo un esfuerzo, comenzó, despues de una bocanada de humo.

—¿Qué te parece lo de Juana?

El menor se encojió de hombros.

Nicolas guardó silencio. Experimentaba cierta cólera contra si mismo, por sentirse cohibido sin saber por qué. Estiró las piernas, cojió una astilla del suelo i escupió. Luego, levantando la cabeza con resolucion, dijo:

—Mas vale que vaya...

Pero le faltó de nuevo la calma, i prosiguió, atondradamente.

—Todo marchará...Nos darán buen terreno... i Juana lo pasará bien...se conformará. ¿No es mejor que si se casara mal?...¿No vale mas que un mal marido?

—Es cierto, murmuró el otro.

Se quedaron silenciosos. A pesar de su rudeza, algc querian a la hermana.

Pero pensaban tambien en el patron i en las siembras, probablemente perdidas en caso de una negativa.

I, sin decirlo, ámbos resolvieron que Juana obedeciera.

*
* *

Al saber la determinacion de sus hermanos, Juana no tuvo una palabra de protesta. Calló i dijo que iria, ya que así lo deseaban ellos...

—Es preciso que vayas, ¿por qué no habrias de ir? ¿Acaso no debemos obedecer al patron? ¿qué cosa mas justa? Te necesita i te manda llamar...

Pero no hablaban de *lo otro*, haciendo como que nada comprendian

Juana estaba mui pálida.

A la mañana siguiente, temprano, salió para las casas de la hacienda.

Abrazó a su madre i tuvo un instante de enternecimiento al ver que la viejecita lloraba. Besó al padre que parecia temblar ante una vision lejana; lo miró un momento, como esperando que la retuviera, pero sus ojos inespresivos nada dijeron. Se despidió de los hermanos en silencio, i salió, sin derramar una lágrima.





PRIMAVERA

—¿Qué haces, Marco Antonio?, ¡Ven aquí, mejor!
La voz de la jóven salió acariciadora i trémula desde los blandos cojines del sofá en que estaba recostada, envolviéndolo entero en un llamado amoroso en cuyo timbre cálido se adivinaban súplicas i reconvenciones. Él pareció no oír estas palabras i siguió abstraído delante de la ventana mirando con atencion el desfile de los transeúntes en la acera próxima, el tráfico de los carruajes i jinetes sobre el asfaltado pavimento de la calle i el mas lejano trajin bajo la majestad de los retorcidos olmos de la alameda.

Al ver que su invitacion no obtenia tampoco una respuesta, guardó silencio ella, se envolvió el cuello hasta la boca con una fina i oscura piel i se quedó quieta, con los ojos mui abiertos, colocados con firmeza inconciente sobre un punto vago de la estancia. Pensaba sin duda.

Pensaba quizás en lo que debía de pensar él en este momento, o en cualquier incidente ocurrido en su ya larga historia de matrimonio, a pesar de que no hacia mas de un año que vivian unidos por el indisoluble lazo.

¡Un año! ¡Cuántas cosas!... ¡Quién hubiera imaginado un poco ántes de aquella época todo lo que deberia suceder!

Miéntras tanto, él miraba ávido lo que pasaba en el exterior. Americanos con los cristales corridos, limpios como si tuvieran profundidad de lagos en su reflejar sereno; coupées lijeros, hundidos en sus propios muelles, dando impresion de blandura, de recojimiento, i junto a estos elegantes carruajes, otros mas democráticos; los coches de plaza, derrengados, maltrechos, con rocines flacos i súcios; carretelas, carritos de mano, todos mezclándose con apresuramiento febril, deslizándose unos junto a otros sin rozarse siquiera. De vez en cuando cruzaba tambien un tranvía repleto de jente o un automóvil trompeteando i escurriendo su ágil coraza de reptil a través del jeneral movimiento.

Santiago a la caída de una tarde de invierno. Este Santiago que parece mas intenso, mas concentrado que en otras ocasiones, talvez por lá irrupcion que hacen en él los artistas de lejanas tierras, que vienen a dejar en nuestro ambiente un poco del pensamiento o la vibracion de hombres de otros cielos, o talvez porque las jentes, al arroparse, del frio parecen vivir mas en sí mismos.

A Marco Antonio le gustaba esta mareadora bahola de gran ciudad que se percibía en las tardes a través de los cristales desde el abrigado gabinete i no pareció dispuesto a ceder a las repetidas instancias de su mujer.

—¡Qué fastidio!... ¡déjame en paz! Mira, Tana, ahí va tu amiga Sofia, con su mamá i otra que debe ser la prima que llegó del sur.

Las miraba pasar con los ojos inflamados, golosos de todo lo que fuese belleza. Pasaron a pié algunas jóvenes trajeadas de invierno, sumidas en sus pieles y manguitos; en todas ponía él la vista como si deseara que correspondiesen ellas con una cómplice mirada de simpatía. Su mujer sabía que él adoraba «a todas las mujeres» i no podía soportar tranquila estos tactos de la vista que le hurtaban por un minuto el amor de su marido. ¡Qué descaro! ¿Le gustaría a él que mirara a los hombres invitándolos a una caricia mútua de los ojos?

Marco Antonio le anunció otras que desfilaban:

—La esposa del jeneral Campos.

Susana replicó, agresiva:

—¡Psch! ¿esa?...

Se limitó él a pronunciar por lo bajo un débil «¿por qué la llamas así?» en defensa de la alta dama, i se quedó pensando cuán agradable sería para su vanidad un amor iniciado con esa mujer del gran mundo, vigorosa, ardiente, llena de misterios, llenos de intelijencia sus ojos oscuros i magnéticos...

En jeneral deseaba a «todas las mujeres», era verdad, pero no a todas del mismo modo. A esta porque podria hallar en ella novedades para su curiosidad insaciable, aquella porque lo hacia soñar con delicadezas, esa otra porque parecia predipuesta a una loca sensualidad. Protestó, como de costumbre, de que la vida le negara estas expansiones. ¿Por qué? ¿Se casó acaso para tornarse en esclavo, encerrado en un eterno i férreo calabozo, que le privara de los azules horizontes de la vida? ¿Matarse la imaginacion, la libertad de soñar con imposibles, con locuras, él, él que estaba enamorado de todo lo que tuviera el bello jesto de lo misterioso? ¡Bah! ¡bah!...

Alargó el cuello como para aspirar mejor el vaho de aquella tarde invernal que le parecia sentir aun a traves de los cristales que lo encerraban en el tibio nido del gabinete. Le placia este aroma que se lo imaginaba «frio, seco, trasparente i contorneado por líneas precisas»... Se sorprendió el propio pensamiesto:

—¡Qué absurdo! ¡Si alguien «me sintiera» pensar me clasificaria entre los poetas decadentes!

Pero de pronto se detuvo a la vista de un tranvía que cruzaba por el frente. Un lijero grito se ahogó a flor de labios: ¡Ah...

Sin embargo a Susana no debió pasar desapercibido el movimiento, porque se incorporó bruscamente.

—¿Qué? ¿qué pasa?

— Nada, hija...—respondió con afectada calma—que ahí en el carro iba una niñita... Tú la conoces: la Idita Barriales; una niñita de catorce años.

Sin querer oír mas, Susana se dejó caer en el asiento de nuevo i se hizo en la sala un silencio embarazoso; ella con la vista ardiente clavada en un punto vago de la estancia, i él, de espaldas al salon, mirando, sin ver, el movimiento fiebroso de la Alameda, el corazon dando tumbos locos dentro de las paredes apretadas del pecho.

Procuró reaccionar, sin embargo, sobre sí mismo:

—¿Por qué esta turbación? ¡Qué tonto era! ¿Acaso habia culpa en eso?... ¡Pero si se trataba nada mas que de una fantasia de loco!

¡Idita! Si su mujer supiera de qué cosa estravagante se trataba, a no dudarlo que se reiria de él a boca llena... ¡Qué locura!

A pesar de que estaba ya mas tranquilo de la brusca emocion que lo sobresaltara en un principio, su pensamiento se volvió con ternura hácia la fugitiva vision de la niña que entreviera en una de las ventanillas del tranvía, mirándolo, mirándolo con sus dos grandes ojos oscuros i suaves, con aquella mirada que le daba la sensacion física del contacto de un terciopelo i cuyas sombras le recordaban la frescura de las hondonadas cubiertas de tupido i verde musgo.

En balde procuró evocar, para serenarse, los primeros años en que conociera a la niña, cuando aun

la veía jugar al aro por las solitarias calles del pueblo veraniego, soltero él aun, i en amores pasajeros con la hermana mayor. En aquel tiempo le llamaba la atención el porte distinguido de la pequeña, con su no sé qué del orgullo inconciente que podría tener una reinecilla hermosa. Mostrábase esquiva i despreciativa para él, lanzándole apénas por sus dos grandes ojos un poco de ironía i un poco de perversa malicia infantil. Lindo su pequeño rostro, revestido solo de suavidades, sonrosado lijeramente el blanco cútis que se adivinaba suave i terso, como si un soplo de juventud lo inflase de frescura. Dábanle deseos de besar, de morder sus finos labios despreciativos de muchacha rica en salud, nacida para triunfar en el mundo con desdenes. La impresion que guardó de ella a traves del tiempo era la de no haber escuchado jamas el tono de su voz; formando contraste con la ronca parlachineria de la hermanita menor i de la desarmónica voz de la mas grande, «su novia», la esmirriada amante de sus pasatiempos juveniles. Ella parecia reservar su voz, su voz que debia tener tibiezas i gracejos de andaluza trasplantada a la benigna atmósfera de nuestro suelo.

Despues de aquellas vacaciones, pasado el flirt veraniego, vinieron otros amores mas sérios i ya habia echado en olvido a la niña, cuando una tarde en que volvía de su trabajo vió que en el asiento de la góndola llevaba por compañeras a dos hermosas

mujeres; la una madura, espléndida, vestida con elegancia sóbria, i otra mas jóven, mui jóven, trajeada aun con las sueltas blusas de las colegialas. Madre e hija. Miró él a la madre, notó la singular belleza de la chiquilla i vió que ámbas lo observaban curiosamente. ¿Quiénes eran? ¿Por qué lo miraban con tal insistencia? En un principio su vanidad lo hizo pensar una locura; despues se dijo que bien pudieran ser jentes que conociera en tiempo remoto i cuyas facciones hubieran sido borradas en la memoria por el polvo de los años. Sí, ¿en donde las habia visto?... Las miró, las volvió a mirar; i siempre se encontró con los ojos de ellas clavados en su persona, un poco desasosegadas en su asiento por lo inquietud. ¿En dónde vió otra vez aquellos lindos rostros? ¿En qué parte habia visto aquellos ojos grandes, con suavidades de terciopelo o de musgo de hondonadas?

¡Ah, sí! Cuando se bajaba del tranvía se le presentó claro el recuerdo... Eran ellas, las antiguas conocidas del pueblo veraniego. Era la madre de aquella amada de un dia i era la chiquilla, la chiquilla cuya altivez i cuya maliciosa reserva produjo en él estraña atraccion, estraña timidez i respeto!...

Durante todo aquel dia del encuentro sintióse invadido por un vago enternecimiento. Parecia como que le azotasen el alma tibias brisas de primavera i de juventud, i por vez primera, despues de mucho tiempo, soñó, soñó con la injenuidad con

que se sueña en la bella edad de los primeros amores. ¿Por qué cuidó callarle a su mujer este encuentro i estas sensaciones?... Por el contrario, huía sus ojos de los de ella cual si temiese que le robase de las pupilas el pequeño secreto... Porque tuvo desde entónces un secreto, un ensueño para él solo... i se entregó á cultivarlo con la pasión de un enfermo a quien le fuera permitido gustar de fruta fresca despues de largo tiempo de dieta i privaciones. ¡Qué de locuras! Una sola vez nada mas volvió a divisar a la encantadora niña i las dos veces ella clavó sus ojos con insistencia perturbadora, con esa franca entrega con que solo los niños saben verter sus sensaciones. ¿Qué le decian aquellos dos ojos semejantes a grandes focos de luz crepuscular? Quizás nada, quizás no fueran sino dos ojos curiosos. Pero él tenia el propósito de que esas simples miradas le tradujeran todos los poemas imajinales de interés, de ternura, de injénno i purísimo amor, i se entregó con ánsia a sus ensueños locos...

¿Cuántas cartas no la escribió mentalmente advirtiéndola de supuestos peligros, aconsejándola, guiando su alma pura por un sendero de flores, cuidadoso de que sus tiernas plantas no tocasen con la mas lijera espina! ¡Se la imajinaba oyéndolo, pidiéndole consejo sobre los mas pueriles problemas, a los que él respondia, grave, franco, suave, fraternal i puro, ante su grande pureza de niña anjelical!

Un día se la imaginó pretendida por apuesto galán que deslizaba embriagadoras palabras de amor en sus oídos injénuos. ¡Cuántos sobresaltos! ¡cuántos temores!

—¡Fíjate, niña mia, obsérvalo, mira que puede ser un hipócrita!»!...—le decía en sus mentales cartas—No quiero para tí un amante vulgar que no sepa aspirar todo el perfume de tu alma florecida».

Estraña vida sentimental la que vivió este visionario hambriento de vagos ensueños en medio de la gran sequedad que resquebraja los eriales del mundo. Por las noches, despues de satisfacer el estómago, ahita la materia, desprendíase de cualquier modo de la tibieza de nido que invadía su hogar e íbase a recorrer los paseos solitarios, para lanzar el espíritu a las rejiones de donde vienen las vívidas miradas de las estrellas i en donde deben vagar las almas dislocadas de los poetas; estraño viaje que el hombre descontento necesita, quizás para compensar el vacío de una existencia que su débil espíritu no alcanza a dominar... Allí vivía un amor mas alto que el de todos los amores terrenos, cuyo deleite es fujitivo i engañoso como la pesada broma de un incitante fruto hecho de carton i colores por las artificiosas manos del hombre i agradable mientras no se hinca el diente en él.

—¿Me quieres?—preguntábale a la niña del ensueño.

I ella respondíale con voz de timbre velado, sin

mácula, armonioso como solo en la imaginacion se puede oír:

—Sí, te quiero.

—Yo, no necesito decírtelo—continuaba él—no necesito; eres para mí lo mas puro, lo mas hermoso, lo mas inmaterial que pisa la tierra. Mi afecto es fraternal, grande. Jamas mis labios deslizarán a tu oído una palabra que pudiera hacer sonrojar al anjel mas blanco del cielo. Un beso de tus labios, virgen prodijiosa, no produciria otra sensacion en mí que el roce de un fresco pétalo de jazmin sobre mis abrasadas mejillas de luchador fatigado en la áspera jornada. Tus brazos divinos, brazos de belleza, jamas los recibiré sobre mí sino para que descanses de los ultrajes que te hagan las miradas de los hombres.

I así trascurrió la vida durante mucho tiempo, mitad vivida en la superficie de la tierra, al igual que los demas, i la otra mitad mui adentro de su ser, hurtando como un secreto delicioso a los vivos la historia oculta de este cándido amor estravagante, temeroso que al ser puesto en contacto con la realidad, se desvaneciera como esas apariciones que asaltan al caminante en las noches oscuras i que la luz del sol disipa implacable. Ni a ella misma, a la misteriosa i blanca heroina de su novela íntima, hubiera deseado develar su pensamiento. ¿Para qué? ¿No vendria la realidad como siempre, con su cortejo de frias musas, a borrar toda

la graciosa, la nítida, la trasparente poesia que solo existe en la mente creadora? ¿No era acaso la graciosa chiquilla un pedazo de mármol al que el artista traspasó la parte bella de su alma para hacerla vibrar i hartarse en su propia contemplación?

¡La vida, la vida!... mui bella podria ser para algunos esa «profunda casquivana» pero para él nada valia sin su ropaje de melancólico ensueño, de ternura escondida i honda en que «los demas» no tuvieran poder para enporcarla.

Afuera, en la alameda, habian ido ensombreciéndose poco a poco los colores, i algunas luces comenzaban a apuntar en la oscuridad naciente. A lo léjos, se veian las pupilas de fuego, de los coches, que se aproximaban vacilando i agrandándose, miéntras los transeuntes cruzaban presurosos bajo los árboles ajigantados por la sombra.

La habitacion estaba a oscuras. Marco Antonio cerró los postigos, dió vuelta un botoncillo eléctrico i la luz invadió la estancia.

— Ah, si... Tana, mi mujer!

Acercóse al sofá i posó un brazo en el hombro de la jóven que permanecia aun en la misma actitud meditativa. Al contacto, ella se recojió como si la recorriese un súbito escalofrío; se llevó las manos a los ojos i rompió en un llanto nervioso, sollozando con fuerza como si de pronto le hubiese sido permitido desahogar el pecho de un grave peso de amargura.

—¡Susana!...¡niña!...

La abrazó, la apretó a su cuerpo con ternura i cubrió la faz anegada en llanto por besos de sincera pasión. No se defendía ella, preocupada solo de su pena, como un niño a quien le roban su juguete i no encontrando otro desahogo que las lágrimas, se deja consolar.

—Deja, Marco, deja...¡Tú no me quieres!

Lloraba con nuevo ímpetu i él, desconsolado, no sabía otra cosa que estrechar contra el pecho su cuerpo esquivo, de elástica dureza, mientras prorrumplía en vagas palabras.

—¡Pero si no es nada! ¡Si te quiero mucho, mucho!...¡Nunca mas, mira, nunca mas!

¿De qué culpa pedía perdón? El mismo no se lo explicaba bien.

Poco a poco las lágrimas fueron cesando, hasta que sólo quedó un ligero hipo que estallaba con intervalos cada vez mas largos. Permanecieron entonces enlazados, silenciosos, pensando... Por fin ella volvió la vista a él con el rostro aun rojo i húmedo por la anterior lluvia de diamantes i le preguntó entre dos pequeños hipos de sosiego interior:

—Nunca mas, nó?

El respondió, sin saber a punto fijo qué promesa era la que hacía.

—Si, te lo juro, nunca mas...

Se volvieron a abrazar, i ambos quedaron silen-

ciosos con las caras juntas i la vista ardiente clavada en un punto incierto. Se oía en la calle el traqueteo sordo del trotar de los caballos cocheros i un rumor mas grande, mas poderoso, aunque mas vago: el hervidero humano de la ciudad...

De allí, de en medio de ese mar de encontradas pasiones, de prosaismo i miseria, surjian blancas mujeres, mujeres graves, mujeres tristes, mujeres ardientes, mujeres ideales, con alas de cisne, que venian a aletear en torno del cerebro creador del poeta, pese a todos los juramentos i a todos los amores!





DIAS GRISES

Fué un casamiento triste, a la caída de la tarde de un día bochornoso de calor, en una capillita del barrio de los recoletos.

Asistían como testigos la madre de la novia, dos hermanas de la misma; vestidas de negro i cuidadosamente enmantadas, miéntras ellos, los hombres, vestían el traje ordinario de empleados de oficina.

Salió a recibirlos el cura, un sujeto de raiada sotana, moreno pálido, de profundas ojeras, ojos saltones i cabello enmarañado. Hablaba con voz breve, soñolienta, interrumpiéndose a menudo, con bostezos.

Como les dijera que esperasen un momento ellos lo aprovecharon para pasear en torno de los corredores sombríos con vidrieras de colores que cerraban la vista a un patiecillo interior. Observaron los

cuadros al óleo. Representaban estos la vida de Santa Filomena, consignada allí por una mano piadosa e injénua, primitivas fantasías de algun fraile amante del arte. En uno de ellos se podia ver a la mártir en presencia del rei bárbaro que solicitaba su mano, i el pintor, para espresar la maldad del ogro, habíale colocado una cabeza como de jabalí, con ojos inyectados, espantosos de lujuria. En otro de los cuadros aparecía la Santa maniatada contra un árbol i sus martirizadores le arrojaban flechas que al llegar donde la vírjen, retrocedían inflamadas, i, formando un estenso semi-círculo, volvían a herir a los que las habían arrojado.

Tiene el corredor un no se qué de recojimiento, algo de añejo i patinado que oprime el espíritu, que obliga a bostezar. Los circunstantes, aislados unos de otros, pasean con una mueca de contenida tristeza, se miran como si se quisieran decir algo i vuelven a vagar con aire aburrido, observando los muros i los cuadros.

Por fin el cura los llama desde la capilla. Es pequeña, sombría i misteriosa. Los mismos vidrios de colores que en la galería, en una pequeña claraboya del techo, dejan penetrar la indecisa luz del crepúsculo. Hai angulosidades suaves, muebles viejos, de barniz oscuro, todo bañado en penumbra de reposo i con un tenue perfume que no se sabría decir si proviene de los muebles, de restos de incienso o de ese leve perfume que dejan las mujeres a su paso.

Del fondo, en un ángulo, brilla algo en la sombra, talvez sea un reclinatorio, talvez un monje en meditacion. De todos lados parecen surgir en el silencio miradas ardientes, suspiros, bisbiseos de oraciones. ¡Cuántas esperanzas, cuantas súplicas, cuantas meditaciones tenebrosas habrán vibrado entre aquellas cuatro paredes sombrías!

En la testera se alza el altar, sobrecargado de bronces i flores artificiales. En el centro, una imájen de la vírjen, vestida de blanco i oro, estiende sus brazos como bendiciendo. Hacia ella se han dirigido los ojos de la fé, i muchos ojos bellos que habrán llegado llorosos hasta allí, han vuelto consolados por la imájen piadosa.

Pero los que ahora van a unir sus vidas bajo su amparo no tienen fé en el poder divino i ellos mismos se dicen que aceptan la bendicion parroquial tan solo por una fórmula. Por eso es que lo observan todo sin emocion i no ven en la imájen sencilla sino una muñeca ataviada grotescamente.

Cuando el capellan subió al altar i encendió algunos de los velones, él i ella avanzaron por el parquet barnizado, cojidos de la mano, entre el padrino i la madrina. Esta última rezaba con fervor.

No hubo solemnidad, ni ceremonias pausadas; el cura precipitaba la formularios, leia con rapidez, saltaba pasajes, como avergonzado el mismo de su cometido, indicando a los contrayentes las

palabras que debian contestar o los signos que debian hacer.

—¿Acepta por esposo a Pedro Cortéz? I soplaba, en tono mas bajo, con precipitacion—Diga: si, lo acepto.

—Si, lo acepto, repetia ella.

—¿Acepta por esposa a Corina Davison?—Si, la acepto

—Si, la acepto, repetia él.

En seguida se volvió hácia el altar i cojió unas moneditas de plata que entregó a Pedro. Póngalas en el hueco de las dos manos, i usted, recíbalas tambien en las dos manos, diga usted:

Estas son las arras que te ofrezco, mi esposa.

— Estas son las arras que te ofrezco, mi esposa.

—Está bien, está bien, afirmó el cura.

El novio hablaba gravemente, observando al sacerdote con sus grandes ojos miéntras este se apresuraba cada vez mas. El padrino hacia esfuerzos por contener la risa, no se sabia porqué; la madrina rezaba. La madre i la otra hermana, inclinadas al borde del altar tambien rezaban con fervor inusitado.

El sacerdote leyó en seguida a los desposados con rapidez creciente los deberes de los esposos entre sí, i tan lijero leyó, que con dificultad se alcanzaban a escuchar algunas de las frases bellísimas, que recojió la novia en su imaginacion.

«Sed como un jardín sellado». «Sed como vaso místico de perfumes»...

—Ya está—concluyó el cura con satisfaccion.

Aun se detuvo para asperjear a los circustantes con el hisopo de agua bendita i se marchó en seguida aceleradamente por una de las puertas laterales.

II

Pedro Cortez era un hombre sombrío. A los 20 años comenzaba ya a desesperar de su falta de direccion de vida, i como no tuviese otra cosa que emprender, se fué a las minas del norte en busca de fortuna. Recio de musculatura, no muy alto, de facciones toscas, de ojos grandes i claros, boca ancha i enérgica, imponía respeto al que se le acercaba, i aun mucho mas, cuando empezaba a hablar con voz convencida i lójica firme como el hierro. Pero a pesar de tan buenas cualidades para abrirse camino en esta lucha en que el triunfo es del mas fuerte, Pedro Cortez pasó cinco años en las minas sin conseguir la fortuna anhelada.

Habia dejado allá en la capital una rubia cabecita que mas de una vez apareció entre los reflejos del sol abrasador de la pampa, alentándolo a proseguir la jornada. Llegábanle de allá cartas ensoñadoras, impregnadas de esa injenuidad femenina casi pueril, pero siempre encantadora: «Es preciso

que trabajos—le decia—para que logremos libertarnos de una vez por todas, tu de tus trabajos i yo de este ambiente que me oprime cada vez mas».

I luego, algunos renglones que lo hacian perder la vista en un punto lejano i, por las noches, revolverse en el lecho con febrilidad estraña: «Viajaremos, iremos mui léjos a olvidar nuestras penas, i despues, no ha de faltar un rinconcito para fabricarnos nuestro nido».

Tambien, de vez en cuando, llegábanle ráfagas de amargura que lo hacian revolverse en cólera e impotencia, aguijoneado aun mas por su constante mala suerte: «Me hacen padecer—decia la letra femenina—en casa me torturan, mamá dice que nunca permitirá que me reuna con un hombre pobre como tú. Anoche he pasado la noche en vela, llorando por todo lo que me dicen i me aconsejan. Lo que hai de cierto es que como tardas mucho en volver, se intranquilizan i pretenden desviarme de tu cariño. Pero la vida se me hace tonta léjos de tí i aunque ellos no quieran, yo querré. ¿No es verdad que seria mui bello huir léjos, mui léjos, a ocultar nuestro pobre cariño?»

Estas palabras que talvez no tenian mas que un lijero baño de romanticismo, encontraban en él un eco profundo. Amargado en el trato con los hombres sentíase cada vez mas distante de ellos i no deseaba otra cosa que reunir lo suficiente para no morir de hambre e ir a ocultar su espíritu

convalesciente en un lugar solitario en que hubiese árboles, creciesen flores i cantasen las aves. Allí, en medio de aquella naturaleza espléndida, bañándose en el ambiente de los pinos i de los robles, se purificaría su espíritu i sus facultades alcanzarían una sana plenitud. Allí estaba para él la compensación de su vida hasta entonces solitaria en medio de los hombres, cada día mas solitaria; en la soledad iría a conquistar el alma que lo poseyera por entero i que a su vez fuese poseída por él.

Pero la fortuna tardaba en llegar, i cada vez sentíase mas azorado, mas inquieto. Comenzaba a notar que las cartas de la niña rubia se hacían mas literarias. Disertaba la cabecita loca, no ya sobre su amor, sino sobre la vida, sobre la profundidad de la vida, sobre Dios i sus arcanos, sobre las miserias del mundo.

Poco a poco fué apoderándose de Pedro una extraña inquietud que atribuía a los sufrimientos de la amada. En medio de la soledad de su destierro i de las brutalidades de sus faenas diarias, comenzó a soñar en fantásticos proyectos mui parecidos a los de la rubia cabecita romántica.

Ya era una fuga a través de los mares en dirección al viejo mundo, ya era la conquista de la fortuna, ganada, el uno junto al otro, en medio de privaciones i de miseria. ¿Por qué esta separación absurda por años i años en espera de algo dudoso i quimérico? ¿Por qué esa interesada oposición de los

padres que mucho se semejaba a una compra-venta?

I Pedro le escribió a su amada: «Iré en busca tuya. Estoy cansado de esperar. Nos reuniremos e iremos muy lejos a construir el nido de nuestras ilusiones».....

III

Pedro Cortez, a causa de su vida de trabajo duro i de los golpes recibidos en sus relaciones con los hombres, habíase acostumbrado a meditar sobre el mundo i sus cosas. I a pesar de que los hombres quedaban mal parados en su balance interior, no abominaba de ellos, i siempre habia una voz dentro de si mismo que los defendia. Deseaba, si, alejarse de sus círculos, porque comprendia que en su contacto perdía la serenidad, se agriaba su ánimo i sentia adversion por sus semejantes.

A causa de este retraimiento habia nacido en él una natural inclinacion por las cosas. Admiraba el cielo i se entendia con él, amaba las plantas, amaba el mar i sacaba de su contacto una enseñanza preciosa. Conmovíalo mas un sonido vago venido de la tierra que las mayores armonías, un perfume, enternecíalo hondamente i una brizna de yerba despertaba en su mente una infinidad de profundas reflexiones.

En los dias de fiesta, en el pequeño pueblecito en donde estaban situadas las minas en que servia

de ayudante de ingeniero, mientras todos sus camaradas se reunían a beber en la única taberna i a contar obscenidades, Pedro se encaminaba hacia la playa i pasaba el día tendido en las rocas, ya leyendo alguna obra de arte, ya fumando i embebiéndose en la infinita grandeza del mar.

Desde que había tomado la resolución de regresar a la capital, invadía una alegría casi pueril: permitiéndose beber algunas copas con los camaradas i soportar sus insulzas chanzonetas. Todo parecióle agradable en el puertecito, i las minas mismas, cobraron a sus ojos un encanto especial. Cuando ya se acercaba el momento de la partida, sintió deseos de quedarse, de no abandonar en la vida aquellos miserables trastos que habían constituido su mundo durante cinco largos años.

I luego, ¿qué es lo que iba a encontrar allá? Sus padres habían muerto, apenas si conservaba un pariente, viejo i maniático, con el que jamás pudo entenderse i que ningún cariño sentía por él. Iba en busca de ella, pero... ¿cuánto no habría cambiado durante todo este tiempo? La había dejado niña de 18 años i ahora la encontraría convertida en una mujer saturada de todas las malas emanaciones de un ambiente superficial. Quizas sino pudieran entenderse siquiera; no sería raro que la ilusión conservada por ambas partes a través de los años se hubiese cristalizado en la imaginación, i que, al tocar la nueva realidad, sufriera un profundo desencanto.

La capital misma, con su traqueteo mareador, sin duda iba a influir desastrosamente en su ánimo. El contacto obligado con las jentes, los convencionalismos, el natural embarazo del que ha pasado largo tiempo calzando zapatos ferrados i sombrero de corcho, todo contribuiría a desorientarlo i empequeñecerlo.

Pero sus reflexiones pudieron ménos que el ardiente deseo de cambiar de horizonte, ¡siempre el mismo! de ver árboles i de caminar sobre praderas verdes, i sobretodo, en fin, de avanzar un paso en lo que no se conoce, en lo inesperado, en el mañana incierto. Siempre será un placer picante, esquisito, esto de introducir la mano en un hueco en que *puede* haber una zarpa invisible que nos arrastre a un abismo.

IV

No sufrió desencanto, sin embargo. Despues de la travesía por mar, que para él era un martirio, puesto que apénas subía a un bote lo cojía el mareo, sintió la impresion de que sólo en ese momento nacia verdaderamente a la vida. Se operó en su ser como una resurreccion de facultades dormidas; apreciaba los colores en toda su intensidad, el aire, el movimiento mismo del puerto causole una sensacion especial de plenitud. Sus pensamientos tomaron una claridad inconcebible, los mayores pro-

blemas presentábanse con una solución evidente. I hubiera deseado tener por delante los mas grandes obstáculos para vencerlos con un soplo de su vigorosa voluntad,

Valparaiso cobraba para él un carácter de vida exuberante i plena. Salió a pasear por el malecon, subió a los cerros, vagó por las callejuelas estrechas que años atras se le imaginaron cauces de podredumbre, i despues, camino de Santiago, sacaba la cabeza por la ventanilla del carro para aspirar con avidez este aire benéfico que parecia salirle al encuentro como saludándolo.

La entrada a la ciudad fué para él una entrada de triunfo. Tanta jente, tantos corazones palpitando al par que su corazon, i todos sonriendo con una sonrisa tan afable, como si invitaran a decir confidencias. ¡I qué diferencia entre éstos i sus compañeros de destierro! Los mozos del servicio de anden, con sus gorros lacres i sus chapas de metal aparecian colocados en nivel superior a aquellos beodos tiranuelos.

Cada una de las comodidades que ofrece la civilizacion a quienes tienen dinero con qué pagarlas, le iban causando un nuevo deleite. Al salir del tren lo espera un mullido carruaje o un comfortable tranvia eléctrico, que lo lleva hasta la puerta misma de una hospederia. Lo instalan en una habitacion en que nada falta, agua limpia, toallas, lecho mullido, i si algo le llegase a faltar, ahí tiene el

boton eléctrico que hará aparecer como por arte mágico un sirviente que dirá con suave acento: «¿Le falta algo al señor?»

Pedro, apénas instalado, corrió en busca de la novia i tampoco sufrió decepcion. Un poco de frialdad en la familia, una pequeña turbacion en la jóven, pero, por lo demas, ahí, a dos pasos de su cabeza, tenia a la misma cabecita rubia que lo hiciera soñar en su larga ausencia. Sus ojos conservaban el mismo aire injenuo de hacia años, i le sonrian i lo enlazaban, quizás con mas intenso cariño.

¿Las dificultades? ¿la oposicion de los padres? ¿donde se han ido? ¿valia la pena haberle robado a la dicha un tiempo tan precioso?

Se unirian a cualquier costa, a pesar de todos los tropiezos, i concluiria para siempre esa tristeza honda, esa negra meditacion que ya iba pareciendo formar parte de su misma naturaleza. Allí el hogar humilde pero dichoso, allí la brega alegre por la existencia, i el triunfo próximo, fortalecido por los ojos sonrientes de su aniga!...

V

Así es que cuando los padres respondieron a su peticion de matrimonio, con una sonrisita irónica:

—«Está bien, señor, ¿i tiene Ud. lista su casa para instalar a su mujer?»

Pedro no se desconcertó i con voz grave i convencida, dijo:

—Nada tengo que responder a una observacion que estimo absurda. Si deseo unirme a la hija de Uds. es porque me creo con las fuerzas suficientes para darle el pan de cada dia, que es lo único que un hombre honrado necesita. Si no cuento con los medios necesarios para sostenerla, arrancaré las piedras con los dientes i debajo encontraré el sustento para ella i para mí.

—Es mui bonita la poesia, caballero, pero la realidad es otra, se lo aseguro: es Ud. mui jóven aun.

—Veinticinco años...

—I nosotros sesenta...

Entonces, Pedro, irguiéndose, exclamó:

—Está bien, arreglaré las cosas de otra manera, ¿es la última palabra de Uds?

Los ancianos volvieron a sonreir.

—La última, caballero, la última. No queremos que Ud. sea un desgraciado; crea en nuestra sinceridad. Ud. se deslizaria por una pendiente... ¡no conoce Ud. la vida, caballero!

Fué así como exasperaron estos padres crueles la paciencia de nuestro amigo Pedro, i como éste, a pesar de mofarse de los procedimientos románticos, concibió un maravilloso plan de rapto, que ejecutó punto por punto.

No faltó ni la escala de cuerda, ni el carruaje que espera perdido en la bruma de una noche

oscura, ni la fuga precipitada, ni faltó siquiera el escondrijo en los arrabales, cedido por una bruja mediante algunas monedas.

I allí pasaron horas bellísimas en que el sombrío Pedro Cortez desempeñó a maravillas su papel de Romeo i la alegre cabecita rubia pudo saborear las delicias de lo prohibido.

Desgraciadamente, se hizo necesario entrar en convenios con los padres por medio de intermediarios i pocos dias despues se efectuaba el matrimonio en una oficina de Registro Civil i luego, el matrimonio religioso en la pequeña capilla de Santa Filomena en una tarde bochornosa de calor, ceremonia humilde i triste, interrumpida apénas por el rezo fervoroso de la madre de la novia i los escépticos i exajerados bostezos del padrino

VI

Cuando volvian de la Iglesia cojidos del brazo, los invadia un malestar indefinible. Pedro llevaba la impresion de que *algo* dejaba tras de sí, o que algo habia perdido. Se palpó los bolsillos por un movimiento irreflexivo, i tambien volvió los ojos hácia la Iglesia en que se habian desposado.

En la puerta quedaba solamente la familia i ahora, solos, eran libres de amarse hasta la eternidad. Podrian construir ese nido tibio que se llama hogar, refugiarse el uno en brazos del otro, i deba-

tirse de ese modo de los golpes que pudiera proporcionarles la vida.

Al pensar en esto sintió un impulso de estrecharse aun mas a su compañera, decirle al oido que estaban mui solos, que si no se acompañaban mutuamente serian náufragos perdidos en el egoismo del mundo. Ella dejaba para siempre un hogar formado, para arrojarle en otro que todavia era eventual, un hogar que bien podria derrumbarse ántes de ser construido i si ésto sucediere, las puertas que uno mismo cierra, rara vez se abren de nuevo. —Amada mia, amada mia—repetíase Pedro para sí con infinita ternura, en el fondo de su alma.

Prometíase hacerla inmensamente feliz, i llenar todos los vacios que pudieran abrirse en su alma injenua a fuerza de un cariño inmenso e inagotable.

Pero a pesar de todo, sentia mui escondido en alguna parte de su ser un *no se qué* que si hubiera podido condensarse de alguna manera, talvez seria mas bien en una pregunta: ¿Para qué tanta agitacion? ¿qué diferencia hai entre el pasado i el presente?

En realidad, comparando el dia de hoi con el de ayer, en su espíritu resultaban todos con igual arquitectura, todos maravillosamente ordenados para que resultasen iguales. Aquellos en que hubiera creído ser feliz, como aquellos en que se creyera desgraciado, tenian igual suma de dolor i alegria. Porque, ¡cosa estraña! en el placer real, en el que

se *vive* con la materia i el espíritu, resulta, venido quizás de donde, un sentimiento oculto de desventura, i vice-versa.

En aquel punto de sus pensamientos, Pedro sólo sentía un enorme vacío, un cansancio de vida, una indiferencia absoluta por lo que ha de venir. ¿La miseria? bien, ¿la fortuna, el amor, el aislamiento?

I mientras se estrechaba al delicado brazo de su amiga i la besaba con los ojos en sus labios frescos, se hacía una reflexion: ¿Habré hecho bien en unir esta vida a la vida mia? Desde hoy en adelante, cada uno de mis pasos, el menor de mis jestos, tendran una repercusion en ella. ¿Valia la pena haber hecho todo eso? ¿no continuaba la vida igualmente impasible con sereno paso hácia un límite cierto?

Caminaban a pasos lijeros, uno junto al otro, rozándose casi todo el cuerpo i cada cual pensando por su cuenta.

Ella pensaria quizas en el grupo de sus parientes dejados en la puerta de la iglesia i que aun estarian allí, entre llorosos i compasivos, viendo como se alejaban los prófugos hasta perderse de vista. O pensaria quizas en el hogar futuro, ese que hasta ahora sólo se levantaba en sueños, magnífico de sencillez i sobriedad. Pensaria en ángeles rubios, en labios con sabor de frutas, en piernecitas bullidoras que zapatean impacientemente en torno de unas faldas graves i cariñosas.

Entonces él sintió deseos de preguntarle por primera vez:

—¿En qué piensas?

Ella preguntó a su turno.

—I tú, ¿en qué piensas?

Ambos quedaron sin respuesta; azorados, confusos, con la impresion de haber olvidado algo, un no sé qué, en la capillita distante, aquella en que un hombre los habia unido por toda la vida en nombre de Dios.

VII

I mientras hacian los arreglos de su casa en los alrededores de la ciudad, Pedro apenas podia disimular un mortal cansancio que no lo dejaba un momento de reposo.

Por fortuna ella tenia alegria por los dos i trajinaba, fresca, riendo con cristalinas carcajadas, ordenando los muebles, limpiando los pisos, dispuesta a todo; respirando salud.

I gracias a ella hubo durante los primeros meses una sana armonía. Se arrullaban mutuamente, i solian hacer largas escursiones por los alrededores solitarios.

Solo a la caida de la tarde, despues de haberse creido alegres durante toda la jornada surjia maquinalmente una pregunta sencilla i aterradora.

—¿En qué pensaban?

Tornábanse graves, i una muda tristeza recorría sus miembros en un estremecimiento helado.

VIII

Por las mañanas, mui temprano, Pedro levantábase sin hacer ruido para no despertar a su esposa i abandonaba la habitacion en que la atmósfera era cálida i enervante. Dilataba el pecho con suprema satisfaccion ante el aire matutino. Su espíritu parecia estenderse por los campos en que aun las nieblas se tendian soñolientas i perdía la vista en los borrosos contornos del horizonte con una indifinible sensacion de gozo.

Tomaba entónces un grueso baston i sin hacer ningun ruido, como niño que aprovecha del sueño de sus padres para penetrar en el huerto vedado, se echaba a caminar por el pasto cubierto de rocío, saltaba los cercos i curvaba con voluptuosidad su dorso para recibir la caricia de los primeros rayos del sol.

Su escursion terminaba jeneralmente en una alta pirca tras de la cual se estendia un camino que iba a perderse en el horizonte entre lejanos matorrales. Trepábase sobre la tapia i contemplaba largo tiempo el paisaje.

¿Pensaba? ¿soñaba? ¿en qué?

Desde este punto se descubria casi toda la campiña libre, se divisaban las montañas, i allá en el

lado opuesto debería estar el mar infinito batiendo sus ansias contra la enhiesta playa.

Pedro hubiera deseado lanzarse a través del espacio, remontar las diáfanas neblinas, correr por el amplio camino, trepar las cordilleras i sentir en los labios el frío hielo de las nieves.

Sentía de un modo vago i confuso todos estos deseos, pero; i porqué i para qué? ¿No se habían realizado todos sus antiguos sueños?

Ella era alegre, dulce i sencilla como la había soñado. Ella lo amaba con una pasión inmensa, como él la había soñado. Ella i él se poseían con el cuerpo i el alma. Bastaba que el uno estuviese al lado del otro para que fluyese entre ellos una atmósfera ardiente i para que sus bocas se juntasen en un largo beso.

Un jesto de la amada lo hacía desfallecer, una mirada lo hacía sentir un inefable deleite. ¿Qué le faltaba?

¡Oh, sí, qué le faltaba!

En algunas ocasiones, contemplando ciertas cosas i en determinados momentos sentía una paralojización. Le parecía que nada había cambiado de lo antiguo, que siempre era el mismo de cuando marchaba sólo por el mundo. Entonces sentía una extraña molestia i sacudía la cabeza para despertar a la realidad.

IX

Por las tarde ella iba a esperarlo al otro extremo del bosque que los separaba de la ciudad en que Pedro tenia su trabajo.

Habian adquirido la costumbre de darse un beso en el momento de estrecharse las manos. En seguida él le entregaba un pequeño envoltorio que solia traer consigo i sacudia lijeramente los hombros como para descargarse de todo el bullicio i de todo el inútil bagaje que las grandes poblaciones echan sobre sus habitantes.

Volvian con lentitud, cojidos por el brazo, conversando, bajo los árboles, contándose sus impresiones del dia. A medida que avanzaban por el bosque, todo iba quedando mas i mas léjos del ruido de la ciudad, i cuando llegaban al borde de la laguna, la paz se hacia solemne. Con majestad i armonia agrupaban su ramaje los árboles; las aguas quietas i límpidas los reflejaban en su fondo, formando un segundo bosque, aun mas misterioso i quieto que el primero.

Detras del último baluarte de árboles, asomando su techumbre entre las mas altas ramas, aparecia la querida mansion. Era el vasto caseron de una granja abandonada. Los dos pisos, de paredes viejas, parecian sostenerse milagrosamente entre los dos torreones de los extremos

Cuando los sorprendia la noche por el camino, podian divisar desde mui léjos, entre los árboles, una lucecita inmóvil que parecia abandonarse a una dulce somnolencia. Era la llama del hogar encendida que la criada Cipriana, en espera de sus amos.

X

Despues de comer, Pedro acostumbraba cerrar las ventanas que daban al bosque. Sentia miedo de aquellas sombras de árboles ajigantados, de aquellos rumores misteriosos que parecian esperar las tinieblas i el silencio del bosque para vivir.

—Eres tímido, Pedro... ¡pareces un niño!—díjole un dia su mujer.

—No lo sé, pero... éstos árboles, como congregados para cobijar las palpitaciones de la tierra, tienen algo de siniestro... Debe ser mui valiente quien se atreva a colocar su espíritu frente a un gran espíritu desconocido.

—¡Pobre Pedro!

—Chist... ¿sientes?

Ella abrió los ojos.

—¡Qué!... son los perros que ladran!

—¡Ah!... tu no puedes oír!

—¡Niño!

—Tienes el alma sana, Marta. ¡Protéjeme, tú!

Preferia Pedro retirarse a tomar aire despues de

comer a una pequeña terraza que miraba hácia el jardín de la granja, en el lado opuesto al bosque.

Desde allí se veían, entre grupos de árboles dispersos, las luces videntes de un presidio. Centenares de almas vejetaban entre los muros espesos custodiados por torreones i centinelas. Pedro sentia ménos terror por aquél bosque de almas, de angustias i martirios, que por el que daba sombra a las ventanas de su mansion. Llegaban de allí los gritos lejanos de los centinelas, como lamentos de una penetrante i lánguida melancolía.

¿Dormían ya los pobres encarcelados del cuerpo? ¿En dónde se refujiaban sus pensamientos libres i malditos?

Sobre las duras baldosas, en las cuadras inmundas i pestilentes, o en las celdas negras como tumbas, se revolcaban, quizas, en un ajitado sueño. Sus espíritus fuertes parecían levantarse en las tinieblas entre columnas de pestilencias i llamaradas de pasión. ¿Eran los vencidos? ¿o los vencedores?

Pedro no sentia compasión por ellos.

Estremeciáse, sí, pensando, con goce áspero e indefinible, que quizas hallaría su felicidad ocupando un puesto entre sus muros i sus frias cadenas.

XI

Algunas noches se sentaban ambos en la terraza i pasaban largas horas en silencio. Ella solía apo-

yar una mano en la de Pedro, o acomodaba la cabeza en su hombro. De este modo quedábanse alentando dulcemente, sintiéndose vivir en el silencio de la noche.

—¡Sientes, Marta!

—Sí.

—¡Ha graznado un buho!

—No son buhos, son lechuzas, Pedro. Como la casa es vieja i destartalada, han hecho sus nidos en el alero. No encuentro nada de particular. Hoi, en el dia, he descubierto dos nidos encima de las piezas del jardin... No encuentro nada de estraño!...

—¡Oh, no hables!...Entremos!

I Pedro, palpando con manos temblorosas el respaldo de su silla empujaba lijeramente a su esposa para cerrar la puerta cuanto ántes.

XI

—Marta.. he despertado oprimido por un angustioso sobresalto. Parece que se ha desencadenado una tempestad. Pero, ántes, mucho ántes, cuando aun la noche estaba serena, he despertado varias veces al sonido de una estraña voz. He encendido luz i te he estado vijilando mientras dormias. ¿Soñabas algo?...¡no recuerdas!...Sin embargo, te debatias en el sueño i proferias lijeras exclamaciones. Tu rostro tomaba una espresion de violento terror i te ocultabas con las manos como de

un peligro terrible. Por un momento has abierto los ojos i me has mirado de un modo... de un modo...

No se cómo he tenido valor para observarte durante tan largo rato... Cuando abristes los ojos vi que tus pupilas no eran las mismas de siempre... me pareció que la niña del ojo se dilataba hasta cubrir la cuenca por entero. Mi curiosidad ha sido mas violenta que mi terror, i te he observado hasta el final. Es indudable que en ese instante tu veias algo. Me miraste, i parecias suplicarme... ¡Luego, como si hubieras comprendido algo, de repente, has dejado caer los brazos, i has suspirado moviendo la cabeza con un dolor que yo no te conocia. Tu cabezita blonda adquirió en esos instantes una gravedad inquietadora; he leído en todo tu ser una firmeza de espíritu que no habria sospechado jamás... Has suspirado con el mismo dolor intenso que suspiraria el que conociese la amargura de toda una vida... ¡dime! ¿Soñabas? ¡No recuerdas nada!...

Despues, ha silbado afuera el viento con mayor fuerza, las ramas de los árboles han urgueteado las ventanas como si pidiesen que abriera de prisa... Un sordo estruendo en el bosque me ha indicado que algun gran árbol ha caído por tierra. ¡I cosa estraña! Esta vez no he sentido miedo de la furia de los elementos. Escucha el trueno... Un relámpago ha atravesado la pieza como una cuchillada. Mi corazon vibra con el entusiasmo de los guerreros que oyen el clarin de guerra...

Marta, ¡durmamos, arrullados por la tempestad!...

XII

La melancolía fué apoderándose del espíritu de Marta, la rubia, la alegre... El alma de Pedro era poderosa i la bella flor iba marchitándose con su aliento de fuego.

Pedro fué haciéndose cada vez mas huraño. A veces quedábase mirando con reconcentrado furor el rostro de la jóven i, despues de un largo silencio, preguntaba con acento malévol:

—En qué piensas?

Marta guardaba silencio. Cada vez sus suspiros iban haciéndose mas i mas profundos. La palidez borró las rosadas tintas en las mejillas i el rostro fué ahuecándose para darle paso a hoyuelos en que la sombra encontraba sitio.

—¡En qué piensa! ¡Ah, la maldita,—mascullaba Pedro para sí.

Un dia en que las nubes encapotaban el cielo i la lluvia repiqueteaba en los cristales, Pedro pasó la tarde tendido en su lecho. Marta alentaba con suavidad, mui cerca de él, tendida a sus pies.

Pedro la observó por largo espacio de tiempo, i una alegría angustiosa se apoderó de su ser. Un rayo diabólico brillaba en sus ojos.

—Dime, Marta, ¿me amas?

—¡Te amo, ya lo creo!

—Yo tambien.

Por instinto la jóven se replegó en si misma como para recibir un golpe.

Pedro paseó la vista por su cuerpo...

—Aunque estás delgada... tus formas son espléndidas!... Dime, Marta... ¿Serías capaz?...

—¡Habla, Pedro!

—¿Serías capaz de engañarme, de... entregarte a otro hombre?

—¡Pedro!

—¡Si, que otro te poseyera... bestialmente... que besará tus ojos... que restregara sus barbas en tu rostro delicado... ¡I que yo pudiera verlo! ¡en mi presencia!...

Un sollozo, a sus pies, lo interrumpió. Hubo un silencio angustioso en la estancia. Una racha de viento golpeó con mayor fuerza en los cristales.

XII

En adelante no pudo mirarlo sin que un deseo maligno se levantara en su espíritu. Sentía un placer cruel en martirizarse. No se podían mirar en los ojos sin que tuvieran que bajarlos en seguida, estremecidos por la turbacion.

Poco a poco fueron acostumbrándose al silencio i cada uno se replegó en sus propias meditaciones. Un vacío se formó entre ellos i en este vacío se fué condensando una niebla intranquilizadora que los separaba cada dia mas.

Sin embargo, habia ligeras treguas, límpidos dias de sol en que se arrojaban el uno en brazos del otro, sollozando, perdonándose en un beso todos los tristes dias de amargura dejados a la espalda.

Entónces ella le decia:

—Estas enfermo, Pedro; es preciso que salgas al espacio libre...¡No te encierres en nuestros viejos muros...camina...sal a viajar...vé hácia el mar... arroja de tu espíritu esa pústula...esa gangrena que te roe!

—Sí, Marta...¡estoi enfermo!...Anoche he soñado que salia a un largo viaje...Mi alma despertaba a medida que se me abria el horizonte como de una pesadilla... Caminaba hasta llegar a un valle cerrado por montañas...en él habia un edificio de grandes dimensiones, mui semejante al presidio que desde aquí se divisa. En un principio nada me llamaba la atencion. Sonreia el cielo, cantaban los pájaros entre los árboles i la grandiosa mansion con su arquitectura medioeval no me causaba sinó una agradable complacencia. Pero he aquí que siento deseos de entrar, i busco ansiosamente una puerta. Paseo en torno de las murallas, lo escudriño todo i no me es posible encontrarla. Al fin, despues de una larga peregrinacion, doi con una pequeña puerta. Procuro abrirla i las hojas de hierro se me resisten, golpeo i solo responde el eco a mis golpes. Entónces percibo un signo de interregacion que cruzaba la puerta como una estraña insignia herál-

dica. Me invade una indecible angustia. Deseo entrar; deseo saber la vida que se vive dentro de esos muros! Golpeo, procuro buscar una rendija, pongo el oido contra la muralla. En el interior se oye un ruido sordo, que anuncia una vida ajitada: talvez es un estertor, talvez es ruido de fragua... Una angustia creciente se va apoderando de mí. Entónces golpeo con furia, remezco los barrotes, arañó, doi cabezadas, procuro morder el hierro con mis propios dientes... El signo de interrogacion parecia burlarse de mi impotencia...

Marta lo escuchaba con los ojos abiertos. Pedro se detuvo.

—I despues...¿has despertado?

—Si...me oprimia angustiosamente contra tu pecho i mis manos parecian dispuestas para desgarrarte..

—¡Pedro!...

—¿Qué, Marta?

—¿Serías capaz de matarme?

Pedro suspiró i no dijo nada.

XIV

Pedro no se decidia a viajar. Sus escursiones no pasaban de la pirca de los potreros o de los muros del presidio o de los lindes del bosque.

Pasaba bajo los árboles hundiendo los pies en las hojas húmedas i recibiendo sobre su cabeza las

gotas de agua que destilaban los negros brazos de los árboles.

Horas enteras pasaba al borde del lago en que se reflejaba su imájen, como si escrutara en su propia fisonomía un misterioso problema.

I cada día se hacía mas sombrío, mas terco i brutal.

Una vez en que estaban solos en la estancia i mudos como de costumbre, Pedro levantó la cabeza para preguntar:

—Marta... ¿Nunca te he golpeado?

—¿Por qué esa pregunta?

—¡Dime! ¿nunca?

—Jamás, Pedro...

—¿I si te golpeará?

Marta lo observó tímidamente, recelosa. Ambos vibraban de emoción.

—Serías un... ¡Oh, pero nó!...

—Dí, Marta...

—Serías un cobarde, un loco... pero tú no harás eso

Pedro se acercó a ella.

—Sí, tienes razón... sería un cobarde... un loco... ¡Te voi a pegar!

Levantó el brazo, i sin apresuramiento, le descargó un golpe en la mejilla. Ella cayó de bruces. En seguida, con una voluptuosidad infinita, dejó caer su brazo sobre el delicado cuerpo de su mu-

jer, una i varias veces, hasta dejarla tendida, sin aliento.

Esa noche la pasó Pedro sollozando en un ángulo de la pieza. Ella mismo tuvo que consolarlo como a un niño.

XV

I sin embargo, a él le parecia que la amaba cada vez mas.

Desde que la golpeará por primera vez, comenzó a volver del pueblo a altas horas de la noche. Llegaba enlodado, chorreando agua cuando era noche de lluvia, con los ojos inyectados por el licor, i con el cerebro preñado de negros pensamientos.

Así pasaron dias largos, dias lentos i angustiosos para Marta.

Lo esperaba todas las noches mui inquieta, como estremecida por el riguroso frio del invierno, con la vista fija en el fuego, ¿Pensaba? ¿Recordaba los venturosos dias de sol?

De vez en cuando abría mas los ojos i se estremecía en silencio.

Una noche Pedro no volvió. Lo esperó hasta el amanecer i entónces salió en su busca. Lo encontró bajo los árboles, junto a la laguna, con el rostro hundido de lodo.

En casa, cuando Pedro no la golpeaba, pasaban

largas horas el uno junto al otro, mudos i con la cabeza inclinada sobre el pecho.

XVI

—Es preciso concluir con esta existencia absurda, Pedro... Si no me amas, márchate o permite que me marche...

—¡Es que te amo, Marta!

—¡Tambien yo!... si me fuera de tu lado yo me moriria lentamente. La vida se me haria incolora i vacía. ¡Salgamos los dos, Pedro! ¡Huyamos de esta mansion tétrica en que graznan los buhos, en que se escuchan los cantos de los centinelas del presidio el viento silba rumores estraños en los árboles del bosque. ¡Huyamos, Pedro!

—Es que en otra parte yo me moriría, Marta. Yo amo este bosque sombrío i húmedo, este lago en cuyo fondo parecen cantar sirenas, este terror misterioso que se desprende de cada una de las cosas. Sí, Marta, yo deseo vencer este espíritu estraño que me domina...

—¡Pedro! ¡por nuestro amor!

—No puedo... O morimos o vencemos.

XVII

¿Vencer? ¿a quién? El no lo sabia. ¿Seria a esa mano negra que desde lo alto parecia tenderse so-

bre su hogar, convirtiendo los días, con su sombra, en monótonos e igualmente grises? ¿Era a esa angustia vaga por algo que no sabía? ¿Era ese fantasma que se le representaba como un enorme signo de interrogación colocado sobre una puerta tapiada?

Apretaba los puños i amenazaba a un ser desconocido, prometiéndose vencerlo.

XVIII

—¿I si yo me matase?—preguntábase a menudo Pedro. Si yo colocase el cañon de un revólver en mis sienes?...

¡Si estuviese ahí la solución! Mi cuerpo cesaría de vivir!... En otros términos: la fuerza que obra sobre él lo abandonaría... ¿Para refugiarse a donde?

Por qué si *esta fuerza* existe secundando a la materia i forma con ésta el ser humano, el hombre... una vez que pierde ese objeto, queda cesante!... En el momento en que *esta fuerza* se aparta de la materia, dejará, pues, de interesarle su antigua combinación. Si en el agua se aparta el oxígeno del hidrógeno por medio de la electricidad, ni el oxígeno ni el hidrógeno se interesarán por el agua que en conjunto formaban... La materia, pues, contribuirá despues de la separación, su evolución conocida, mientras que el espíritu continúa la suya. ¿Qué me importa a mí, conjunto de materia i espíritu, que el espíritu resuelva su problema, sino re-

suelvo el mio, mi problema de ser humano? Mi espíritu será tan ajeno a mí como cualquier elemento es ajeno a sus compuestos. Ni aun en el caso de que mi vida humana sea consecuencia o accidente de otra vida superior i conciente, aunque mi espíritu fuera parte o esclavo de esa vida superior, i despues de mi muerte entrase en el secreto de mi vida no seria esto una garantia para mi ser humano.

Es necesario que yo resuelva mi problema en mi vida misma. El suicidio es una torpeza.

Sin embargo, Pedro Cortez compró un revólver i lo llevaba siempre consigo.

XIX

Pedro pensaba:

Mi vida se desliza monótonamente. A millares de vidas ocurre igual cosa: siempre es la vulgaridad quien riye nuestros actos. Se pasea, se juega, se charla, se escribe, se piensa, se enferma i se muere... Podria yo internarme en el mundo i danzar i reir como todos; no por eso mi fin seria ménos cierto i mi ignorancia ménos absoluta.

En cambio, en la soledad i el silencio escucho las voces misteriosas i solemnes que en medio de la batahola es imposible oír... i una estraña inquietud se apodera de mi espíritu. Algo inesperado i siniestro se alza sobre mi cabeza como una sombra sin límites. Siento el peso sobre mi espalda i no



me atrevo a dar un paso por temor de que sea aplastado al menor movimiento.

XX

He aquí que yo amo. Amo i soi amado. ¿Soy amado? Sí, nada me puede hacer pensar lo contrario. Estaba yo solo, completamente solo en el mundo. ¿Qué significa estar solo? Estar solo significa no tener pensamientos comunes con persona viviente. No saber que en cada minuto de la vida hai *álguien* que sueña en idénticos sueños que los míos, que no levante yo del suelo una brizna de yerba sin que *la* que me acompaña no se interese tanto como yo mismo en mi movimiento. Alguien, en fin, que acompañe mi alma dentro de mí mismo.

Ella se interesa por todos los actos de mi vida, desearía hacerme feliz, desearía poseer hasta el último de mis pensamientos. Yo deseo otro tanto con respecto a ella. Nos amamos, deseamos ser el uno del otro. ¡No basta el amor para sentirse acompañados!

Yo le hablo de mí i ella aprueba con la cabeza. ¿Ha comprendido? ¿Han sido mis palabras tan precisas que reflejaran en su alma mi estado de alma? Ella dice que sí... ¿lo sabe ella acaso?

I si yo la torturo siento un acre placer. Mientras mayor es la tortura, mayor es el placer.

Idéntico extraño goce lo he sentido solamente en

sueños una vez que un brujo me pasaba para que lo bebiera un elixir fabricado con sangre de vírgenes. He llevado la copa a los labios i el infierno se iba a abrir ante mis ojos...

XXI

Pedro Cortez fué convirtiéndose en un ser estravagante.

Un dia atravesaba un bosque sumido en las sombras i oyó que lo llamaba una voz desconocida.

—¡Pedro Cortez!

Pedro se volvió i no descubrió a nadie.

—¡Pedro!—repitió la voz.

Este preguntó:

—¿Qué?

Solo el silencio le respondió. Cuando ya reanudaba la marcha sintió de nuevo la voz.

—¡Anda, Pedro!

Los cabellos se le erizaron. Sin embargo interrogó:

—¿Adónde?

La voz guardó silencio. Mas apénas habia dado el jóven dos pasos cuando oyó de nuevo:

—¡Anda, Pedro!

El jóven, temblando de pavor, apresuró la marcha.

—¡Anda, Pedro!—gritaba la voz a su espalda.

XXII

I el invierno se iba haciendo mas i mas siniestro. Soplaban el viento haciendo crujir los árboles, graznaban los buhos, los pinos inclinaban sobre la mansion de Pedro como si les llamara la atencion una cosa conmovedora.

Del presidio, a traves del viento, se oian de vez en cuando los largos i lastimeros gritos de los centinelas i sus luces temblaban en el pavor de las sombras.

Miéntas tanto, Marta petrificábase en su asiento, junto al brasero, sin derramar una sola lágrima.

XXIII

I una noche, cuando ménos se pensaba, todo terminó.

Pedro volvió tarde a su casa. Sin embargo, no había bebido una gota de licor i su cerebro estaba lúcido.

Al aproximarse a la casa, entre la lluvia i el fango, se le ocurrió repentinamente una idea.

Entónces atenuó sus pasos i se aproximó con sigilo. En el piso inferior habia luz; Marta debia de esperarlo.

Como la puerta estaba cerrada, para no llamar la atencion saltó las tapias del huerto. Los perros

ladraron con furia, pero se calmaron al sentir su voz.

Al subir la escala temblábanle las piernas i palpitábale con fuerza el corazón.

El corredor estaba iluminada por la luz de una de las ventanas; era posible observar el interior. Avanzó con mayor sigilo aun hasta llegar delante de la ventana i miró con avidez.

Marta estaba sola. Como de costumbre, sentada junto al bracero, con la vista inmóvil, las manos sobre las faldas. Su semblante estaba visiblemente contraído. Sin duda pensaba. Pedro avanzó el rostro hasta tocar los cristales. ¿En qué pensaba? ¿Pensaba en él? ¿Pensaba en él con amor o con odio?

En ese momento Marta se estremeció. Luego su fisonomía cobró una espresion de terror i alargó los brazos como para suplicar o detener a alguién.

—Tiene miedo— pensó Pedro.—Quizas tiene miedo de mí.

Se la representó repentinamente tal como la conociera; niña de 18 años, fresca, alegre, sencilla... i la comparó con la que tenia delante. Una oleada de lágrimas se agolpó a sus ojos.

—Yo soi el único culpable— se dijo.

Tuvo deseos de entrar i cubrirla los ojos de besos, arrodillarse i besar la falda de su vestido. Pero se detuvo i miró con mayor intensidad. Nunca la habia visto así. Sus facciones tenian en ese momento una sensibilidad extrema. Todos los movi-

mientos de su rostro i de su cuerpo le pertenecian solo a ella. Eran sus movimientos. Los movimientos de ella, los verdaderos, los únicos: no era posible dudarlos. ¡I él los veía por la primera vez!

Sintió vergüenza i se preguntó:

¿Soy yo el culpable?

Hacia seis años que se conocían. Seis años que creían poseerse el uno al otro. Pensaron que reuniéndose concluirían con el vacío de la soledad i estaban ansiosos de ternura, de amor. Se reunieron i tuvieron ternura i amor. ¿Pero, había concluido el vacío de la soledad? Era evidente que nó. Ni siquiera se conocían; ninguno de sus pensamientos podía traspasar los límites del cuerpo para transmitirse al otro. Luego la soledad era del alma.

Marta abatió la cabeza sobre las faldas. Pedro echó mano al bolsillo i sacó el revólver.

—¡I si la matara!—se preguntó.

Un gemido cruzó el espacio a través de la noche. Era el alerta de los centinelas. Pedro comenzó a sentir el mismo supremo goce que sintiera al insultarla i al golpearla tiempo atrás. Un espasmo le hizo temblar el cuerpo. La fiebre se apoderó de sus manos.

—La voy a matar — pensó. — Estoy a dos pasos de ella con el arma en la mano i ella está preocupada solo de sus pensamientos. En este momento sonríe. Quizas algún agradable sueño acaricia su mente desolada.

Una racha de viento un poco mas fuerte le trajo algunas gotas de la lluvia sobre el rostro. Pero él nada sentia.

—La voi a matar—pensó.

Levantó el gatillo i oprimió el revólver. Hizo los puntos sobre la cabeza de su mujer. En ese momento ella volvió el rostro hácia el lado opuesto, hácia el lado del bosque. Solo se distinguia el manchon negro de la ventana, abierta como la entrada a una caverna monstruosa.

El gatillo cayó. Marta volvió el rostro aterrizada. Exhaló un grito estridente. Pedro miró con avidez: no estaba herida. La bala habia cruzado los vidrios i habia ido a perderse en la otra ventana, al bosque vecino.

Un terror loco, invencible, se apoderó de su ser i apretó tres veces el gatillo.

Un segundo despues de la última detonacion todo quedó en silencio. En la habitacion Marta yacia por tierra, inmóvil. Solo entónces el corazon de Pedro comenzó a latir con regularidad. Volvió la vista al patio é hinchó el pecho con una satisfaccion indecible. Le parecia que se hubiera despojado del peso de toda la bóveda celeste que gravitara sobre sus hombros. La lluvia caia con igual insistencia i los perros ladraban con fuerza. Del presidio llegaba un largo grito, como una invitacion cálida venida a traves de las tinieblas.

XXIV

Pocos meses despues se paseaba entre los muros de la prision un hombre de ojos claros e injenuos. Tenia el aspecto de una persona alegre i cuyo corazon fuera lijero como el de las aves del cielo. Nadie hubiera reconocido en él al sombrío Pedro Cortez.

Sus compañeros lo conocian como un hombre perfectamente equilibrado, i a menudo acudian a su clara intelijencia para que resolviera sus sencillos problemas.

Nunca se le veia triste. Un dia que fué interrogado que por qué estaba en prision, él respondió sencillamente:

—Por haber muerto a un fantasma.

I no dió mas esplicaciones.

¿Era un loco?

Sin embargo, no lo parecia.





EL AMOR AL CAMPO

—Pero ¿puede Ud. abominar de la ciudad?

Esta pregunta habia asomado a los labios de mi amigo en mas de una ocasion. I hacíalo con un jesto tal de asombro, compasion i hasta desprecio, que no podia yo ménos que guardar mi emponzoñada réplica.

Mi buen amigo, al ver que yo bajaba los ojos i escondia mi pensamiento, me daba entónces una leccion, entornándo los ojos con fatuidad de gordo dandy, pavoneándose con despreocupacion de hombre superior:

—Nó, jóven... La ciudad es un producto de la civilizacion. Si no hubieran ciudades ¿que seria de nosotros? ¡Estariamos como en el tiempo de los salvajes, amigo mio!... Tenemos teatros, paseos, comercio, industrias ¿qué nos falta?... ¡I se pasa

aquí tan bien!...Mire Ud. este lujo, esta elegancia, este refinamiento! .¡Quiere usted buena música?... ¿quiere usted charla sensata, alegre, correcta? ¿quiere usted buenas maneras?

Ya sabia yo que mi amigo pasaba por dominador de una lójica magnífica. Sobre todo un argumento:

—¡Se pasa aquí tan bien!

I lo decia con un jesto tan noble, plantado delante del escritorio de su oficina ministerial! Asomaba su doble barbilla sobre el cuello almidonado, albísimo, con tanta complacencia de hartura; redondeábase la curva de su abdómen con tal suave satisfaccion bajo el chaleco de fantasia modernista, que no cabia duda de su sinceridad. ¡I su cara mo-fletuda, perfectamente rapada! ¡I sus gruesos anillos de oro en el meñique! ¡I sus perfumes! ¡I su traje entallado! ¡I su modo de andar perezoso, posando los piés como con delicia sobre esta benigna tierra!... ¿Podria alguien sentirse descontento cuando él lo pasaba tan divinamente?

En verdad que mi amigo habia estudiado lójica en un colejio aristocrático, chic, i yo, pobre diablo, sólo conocia la que anda por ahí, de labio en labio, en miles i millones de labios amoratados i marchitos!

Un dia me contó qué él i «amigos» habian cojido en la noche anterior una borrachera de champagne. «¡Eso si que se llamaba gozar! Comida de trein-

ta cubiertos, una cantidad de platos con nombres raros i rios de vino jeneroso!»...

—Por lo demas, el campo, jóven—me decia— es aburridor, tonto. No comprendo como puede usted pasar la vida soñando con irse a vejetar en una mala casucha, rodeado de árboles i de insectos dañinos. Ir de veraneo, pase...Sobretudo, cuando nos acompañan muchachas bonitas, buenos compañeros. ¡Pero irse a vivir al campo! ¿Qué haria usted por las noches en que no cruza un alma por los caminos? ¿Leer?...¡pisch!...¡I el invierno, i los dias de lluvia!...Sólo en pensarlo me hace bostezar, amigo!

Como pretendiese yo intervenir en defensa de mis mal interpretados ideales, me interrumpia, con suficiencia.

—Bueno...comprendo, comprendo. Pensará usted en llevarse un harem...rodearse de todos los lujos de la civilizacion!...Si, si...no estaria mal para algun tiempo, pero, créame, amigo, el campo es para aburrir al mas paciente.

Apesar de todo, me agradaba escuchar a mi amigo. Me divertia. Era cómica nuestra disparidad de opiniones. Cuando queria darme cuenta del valor que tendrian las cosas con relacion a mi persona me bastaba con darle un significado enteramente opuesto al que tenia en su imaginacion. Cuando el decia: negro, yo pensaba: blanco, blanco debe de ser.

—Eres un muchacho un poco torpe—solia decirme.

—Bien—meditaba yo para mi capote.—Sin duda alguna, soi intelijente.

—Un muchacho torpe; pero mui buenazo, mui sencillo, sin chispa de segunda intencion.

Yo pensaba:

—Mal, mal...

Eramos buenos amigos, con una amistad condescendiente, sirviendo de lazo de union entre nosotros la misma diferencia en el pensar, i tambien, mi inmutable i calculado silencio.

Ese dia, sin embargo, debe de haberme sorprendido en un mal momento cuando en el trascurso de la conversacion repitió la misma pregunta de otras veces: «¿Puede usted abominar de la ciudad?» porque sin saber como, sin estar siquiera fastidiado le lancé al rostro mi contenida réplica, no sin cierta violencia en el tono:

—Si, abomino de la ciudad...es una maldita vida la de ciudad.

Mi amigo se detuvo, estupefacto. Sin duda que no podia comprender semejante absurdo. ¡Aborrecer todo lo bello, todo lo amable de la existencia!

—Se ha vuelto loco? ¿habla usted en serio?

—¡En serio!

Entónces, por primera vez hablé de lo que ardia en mi contra la falta de aire, de horizontes, de sencillez, de grandeza, en las ciudades. Le espresé mi

odio por esta superficialidad que flota en todo i por todo, este egoismo creciente de las grandes poblaciones; el ansia por surjir, la pecha inconsiderada, salvaje, irracional. La corrupcion de los espíritus en una atmósfera malsana; el vicio, la molicie, la indiferencia, la crueldad creciendo a costa de los mas pobres, de la mayoria, de aquellos que no ven ni los teatros, ni los paseos, ni las suntuosas mansiones, ni las sedas, ni los buenos libros. No conocen las bellas mujeres, ni mucho ménos saben del aire puro i de los amplios horizontes.

—I la ciudad es la culpa de todo. Ella es la que desarrolla la vanidad, la lujuria: todos los vicios! Ella la que nos quita la paz i el amor por los ideales puros...¿La ciencia? ¿el progreso? ¿No crecerian mas sanos en medio de los árboles i las flores, en una sola gran ciudad que se extendiera a traves de todas las campiñas sin esta aglomeracion de inquietudes i enfermedades?

Todo eso i mucho mas le dije a mi amigo, sin tomar aliento.

—Comprendo, comprendo — repetia guiñando pesadamente los ojos. Sin embargo, dudo de que me comprendiese siquiera una palabra, porque jeneralmente son distintos los lenguajes que emplean dos personas ¡tanto mas el que emplean dos clases diferentes! Solo pude notar que estaba lijeramente turbado, quizas por lo brusco de mi declaracion.

—Comprendo—repitió cuando hube cesado de

hablar.—Si, comprendo...hai mucha jente que piensa como usted. Eso nada quiere decir.

Encendió un cigarro e hizo un jesto de concentracion. Luego vi que su rostro se iluminaba para luego levantar la cabeza i examinarme con cierta curiosidad maliciosa:

—A no dudarlo, está usted enamorado, amigo mio—me dijo bruscamente.—¿He acertado, verdad?

Me interrogaba esta vez como a un enfermo, con precaucion, con diplomacia, procurando atrapar alevosamente mi lado sensible. Tuve el impulso de reir a carcajadas. No comprendia qué relacion pudiese tener mi iracundo discurso con el enamoramiento. Sin embargo, solamente me encojé de hombros.

—Es posible.

—No me cabe duda—prosiguió, recobrando de nuevo su aplomo de gordo dandy—¡Son los mismos síntomas!

Se sentó perezosamente sobre el muelle sillón de marroquí oscuro, detras de su escritorio, i entre bocanadas de humo i guiñadas de ojos, para concentrar recuerdos, me contó la siguiente historia.

—Una hermana tuve atacada de su mismo mal: *ciudadifobia*. Se lo advertimos por primera vez en una temporada de vacaciones.

Era una chiquilla que nada tenia de anormal. Alegre, elegante, amiga de la tertulia ¡nadie como ella para saca de sus casillas a los pololos!... Créame, amigo, que un cosquilloso calorcito de vanidad me subia por la sangre al rostro cada vez que salia a la calle junto a ella. Se volvian para mirarnos.—«Espléndida», «¡Soberbia!» eran la exclamaciones corrientes. Ella reia, coqueteaba. Era realmente una chiquilla preciosa, una mujer de sociedad, hecha para triunfar. Habia que verla en las «kermesses» con su gracia i desenvoltura endiabladas, poner en revolucion a media humanidad; habia que verla jugando «tennis» con su talle flexible i su cabellera desplegada al viento, o habia que verla, si nó, de amazona sobre el caballo!... Mi madre decia: «esta muchacha hará suerte.» I sin dudã que no se equivocaba. Todos pensábamos lo mismo.

Poseia ante todo el tacto, la frialdad i rapidez de penetracion innatas peculiares a la mujer de mundo. Sabia hasta donde debia llevar sus burlas, sus desdenes o sus incitaciones. Es un arte peligroso, semejante sólo al de los artistas o de los grandes jenerales, este de las mujeres al jugar con las pasiones. Borear constantemente el abismo, sentir el hálito de la profundidad en el rostro, con el cuerpo equilibrado sólo por misteriosa e interna fuerza, beber el hálito frio, nauseabundo, retirar enseguida el cuerpo a la vida de nuevo, con la sensacion de haber jugado con la muerte.

Yo la ví, a la mui pícara, ofreciéndose en una intensa mirada, pálida ella misma ante el volcan encendido en el espíritu del enamorado, haciendo vibrar la cuerda pasional, hasta el límite preciso en que se deberia romper, para retirar enseguida la mano trémula, con un hermoso jesto de risas i desdenes. No rompía almas, ella, no. Jugaba con las almas. Sabia leer en el rostro la capacidad de sus instrumentos i darles a cada cual su merecido. A éste, groseria, a aquél, burlas, a este otro desprecio irremediable, a aquel, galante invitacion...

Ocurrió que fuimos a pasar vacaciones en un pequeño balneario de sur. No era del todo malo. El hotel, regular. Las familias radicadas en el pueblo, buenas jentes, amables. Solíamos recibir convites para los fundos vecinos; i cuando no, proyectábamos paseos a la orilla del mar o comidas a bordo de los pocos trasatlánticos que venian a proveerse de carbon en el puertecillo. Por las noches nos divertíamos en la playa con las atrocidades de la pequeña charanga improvisada, u organizábamos pequeños bailes en el salon del hotel.

Mi hermana, como de costumbre, inundaba de risa el pueblo, las rocas, las playas. No le faltaron recursos para rodearse, allí tambien, de una corte de adoradores que le hicieran la guardia como a reina.—«Fulano, quiero subir en bote»—decia. I el pobre agraciado hechaba su alma remando durante una mañana entera. «Zutano, quiero mon-

tar a caballo», «quiero una flor de la copa de ese árbol...» «Quiero»...i siempre «quiero», con despotismo irreplicable. Sabia manejar bien a aquellos muchachos provincianos la mayor parte, enamorados como tontos i que nada exijian que no fuese admirarla cón respeto de diosa. ¡Bien sabian ellos que era fruta demasiado esquisita para sus abruptos paladares!

Uno sólo habia entre ellos que no me inspiraba confianza. No me gustaba verlo junto a mi hermana con su cara seria i su mirada atenta, tristonaa, como si estudiara nuestros menores movimientos. Me fastidiaba sobre todo verla cohibida (¡a ella!) ante su terco silencio. Es indudable que adivinaba cerca de si con su tacto esquisito de mujer, un enemigo. Noté en su rostro un jesto de contrariedad visible cada vez que él se acercaba a su grupo. Plegaba el ceño en una actitud fria, desdeñosa hasta el punto de no dirijirle jamas la palabra i de hacer casi completa abstraccion de sus opiniones. Si se veia obligada a hablarle, era con una altiva cortesia, aplastante como un bloque de hielo. «Bravo mi hermana!— pensaba yo—¡sabe ocupar su puesto!»

Pero he aquí que una vez la ví tropezar sobre una falsa pendiente...Fué en un paseo por la playa. Improvisamos un lunch, i despues de reir una tarde entera, nos aprestábamos para el regreso, semi-ebrios por la alegria i la locura del continuo bro-

mear. Dora habia dado la nota alta en estravagancias con su corte de adoradores, que ya iba pareciendo, a su antojo, mejor que nada, comparsa de marionetes. Uno que danzó, o su órden, en un pié, con una pierna liada en alto, dando desastrosos tumbos; otro que dió vueltas de carnero i saltos mortales... ¡Pobres muchachos! ¡I qué loca, ella! Al atardecer, miéntras los sirvientes recojian los restos de nuestro festin, un grupo de paseadores trepamos sobre unas pequeñas rocas que se internaban en el mar comunicadas con la tierra por estrechas gargantas i puentecillos formados por piedras dispersas entre los que jugueteaba el agua, yendo i volviendo dulcemente.

Aquí i allá se formaban charcos transparentes, en forma de naturales tinas de baño, mostrando en su seno profusa exuberancia de algas, constantemente removida el agua siguiendo las fluctuaciones de las olas que se quebraban un poco mas léjos, contra un parapeto de altas rocas.

Mirábamos una magnífica puesta de sol sobre el mar, lejano, apénas entrevisto a traves del hosco parapeto. Un momento de silencio, apénas turbado por el gorgoriteo de las aguas al vaciarse de las concavidades de las piedras. Un leve chillido nos hizo volver de nuestra abstraccion. Era Dora que habia resbalado lijeramente, pero estaba ya en pié, repuesta del susto.

—Por poco me voi al agua...—dijo.

Rió. Señaló una mancha blanca en una de las charcas. Dijo que sin duda al mover los brazos habia soltado su pañuelo. Algunos bastones hicieron inútiles exploraciones para pescarlo. ¡Se perdía su lindo pañuelito! «¡Un recuerdo de una amiga!» El agua, mansamente, lo batía en la superficie, alejándolo cada vez mas de nuestro alcance. Ya avanzaba, ya retrocedía. Formamos algazara al rededor del náufrago. Dora estaba absorvida por la pescatal si se tratara de la suerte de un ser querido.

«¿Nadie era capaz de mojarse los pies por alcanzar su pañuelo? ¡Vaya, qué cobardes!» El mar lo arrastraba hasta las olas, hasta el mar veleidoso i fiero.

—¿Nadie es capaz? — repetía incitando dulcemente.

De pronto se detuvo con una sonrisa dura. Estaba lijeramente pálida i ajitada.

—¡Uno al agua!—dijo con voz enérgica, de mando, repentinamente seria. Paseé la vista entre el grupo de jóvenes. Todos se detuvieron, tambien serios, sin saber por qué, como si se tratase de un asunto de vida o muerte. Dora habia fijado la vista en el fantasma de mirada tristoná.

—A ver, Horacio—le ordenó con voz trémula, pero resuelta—A ver, sálvame mi pañuelo!...

Todos aguardamos la respuesta en silencio, anhelantes. El fantasma estaba pálido. Al cabo de un momento replicó, sin embargo, con voz clara i convencida, mirándola fijamente en los ojos.

—No haré tal cosa, señorita, porque sería un sacrificio mio tonto i que agrandaria su soberbia...

Hizo un saludo con la cabeza i añadió con afectacion:

—Os estimo demasiado para haceros un mal semejante.

¡El mui gandul!... Sentí el impulso de acogotarlo i lanzarlo al agua como a un perro torpe! ¿Qué mas se esperaba el imbécil que no fuera servirle de lacayo a una mujer encantadora?... La pobre chiquilla enrojació en medio del silencio de todos; en seguida palideció, casi a punto de soltar el llanto. Una ola recojió el fino pañuelito i lo llevó mar adentro, implacable, irremediabilmente...

Esa noche no asistió Dora a la tertulia que manteníamos de ordinario en el saloncillo del hotel. Ni las noches siguientes fué a la plaza, ni despues asistió a un concierto que organizaba una familia amiga. ¡Claro está! La pobre debia de estar herida en su orgullo, en su justa vanidad de mujer.

—¡Anda, no seas tonta!—le dije un dia que la encontré sola en la glorieta del jardin.—Con que tú lo digas, no lo admitiremos mas en nuestras reuniones. Veras!... I si persiste en colarse entre nosotros, yo me encargo de él. Ya sabes que cuando quiero serlo soi mas bruto que... ¡Seria capaz de matarlo!

—¿De quién hablas?—me preguntó sorprendida.

—Pues... de él! De ese fantasma. De ese que te ofendió hace días en la playa...

Hizo un gesto displicente.

—¿De Horacio?... ¿Estas loco?—me dijo con violencia.

No comprendí. Es verdad que en la mayoría de los casos las mujeres son para nosotros un enigma viviente. Me molestó su tono enfadado.

—Guárdate de cometer ninguna torpeza, Macario — prosiguió con vehemencia.— Nadie me ha ofendido. Horacio es un perfecto caballero. Yo fui la mala, la tonta!...

Se puso en pie, me volvió la espalda, violenta, i me dejó sumido en un cúmulo de perplejidades. Insolencias de chiquilla, de mujer. ¿Quién las entiende? Me encojé de hombros i no quise preocuparme por mas tiempo del asunto. Solo pude observar que Dora no volvió a ser en adelante la encantadora jentil de nuestras diversiones. Se apartaba de las comparsas alegres i preferia «observar el mar desde lo alto de una roca, en vez de escuchar torpezas»... Tambien leia a solas no sé qué interminables novelas. Noté ademas que todos sus adoradores fueron alejándose, no sé si espontáneamente o por voluntad suya. I noté tambien que el paliducho cargante i sombrío como un cuervo, solia mantener con ella, largas, misteriosas conferencias. ¿De qué hablaban? ¡Eh, bah!... Querria la coqueta herida domar al insolente a su orgullo. La dejamos hacer.

Por ese tiempo un amigo del balneario vecino me invitó a su casa. Estuve ausente un par de semanas. Salimos a cazar, organizamos cabalgatas, paseos campestres. Hasta empecé un amor con la hermana de mi amigo, una chiquilla encantadora. ¡Bah! Era preciso gozar las vacaciones!... Le juro a usted que hubiera deseado que la hospitalidad se prolongase eternamente, eternamente...

Al regresar a nuestro puertecito, encontré novedades. Mi madre me recibió con mucho misterio.

—Dora ¿sabes?...—me dijo—Dora, con ese tipo, con ese...

Me habia olvidado.

—¡Vamos! el que no quiso recoger el pañuelo, ese...! esplicó mi madre aun.

—¡Ah, sí!—recordé.—¡El fantasma!

—El mismo. Un cursi, un pobrete... Esta chiquilla se ha puesto tonta. La tiene loca, loca ¡ese...! ¿Cree-rás que la pícara ha tenido la audacia de responderme que ella lo quiere?... ¡I nada mas que porque le insinué que fuese mas prudente en la plaza!... Le ha tirado besos con los dedos delante de todas sus amigas!... Porque no tiene vergüenza, ya, ¡la bribona!...—«Eso está mal, hija—la reprendí».—«Pero ¿qué tiene, mamá?—me esplicó—¿si yo lo quiero?»—«¡Pero no te has de casar con él!»—le dije.—«¿I por qué nó?»—respondió con violencia.—«¡Porque es un roteque, un descamisado!»—«Se engaña usted, mamá: tiene con qué vivir. ¿I para

qué queremos mas él i yo?... Nos iríamos al campo i trabajaríamos».—«¿Al campo, tú?»...—¡Sí, yó! Que no quiero vivir en la ciudad... ¡odio la ciudad! El campo, el trabajo: ¡es lo único bello en la vida!...»

—¿Has visto, hijo?—terminó mi madre—esta chiquilla está loca, loca de atar. ¿De dónde habrá tomado semejantes ideas? No he tenido valor de decir nada a tu padre, porque sé que la mataría. ¡Con un pordiosero, mi hija!

La pobre señora estalló en sollozos. Yo no pude ménos que reir interiormente miéntras la consolaba.

—Pero, mamá ¿cómo puede tomar en serio una chiquillada tal? ¿que no vé que son tonterías de muchacha romántica? ¡Verá usted cómo todo concluye a pedir de boca sin que haya necesidad de intervenir en lo mas mínimo!

—Si tú la oyeras—prosiguió aun mi madre.—Si la vieras con qué desfachatez argumenta i hace proyectos! La última vez me dijo que si no la permitian casarse, huiria con él quien sabe a dónde! ¡Si la vieras cómo habla pestes de la ciudad i cómo defiende al campo!

—¡Es claro, como que él será campesino!

En efecto, poco despues pude oir de boca de mi hermana un hermoso discurso campestre. Ni con eso me inquieté, sin embargo. Lo mismo que usted, mi querido amigo, lo mismo que usted! Con la diferencia que ella tenia dieciocho años en aquella

época i usted hoi cuenta veintiuno! Depende de que madura mas pronto que el hombre, la mujer! ¡El amor, la juventud, buscan la soledad, los lagos en calma, el canto de los pájaros... ¡la luna!... ¡ja, ja, ja!

.....
.....
Mi amigo aristócrata, gordo i hombre de experiencia, estaba visiblemente satisfecho con la intencion de su historia. Yo sentia el peso del ridículo que emanaba su espíritu sobre el mio. Sentia vergüenza, no tanto de mi pequenez, como de su insignificancia.

¡La adorable niña! Ella i yo éramos los caballeros andantes del amor, de la juventud, de la frescura campestre; los enemigos de la groseria, de la degradacion social i de los gordos satisfechos de champagne i de vicio!

Tímidamente esboqué mi pregunta, temeroso de un nuevo insulto para ella i para mí.

—¿Qué es de ellos ahora?

El amigo gordo colocó ámbos pulgares en los bolsillos del chaleco modernista i sonrió victoriosamente.

—¿Qué es de ellos? ¿Me pregunta usted por ellos?... Pues, es mui sencillo, amigo mio. *El*... continúa sembrando papas i cosechando zanahorias... *Ella* (se irguió el gordo pomposamente) es la esposa de M... ministro plenipotenciario en X... Le duró poco su idilio campesino. Mi madre siguió

aquella vez mis consejos: «Déjela usted tranquila i verá como con su propio fuego los carbonos encendidos se convierten en cenizas».

En efecto: nos vinimos a Santiago al fin de la temporada. Entiendo que *ellos* continuaron escribiéndose. Pero poco a poco fué mi hermana acortando sus discursos campestres, hasta que por fin, de propia miseria, se apagaron, se extinguieron, los carbonos!...

¿Un nuevo amor? ¿nuevos amores?... Créame, amigo. Son esos entusiasmos que pasan, i... ¡Ya le pasará a usted, tambien, no lo dude!...

—¡Jamás!...

—¡Uf, los carbonos encendidos!...





PASCUA AMARGA

I

Miró Sebastian una vez mas el traje nuevo cuidadosamente dispuesto en el respaldar de una silla, lo miró con cierta amistosa ternura i no sin remordimientos, pero ¡vaya! bien puede hacer derroche de lujo quien ha pasado lo mejor de la vida cepillando un traje raído o surciendo por si mismo los portillos que el uso se complacia en abrir.

Colocó en seguida el espejo en el marco de la ventana i alumbrándose con la luz de la lámpara, por ser ya avanzada la noche, dió comienzo a su tocado.

Retozábale en el cuerpo una alegría indefinible; mas de una vez se detuvo como para escuchar algo que viniera desde mui léjos, i mas de una vez habia creído percibir las palabras que la madre de Magdalena le dijera al invitarlo a pasar la Pascua en su casa.

—Sebastian, queremos pasar la noche en confianza, así es que solo usted nos hará compañía.

Era esta distincion la que traia revolucionadas las costumbres apacibles de Sebastian, era ésto, sencillamente, lo que lo hacia soñar con no se qué carita jóven que lo provocara con un jesto preñado de promesas...

Habia añadido doña Teresa que darian primero un paseito con las niñas para divisar las fiestas públicas i que luego volverian a tomar un pequeño refresco en casa.

He ahí el porqué de la alegria de Sebastian i de sus cuidados con su persona, he ahí tambien el porqué de su buer humor en los últimos dias de trabajo, buen humor que lo habia hecho perder por un poco de tiempo ese ceño retraido que tanto molestaba a sus compañeros de tienda.

Porque Sebastian era un retraido, un huraño i un brusco. Constantemente se le veia tras el mostrador con los brazos cruzados, sin alternar jamas una palabra con nadie, atendiendo en silencio a los parroquianos, i como abismado en sus pensamientos.

Sin embargo, algunas veces en que sus compañeros lo molestaban mas de lo regular, hablaba con su voz cavernosa, que mas que brusca parecia recelosa i tímida.

—No aborrezco a nadie ni desdeño a nadie—habia declarado—pero en esta vida es necesario estar en

guardia; los mas fuertes se comen a los mas débiles...

I añadía algo que sus compañeros escuchaban con lijera condescendencia burlona.

—«Qué sé puede esperar de la amistad i del amor? ¿No es todo una falsedad con que se reviste el egoismo? ¡Si alguien sintiera verdadero interes por alguien! ¡verdadero interes! Pero cada cual vive para sí mismo, para el goce de su espíritu. Tú me das tanto i yo te doi tanto. Tú me das afectos i te devuelvo afecto, o tú me das odio i te devuelvo cariño. Son los diversos disfraces... llámese amor, odio u abnegacion, nadie satisface otra cosa que su egoismo».

Por eso es que comprendieron sus amigos que algun trastorno debia de ocurrirle al dependiente orgulloso cuando se permitia sonreir con los parroquianos, contestar afablemente a las observaciones del principal i hasta bromear con los camaradas.

—Ha sacudido la polilla don Sebastian—observó uno de ellos.

I contra la costumbre, Sebastian no frunció el entrecejo ni se concentró en su altanero mutismo. Antes, por el contrario, guiñó los ojos con torpe malicia, para replicar.

—Si, si, con la Pascua maduran los frutos...

Es que en su interior, en ese interior maravilloso que cada hombre posee i en el que se forjan los

castillos soberbios que la realidad barre enseguida con su estropajo de cocinera, veía madurar súbitamente los frutos de ese su árbol que llaman vida. ¡Pobre árbol el de Sebastian! Raquítrico, desgajado, sin haber tenido jamás un buen riego, solitario, lejos del bosque, i tostándose en la sequía del suelo. Era sin duda un árbol que debió crecer en terreno fértil, rodeado por árboles hermanos que entrelazaran sus ramas con las suyas, debió prestar su sombra a los amantes en sus coloquios i a los niños en sus juegos. Pero ahí estaba el desierto i sus brisas quemantes i de las flores raquítricas apenas si despuntaban uno que otro frutito enfermizo...

Pero he aquí que el hombre en su májico interior ve venir una caravana encantada que regará con odres de agua clara sus raicillas ansiosas, que removerá el terreno i crecerán los frutos i se levantarán al pié otros gallardos compañeros i se poblará el desierto en bosque.

Sebastian sonreía en su sueño de esperanzas, sonreía i no era ya una caravana la que vendría en su auxilio sino una niña bella con ojos color de cielo i mejillas sonrosadas.

Ella la que convertiría su vida solitaria, su vida de trabajador sórdido, de vergonzante i de mísero, en una vida de labor fecundo.

Sonreía pensando en la bella despertadora de los ensueños adormecidos, sonreía el pobre Sebas-

tian. En su cuarto, una pequeña fosa en que enterraba todas las noches su cuerpo de muerto en vida, notábase algo como un rayo de sol que hubiese penetrado a alegrar sus paredes húmedas.

I el dependiente calafeteaba ante el espejo por última vez su rostro pálido surcado por ojeras profundas, en una suprema esperanza de resurreccion: teñía cuidadosamente con unguento negro algunos prematuros cabellos canos, pasaba i repasaba escobillas sobre el cabello engomado, engrifaba su bigote lacio en actitud batalladora i con los ojos animados de fulgor ficticio ensayaba sonrisas que resultaban muecas.

I miéntras daba el último barniz a las botas charoladas, la imaginacion bullia precipitadamente: ¿Porqué no habia de quererlo? ¿por qué? acaso no tenia igual puesto en el mundo que otro cualquiera? Ciertó que no era un enamorado como todos, que no sabia decir requiebros galantes como los don Juanes de profesion; antes bien, pasaba largas horas cerca de ella sin proferir una sílaba i sin mirarla apénas, pero ¿es necesario hablar para hacer sentir lo que palpita en el alma? ¿no podria ella adivinar la muda novela que se desarrollaba en su interior, todo ese fondo de pasion sin límites que lo hacia vivir desasosegado perpetuamente? ¡La queria tanto, habia soñado tanto con ella que era imposible que no hubiera sentido el hálito acariciador de su cariño rozándola mui de cerca.

Es claro que ella le habria perdonado su mutismo i su falta de resolucion, ella ¡tan buena! lo habria distinguido entre todos los banales pretendientes que la cercaban.

I sobre todo ahora, ahora que él desgranaria por fin a su oido atento de enamorada ese cúmulo de palabras ardientes que sentia borbotear en los labios, ahora que estallaria en flores su imaginacion prisionera... ¡Pobre Sebastian! Desde que la conoció, una de tantas noches en que volvia del almacen, agazapándose bajo la sombra de los árboles de la alameda, sentia infinitos deseos de decir muchas cosas que no fueran las palabras amargas que pusiera la fatalidad en sus labios, i despues, introducido en la casa de ella, tambien sintió deseos de susurrar en el oido de la bella Magda las pocas palabras consoladoras que habian sobrevivido a despecho de su agria vida, pero ¡no es tan fácil deshacer el nudo que oprime la garganta del amante tímido!

—Con la Pascua maduran los frutos—habia dicho a sus compañeros.

Sí, con la Pascua maduran; con la Pascua llega al mundo el Hombre-Dios i su séquito de sueños que se han de convertir en realidades.

Una pasada mas de la escobilla por el traje nuevito, un retoque lijero de la arquitectura del corbatin, i Sebastian se encuentra de punta en blanco. Tose lijeramente delante del espejo i se mira de

frente i de soslayo. El mismo no se reconoce: es como un hombre nuevo, un individuo de bigotes erizados i ojos brillantes de conquistador.

Entónces, empuñando una lijera caña, abre la puerta de su covacha i con jesto de gran señor va a saludar a la pupilera.

—Señora, le dice con voz arrogante, deme usted la llave de la puerta de calle; esta noche llegaré tarde...

La obesa señora lo mira estupefacta. ¡Cómo, el señor Sebastian! ¡el señor Sebastian va a salir de noche! I ella que ya lo creía en el primer sueño.

—Apure usted, señorá, apure usted, que voi a ver a... ¡hum!... es mui posible que pronto tenga una nueva pensionista...

La señora rebusca en su bolsillo i alargá a don Sebastian la llave solicitada...

—Hasta luego, señora, que tenga usted felices pascuas, que maduren todos sus frutos.

—Igualmente, don Sebastian.

II

Una vez en la calle caminó erguido i como medio ebrio por la novedad de su situacion. Acercóse hasta un puesto de frutas i compró un ramo de claveles. ¡Para ella! Se lo ofrecería galantemente en cuanto la viera aparecer... Entónces apresuró el paso.

Por las calles notábase una ajitacion de Pascua; en las puertas de algunas casas pobres colgaban farolillos de papel i algunas jentes se agrupaban en la acera frente a las puertas. Un conocido, al pasar, le gritó: ¡adios, Sebastian! i éste se volvió apénas para responder al saludô... Un poco mas allá, como el tráfico de las jentes le impidiera caminar aprisa, llamó un coche.

—¡A la carrera!

I miéntras el coche caminaba, sentia impulsos de empujar al auriga para que caminase aun mas ligero...

Pero ya frente a la casa de la niña amada, sin darse cuenta por qué, tuvo un desaliento singular: sintió sensacion de ridículo, de pequeñez, i casi, casi estuvo por volver a su cuarto i esconder allí la confusion que comenzaba a invadirlo. ¡Vaya, vaya, era una torpe debilidad! ¡ánimo, Sebastian!

Cuando tocó el aldabon, sus manos temblaban; resonó un golpe i se quedó en suspenso como esperando la solucion de un oráculo. ¿Qué se le esperaria tras de aquellas paredes desnudas? ¿la vida? ¿la muerte?...

Hubo un silencio largo en el interior, despues un chirrido de puertas i luego un borbotonar de risas femeninas que se fueron acercando hasta hacerse perfectamente distintas. Sebastian tuvo que colocar una mano sobre su corazon,

Alguien dijo:

—¡Es el señor Sebastian! ¡Mamá, vamos, que ya llegó el señor Sebastian!

Era ella quien anunciaba con sus trinos de ave la llegada del tímido galán. ¡Oh, cómo tuvo fuerzas el osado para saludar, cómo pudo articular confusamente el ofrecimiento de su regalo de Pascua!

Desde ese instante Sebastian ya no supo lo que le pasaba, trasportado a una región, sémi-realidad, sémi-ensueño. Le pareció distinguir que la señorita Magda sonreía, que cojía las flores que él le ofreció, que colocaba algunas en el pecho i repartía el resto entre sus dos hermanas. I luego ¡en marcha! a lucir los trajes color verde esperanza i aquellos sombreros de soberbias plumas, acompañadas del señor Sebastian.

Irian por la Alameda, despacito, picoteando en los puestos de fruta una que otra cosa, pasarían luego por el centro a probar los helados de Camino, para terminar con un paseo en el Forestal.

La noche estaba deliciosa; de todas partes, al cruzar las calles, llegaban olores de albahaca i claveles, i ya en la Alameda, los olores de yerbas i frutas se hicieron mas intensos. Sebastian no sabia cómo marchaba, estirado junto a sus compañeras miraba en torno suyo, distraido, obligado a seguir el camino caprichoso de la marea de jente que pululaba entre las ventas al aire libre. Colgaban de los árboles cientos de farolillos, como ojos de todos colores, mui abiertos, que miraran atropellarse aquella turba inquieta, sedienta de novedades.

Voceaban los vendedores sus mercancías olorosas: ¡los damascos, los pelados, los nísperos, las lúcumas, las chirimoyas!... Mas allá surjian voces broncas: ¡horchata con helados! ¡las piñas, las chirimoyas!

Era la fiesta de los frutos maduros. Madura el fruto de los rústicos de Nazareth, maduran los frutos de los árboles de climas templados... ¿I los frutos de Sebastian? ¿qué era de los frutos de Sebastian? Inclinábase éste sobre la graciosa cabecita de su compañera para murmurar alguna que otra frase hueca, sin hallar qué hacerse de sus manos, i de su baston, i de todo su cuerpo raquítico de hortera trasplantado.

—Señorita, señorita...—murmuraba con el mismo tono meloso con que recomendaba sus trapos en el mostrador.

Al llegar a la calle Ahumada hubieron de trastornar parte del programa. Traficaba por allí ménos jente, pero era ésta mas curiosa, mas frívola i elegante, i como se comparasen secretamente ellos, tan inespertos, con estos otros, empaquetados i seguros de sí mismos, por acuerdo tácito se escabulleron por una calle estraviada para llegar directamente al Forestal.

Allí el efecto era sereno i magnífico. Rodeadas de tinieblas las aguas movibles se veían surcadas por las serpientes de fuego que proyectaban los farolillos de las embarcaciones. La gran lancha a va-

por que pasea en torno de la laguna tenia luces de colores que subian, escalonadas, desde proa i popa hasta el tope del palo mayor. Un confuso murmullo se elevaba entre los paseantes agrupados en torno del pequeño casino, refulgente de luz, i de los agrupados en el desembarcadero. Silbaba el pito del vapor; los muchachos gritaban con voces descompasadas, uno que otro vendedor ambulante gritaba su mercancía.

Sebastian compró las entradas para subir en el váporcito, la señora i dos de las niñas se negaron a subir, pretestando cualquier cosa, i hé aquí que se le presentaba una ocasion para hablar a solas con Magdalena...

Una confianza absoluta en el éxito se iba apoderando del galan ¡no podia, no podia darle una negativa!... Hasta se imaginó ver que de los ojos cálidos de la jóven, emanaba un fluido magnético i revelador:—¡Habla, hombre, habla!—parecian decirle los ojos.

III

I habló.

Sentados en la popa de la embarcación desde donde se podia alcanzar hasta el agua con un brazo, rodeados por niños alegres i nodrizas, pudo Sebastian dar libre curso a las intimidades de su corazon.

Habló primero de sus pesadumbres, de la soledad de su alma.

—No tengo padres, ni hermanos, ni parientes— dijo.—Hace diez años que trabajo sin descanso i apenas he logrado una pequeña fortunita... ¿pero de qué me sirve?..... ¡No tengo ánimo para continuar así, tan sólo!...

Dijo tambien que vivia esperando resolver el nudo de su vida, dándole respuesta a esas preguntas misteriosas «¿por qué vivir?» «¿para qué vivir?» que, a cual mas, a cual ménos, nos atormentan de igual modo... Pero él no tenia ambiciones, ni de fortuna, ni de gloria ¡ni cómo tenerlas!... Sólo ahora, por primera vez, habia columbrado un pequeño trozo de cielo azul i estaba bien dispuesto a no dejarlo escapar.

Seria para ella un amante sumiso, la adoraria de rodillas, como a una reina; trabajaria, si ella lo deseaba, por conquistar fortuna i honores ¿por qué nó? En su compañía se sentia dispuesto a acometer cualquiera empresa.

Magdalena escuchaba tranquila, sin rubores ni sorpresas; solo dos veces trató detenerlo, pero como Sebastian hablara con pasion, por quien sabe qué curiosidad maligna, le dejó proseguir.

Hubo luego un corto silencio. En ese mismo instante el vaporcito lanzó al espacio un estridente silvido i casi al mismo tiempo, una esplosion de luces de colores, precedidas de estallidos de cañonazos,

se esparcieron por el aire. Era que les llegaba el turno a los fuegos de artificio.

Magdalena inclinó la cabeza i estendió el brazo hasta rozar el agua con la estremidad de los dedos...

—¿Qué quiere que le diga, Sebastian? Siento una gran simpatia por sus desdichas, bien quisiera ayudarle... La jóven se detuvo. Hundió la mirada en las aguas negras, como buscando una solucion inesperada. Sebastian la miró ávidamente.

—¡Siga usted! ¡Sea usted sincera hasta el último!

La jóven suspiró. Sobre las aguas pareció como que una lluvia de flores subiera desde el fondo negro hasta la superficie, para esfumarse apénas en contacto del aire.

—No me oculte nada, Magdalena! ¿Qué puede usted temer? ¡Estoi tan habituado a los golpes que uno mas... i quizas si seria la solucion definitiva, el descanso!... Bien sé que usted no dejará de ser sincera por temor a disgustarme o hacerme sufrir... seria una cobardia imperdonable...

—¿Cree usted que seria una cobardia?

—Sí, una abominable cobardia.

—Pues bien...

La jóven se detuvo de nuevo. Caian del cielo i subian del fondo de la laguna grandes lágrimas de fuego. La jóven se estremeció.

—Pues bien, yo deseo ser su amiga, pero nada mas que su amiga... No puedo, Sebastian... Fijese usted bien... míreme usted i mírese usted... Yo

tengo mis gustos, mis aficiones... yo bien quisiera, pero... ¡No puedo quererlo a usted!...

.....

¿Qué hace Sebastian con la cabeza inclinada sobre el agua, el labio caído como un idiota, los brazos abatidos como los de un muerto? ¿Oyes Sebastian?... ¿Qué miras tan fijamente en el agua? ¿Observas acaso los árboles que surgen del fondo de la laguna con sus frutos de luz muy semejantes a los farolillos de la ribera? ¿O es que atraen tus miradas las flores rojas que se esfuman en la superficie?

¡Sebastian, Sebastian! tu hora ha llegado!... ¿No oyes un débil ruido como el estertor de un moribundo? ¡No oyes, insensato!... ¡Pobre Sebastian, yo te diría que no es ni el estertor de un moribundo, ni el vajido de un infante, sino el derrumbe de un árbol decrepito que crecía en el fondo oscuro de tu alma! ¡Pobre árbol de Sebastian! Mientras el mundo se regocija por la llegada de los nuevos frutos, este tu pobre árbol pierde hasta la esperanza de producir nuevas flores!...

Una nueva salva estalla en la ribera, acompañada de vítores de los niños..... ¡viva, viva!..... Sebastian cree percibir que las aguas del lago abren su ancha boca para sepultar todos los falsos ruidos del mundo.





EL JUGUETE ROTO

—¡No quiere, mira!

La voz del pobre hombre se quebraba en una inflexion dolorosa, suplicante. Arrodillado en la alfombra de la habitacion, junto a su hijo, un pequeño de dos años, parecia él el niño, tan desorientada i debil era la espresion de su rostro. En la pieza contigua, la madre iba i volvia cantando en voz baja, como mujer absorvida por sus tareas, sacudiendo el polvo de los muebles, colocando este libro en la mesa, aquel en el estante...

—¿No quiere? Pues déjalo...

Fué su respuesta en tono despreocupado, casi indiferente. El hombre se puso en pié, ajitadísimo. Tenia en sus manos un pequeño juguete de laton. Una locomotora para «su niño malo», con la chimenea negra, pintado de rojo el caldero i el fogon de un verde sombrío. Sus palabras destilaron amargas, con voz desfallecida.

—No es broma, Flora... Tú te ries, pero... ¡Como a tí nada te va! Mira: con éste ya van tres... tres lindos juguetes que rechaza, que se obstina en dejar abandonados... ¿Es natural, Flora?

La mujer nada respondió. Sus pasos rozaban ligeros, ágiles, por la pieza vecina. El niño, oculto el rostro detras de largos tirabuzones de ébano, con la cabeza inclinada hácia el suelo, tendido de codos, se obstinaba en levantar una torrecilla con palitos de fósforos.

El padre avanzó hácia el dintel de la puerta de la pieza de su mujer i prosiguió con tono agrio i chillon:

—¿Tambien tú?... ¿Nada respondes, eh?... Es insoportable, Flora. Aquí todos están como complotados en mi contra. ¿Por qué esta atmósfera, estos silencios, esta resistencia muda, esta hostilidad de... ¡I claro! El niño ha de seguir la corriente...

La mujer se detuvo ante él.

—¡Pero, Enrique!...

Alta, hermosa, digna de porte ella; bajo, raquítico i pálido él, se hacia aun mas insignificante al lado de su mujer. Sobre el rostro flacucho llevaba la barba crecida de días i bajo el escaso bigote, lacio, caido, cada vez que hablaba con violencia se dejaba ver la boca con un diente de ménos...

—Todos sois unos...—vociferó con voz mas estridente aun, manoteando de modo lastimoso. Pero

calló haciendo un ademan que queria decir que mejor callaba, por no lanzar algo terrible; que se lo guardaba, que se lo tragaba.

La mujer replicó con sosiego:

—Te exasperas sin razon, Enrique.

I tampoco dijo mas. Su tono quieto, suave, de sonidos llenos, parecia hacer vibrar un convencimiento de superioridad sobre el marido, de mayor claridad de criterio, i quizás, un poco de ocultísimo desprecio. Inclínose lentamente para cojer una hebra de hilo blanco que manchaba la nitidez del piso encerado i agregó, mirándolo en la pupila de los ojos:

—¿Qué tiene de estraño que el niño le rechace un juguete? ¿I por eso hemos de tener una culpa «todos»? ¡Eres un poco injusto, Enrique! •

Hizo una pelotita con la hilacha recojida i se dirijió con pasos dignos, casi solemnes, hácia una ventana. Así, vuelta de espaldas, agregó, bajando débilmente la voz:

—¡Quizás tengas mas culpa tú que nadie, Enrique!

El se turbó de modo visible i dejó caer los brazos con desaliento. Hizo ademan de penetrar en la estancia, pero retrocedió instintivamente. Se sentia estraño, solo, en aquel cuarto velado a la luz esterna por cortinas, penumbroso i limpio, cuyos muebles despedian un olor especial, sutilísimo; olor a cosa antigua, a distincion, a salud, a reposo de pinos. En la suave penumbra del cuarto, parecie-

ron detenerlo los grandes espejos biselados, profundos, quietos, como lagos de fondo de bosque. Se contentó con hablar desde el umbral.

—Talvez tengas razon, Flora... ¡Pero, mira! Yo siento una angustia vaga a causa de algo que parece flotar en la casa entera... algo que me oprime, que me estrecha, que me abofetea hasta al cruzar las habitaciones... Explícame tú ¿qué puede ser?

Un leve encojimiento de hombros i un «¿estás loco?» dicho con distraccion, lo hicieron detenerse. Sintió de nuevo la impresion como de un violento cerrar de puertas ante sí, i como que una voz formada de silencio i desprecio lo hiciera callar... Suspiró, miró con larga mirada de ansia la pieza de su mujer i volvió la espalda. El niño jugaba quietamente con los palillos de fósforos. Habia terminado dos torrecillas i empezaba una tercera, pareciendo no preocuparle nada fuera de su juego.

—¿No la quieres, Tito?— insistió aun el padre, alargándole la maquinilla.

El niño apenas levantó la vista. «Nuevo cerrar de puertas»—pensó el hombre.

Miró al Lijo con ternura, perdonándole el daño que le hacia, casi a punto de llorar, oprimido por estraña angustia, i fué luego a sentarse en el fondo de la pieza, con espresion de sumo abatimiento. Era ahora mas intensa la demacracion de su rostro, mas apagado el brillo de sus ojos, mas hondos los surcos de las ojeras que se prolongaban a lo largo de las mejillas como hondas cicatrices.

—¿Por qué me rechaza? ¿Por qué?—insistía maquinalmente en su imaginación.

Pero era tonta su pregunta: él sabía por qué. ¡Sí, lo sabía, lo sabía!... Este conocimiento de su culpa lo llevaba clavado en el fondo del alma i ni por nada lo hubiera confesado a nadie ¡ni siquiera a sí mismo! por temor de que volviendo de rebote lo hiriera aun mas hondo.

Antes, su niño no era así. El pequeño era su tesoro, la alegría de su vida con sus risas de ángel, sus mimos adorables, sus balbuceos de ave que ensaya los primeros cantos. «Papá, papá». Lo volvía a ver de nuevo, alegre, llamándolo, jugando en torno suyo, riendo... Era él quien endulzaba la aspereza de sus tareas de comerciante acaudalado i nadie como él para disipar las arrugas oriñadas por el largo trajinar con frios cálculos aritméticos, con clientes pesados i tramposos, con dependientes gruñones i hostiles. Allí, en aquella salita de juegos del niño, encontraba la alegría mas pura de su vida, de su vida mísera de semi-esclavo de sus propios esclavos.

Porque su vida era mui mísera, mui triste, ántes de que llegara él, el esperado retoño de su sangre. Toda una vida dedicada al trabajo, al acumulamiento del centavo sobre el centavo, desde que saliera de su terreno, un rincón de la vieja España, en busca de las tesoros de la América de los sueños!

Largos años detras del mostrador, ejercitando el

«espíritu comercial de raza», el espíritu ladino, empalagoso i servil del hortera peninsular; recibiendo golpes del jefe, insultos de los camaradas i el desprecio de los clientes. Ascension lenta, fatigosa i testaruda; larga catalépsis moral entre olores a trapo i humedad de ratonera, para conseguir por fin la ansiada libertad. ¡Libertad, la fortuna, a costa de qué! A costa de la salud, de la alegría i la confianza moral; convertido en aquel ser decrepito!

En el cuarto vecino cantaba dulcemente su mujer, deslizando suaves los pasos sobre el limpio encerado. Era la hora de la siesta; hacia calor: un rayo de sol quebrábase sobre el alfombrado de flores rojas de la pieza, viniendo casi a tocar los pies del hombre. Le molestaba esta luz candente, hervidora, i entornó una persiana. Así, amortiguada la luz, se podia pensar mejor. Sin embargo, el lazo de la corbata parecia apretar demasiado el cuello i se sentia vagamente incómodo; luego, una mosca, zumbando, vino a posársele en la frente, hincando a toda fuerza su trompilla en la piel. Su mujer detuvo el canto.

¡Su mujer! En un tiempo la creyó la salvacion de su vida. Aquella soberbia mujer que él admirara tanto cuando soltero, aquella misma mujer que cruzara por sus almacenes como una reina i que apenas si se dignaba señalar con un jesto «al humilde servidor» la mercaderías de su agrado, aquella mujer ¡fué suya al fin! ¡el sueño maravilloso! I «¡ya sabia él que alguna vez vendria la revancha!»

Por desgracia el encantamiento no duró mucho... Pronto hubo de convencerse que si bien era verdad que habia comprado con el matrimonio aquel hermoso porte de mujer, su rostro bello, su presencia en casa del afortunado comerciante ¡pero su alma! ¡Ah! bien tuvo que comprender que su alma no le pertenecia, que no le perteneceria jamas, que le era hostil por íntima naturaleza!...

Entónces creyó encontrar la revancha en el hijo: él, el heredero, seria el eslabon entre la casa noble i la casa plebeya, entre los caballeros de la dorada espuela i el pechero que elabora el castillo dorado con piltrafas de avaracia. ¡Con qué orgullo solia presentar el hijo a sus amigos.

—¿Ven ustedes?... ¡Hermoso, verdad!.

I cuando el niño le decia «papá» con su vocecilla clara, con su regalona i dulce entonacion, el padre se sentia dichoso, noble, i fuerte. ¡Ahora si que habia triunfado! ¡La redencion social ganada por un audaz de la fortuna!

—¡Mamá, mamá!... ¡mira, mamá!

Era el niño que concluia su obra. La madre no tardó en asomar para sonreírle, dulce, complacida. El niño corrió hácia ella; ella se inclinó hácia él i le echó los brazos al cuello, i ámbos estrecharon las mejillas el uno contra el otro, amorosamente. La mosca atacaba con furia el rostro de Enrique.

—¡Cómo se parecen!—pensaba con angustia el pobre hombre.—¡Cómo se entienden!...

Se sintió extraño, mui léjos de ellos, intruso, testarudo. Él, raquítico, irascible, enfermo, violento i débil; ellos serenos, sanos, seguros de sí mismos... «En nada se parecía el niño a él»... Repasó en la mente el rostro de todos sus amigos... i tuvo un mal pensamiento. Pero nó, era esa una violencia propia de su carácter, una de tantas que ocultaba como lepra en el fondo de su espíritu, como úlceras dolorosas, de la vista de todo el mundo. ¡Malditos residuos canallescós, recojidos con la mala sangre del arroyo i latentes, latentes como ojos extraños en el fondo del espíritu i dispuestos a fulgurar al menor descuido, al menor roce con el exterior. ¡De nada podía culpar a ella! Ella era buena, ella era dulce, i de todo este conjunto brotaba un no sé qué indefinible que a él le deprimía, le abofeteaba en silencio. ¡Quizás le hubiera placido una mujer menos perfecta, con visillos de colérica, de gruñona, de casquivana, ¡pero era tan señora!

Madre e hijo salieron, cojidos por la mano. En el suelo quedaron las tres torrecillas, i a un lado, erguida sobre sus cuatro ruedas, la pequeña locomotora de latón, de colores chillones, como dispuesta a emprender una jornada. A su vista, el pobre hombre sintió que se le amargaba de nuevo la boca.

—¿Por qué estaba así el niño?

Se lo preguntaba maquinalmente, como si no supiera que en el fondo de su ser, mui escondida,

estaba la temida respuesta, pronta a hacerle subir los colores al rostro. ¡El lo sabia, sí, lo sabia demasiado!... Porque no se trataba de esta maquinilla solamente, de un juguete mas o ménos que le fuera desagradable, sino de una calculada indiferencia por todo lo que del padre provenia; un desprecio sordo, tenaz...

Ocurrió, una tarde en que él i su hijo quedaron solos en la casa. La madre habia salido. La casa estaba en silencio.

El estaba atareado en revisar las cuentas del dia. El niño jugaba a su pies. De pronto ¡cosas de niño! sin que hubiera el menor motivo, se puso a soplar furiosamente una vocinilla de metal que le comprara el padre dias atras. Soplaba, soplaba, ¡volvía a soplar.

—¿Querrás callar?

El niño sopló con mas fuerza.

—¡Calla, Tito!

Nuevo trompetazo, mas sonoro, mas altanero.

Entónces, en un momento de violencia, en una de esas cóleras amarillas que lo volvian casi cada- vérico, una de esas violentas cóleras horteriles, él, que nunca castigaba a su hijo, lo cojió rudamente por un brazo i lo golpeó en el rostro ¡en el bello i querido rostro de ánjel!... El niño lloró, lloró con desesperacion, con rabia, i el padre, ébrio, ciego, volvió a golpear la tierna carne, i la volvió a oglepear.... Fué una angustia larga, un desgarramiento loco del propio corazon paterno...

I cuando por fin, vuelto en sí, pretendió consolarlo, i lo cojió en brazos i lo besó i le mostró los grabados de una revista, i le ofreció dulces i juguetes... el niño volvía el rostro, hostil, esquivo.—¡Pist! ya pasará, se dijo Enrique encojiéndose de hombros.

Pero desde ese dia empezó para él un largo, un extraño martirio. Primero tuvo que sufrir el loco terror del niño cada vez que se le acercaba, huyendo a todo correr a esconderse detras de las faldas de la madre, como de un fantasma, como de un enemigo odioso.

—Ya pasará—se decia el pobre hombre tristemente

Pero no pasó. Por el contrario, la adersion del hijo por el padre pareció aumentar de dia en dia.

Una noche, miéntras todos dormian, atisbando en el silencio, le pareció al hombre oír débiles quejidos que partian de la cuna del niño. Se levantó en puntillas. El niño dormia, pero su rostro estaba contraído i levantaba los pequeños brazos como para defenderse de los golpes de alguien. El padre volvió a su cama, sollozando, oprimido por una angustia igual que si le hubieran arrebatado a su hijo para siempre. ¡Pobres sueños desvanecidos! ¡Pobre refujio de su corazon! ¿Qué habia pasado por aquella pequeña alma orgullosa? ¿Habian renacido acaso con el brutal castigo, las amortiguadas repugnancias de raza?... ¡Oh! su niño querido! ¡Qué solo, qué triste habia dejado el nido que le fabricara en su corazon! ¡Qué solo, qué solo!...

Abatió los brazos sobre el sillón. La atmósfera de la pieza se le hacia cada vez mas pesada. La mosca impertinente lo asaeteaba con furia, como si lo supiera indefenso, clavando su trompilla, ya en los pómulos, ya en la frente, ya en los párpados. Del interior llegaban ruidos de voces, amortiguadas por las paredes.

Se estremeció. Se acercaban pasos; la puerta se abrió. Era la madre i el hijo quienes volvian de nuevo cojidos amorosamente por la mano. Atravesaron la pieza sin mirarle, sin advertir su presencia. Al pasar, quizás por un casual descuido, quizás de intento, el niño dió un golpe con el pié a la pequeña locomotora. La maquinilla pareció quejarse, hizo zumbiar sus resortes i de pronto, sin que hubiera tiempo para detenerla, se precipitó a todo correr de sus calderos de hojalata, contra el mueble mas próximo. Un lijero chirriar de ruedas i luego quedó inmóvil, con el vientre hácia arriba, como herida, como implorando piedad, como muerta. Madre e hijo se volvieron apénas. El, el padre, se arrojó de bruces sobre el brazo del sillón i rompió a llorar desconsoladamente. La mosca pareció redoblar su furia, implacable, burlona, feroz.

INDICE

	Pájs.
Dedicatoria.....	5
Palpitaciones de Vida.....	7
El vengador.....	27
El beso.....	49
Era tan lindo!.....	69
Mala Sombra.....	77
Una Rebelion.....	95
Golondrinas.....	105
Ráfagas del Campo.....	121
Primavera.....	137
Dias Grises.....	151
El amor al campo.....	191
Pascua Amarga.....	209
El Juguete Roto.....	223

